

GEORGES DUBY

GUILLERMO EL MARISCAL

Nacido de un modesto linaje a mediados del siglo XII, GUILLERMO EL MARISCAL (1145?-1219) —el caballero más leal, sabio y valeroso del mundo— fue ascendido en rango y honores a lo largo de los tres cuartos de siglo de vinculación con Inglaterra de la aristocracia anglonormanda. Este héroe a la vez histórico y legendario alcanzó la fama como campeón de los torneos y sirvió fielmente a los Plantagenêt (Enrique II, Enrique el Joven, Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra) en las guerras contra la nobleza y en sus enfrentamientos con la monarquía francesa de los Capetos. Regente del reino durante la minoría de edad de Enrique III, combate a sus setenta y tres años contra Felipe Augusto y vence al futuro Luis VIII en la batalla de Lincoln en 1217.

Siguiendo el poema compuesto a la muerte de Guillermo el Mariscal por encargo de su primogénito, esta prodigiosa monografía de GEORGES DUBY —uno de los grandes medievalistas contemporáneos y profesor del Colegio de Francia— logra una brillante y rigurosa reconstrucción del mundo de la caballería, del ritual medieval de la guerra y del sistema de valores de una sociedad que rindió especial culto a la lealtad y el heroísmo de sus hombres de armas.



Georges Duby

GUILLERMO EL MARISCAL

ePub r1.0
Titivillus 24.03.2020

Título original: *Guillaume le Marèchal ou le meilleur chevalier du monde*
Georges Duby, 1984
Traducción: Carmen López Alonso

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







1

El conde Mariscal ya no puede más. La carga le aplasta ahora. Tres años antes, cuando se le presionaba para que asumiera la regencia, cuando, cansado, acabó por aceptar convirtiéndose en «guardián y maestro» del rey niño y de todo el reino de Inglaterra, claramente lo había dicho y repetido: *«Estoy demasiado viejo, débil y completamente desvencijado»*. Más de ochenta años, decía. Exageraba un poco, no sabiendo demasiado bien su edad. Pero ¿quién la sabía en la época? En la vida, la importancia estaba en otras fechas distintas de la del nacimiento. Ésta se olvidaba. Y los muy viejos eran tan raros que se los avejentaba, que incluso ellos mismos se avejentaban. Por otra parte, no sabemos exactamente, tampoco nosotros, cuándo nació Guillermo el Mariscal. Los historiadores han calculado, deducido, y proponen hacia el año 1145. Sin precisar más. El Mariscal viene de muy abajo como para que puedan hacerlo con los datos de los archivos. En tanto que, en el año del que ahora hablo, en 1219, la fortuna le ha elevado tan alto que es posible seguir, día a día o casi, sus últimos hechos, sus últimos gestos.

Había permanecido vigoroso mucho tiempo. Se le había visto el 20 de mayo de 1217 combatiendo en Lincoln como un joven, entre los jóvenes. Tres meses más tarde había vuelto a ser preciso retenerle: ¿no quería seguir a los marinos de Sandwich en el

abordaje de la flota de Francia? Pero, en la Candelaria de 1219, de repente, se desplomó. Esto lo veía venir, y desde hacía algún tiempo, sin decir nada, se preparaba para su última aventura. Había vuelto a residir durante un corto tiempo en el castillo de Malborough, tal vez el lugar de su infancia. El 7 de marzo está en Westminster y desde allí, *«cabalgando con su dolor»*, gana la Torre de Londres, como para acurrucarse detrás de los muros del viejo refugio real. Se acuesta. La Cuaresma acaba de empezar. ¿Se puede soñar con tiempo mejor para sufrir, aceptar su mal, sobrellevarlo en remisión de sus faltas y purificarse lentamente, reposadamente, antes del gran tránsito? La condesa está cerca de él, como siempre. Cuando la enfermedad empeora, cuando los médicos confiesan que renuncian, Guillermo hace venir a todos los que le escoltaban desde que salía de sus lugares privados. Naturalmente. Necesariamente… ¿Cuándo estuvo alguna vez solo? ¿Quién se presenta solo al principio del siglo XIII, más que los insensatos, los posesos, los marginales a los que se acorrala? El orden del mundo requiere que cada uno permanezca encerrado en un tejido de solidaridades, de amistades, en un cuerpo. Guillermo convoca a aquellos que constituyen el cuerpo del que él es la cabeza. Un grupo de hombres. Sus hombres: los caballeros de su casa; y después el mayor de sus hijos. Es preciso este numeroso entorno para el gran espectáculo que va a comenzar, el de la muerte principesca. Desde el momento en que están allí para formar el cortejo, ordena que se le lleve. En su casa, dice, sufrirá más a gusto. Más vale morir en la propia casa que fuera. Que se le conduzca a Caversham, a su propia mansión. Tiene muchas, pero es ésta la que escoge porque es, del lado del país natal, la más próxima, la más accesible. No hay que cabalgar: está el Támesis, que conduce hasta ella. Así, el 16 de marzo, el conde Guillermo es *«engalanado»* por los suyos en una barca, su mujer en otra que sigue, y se empieza a remar, dulcemente, sin jadeos, en caravana.

Desde la llegada, su primera preocupación es liberarse de la carga que le pesa. El hombre cuya muerte se acerca debe, en efecto, deshacerse poco a poco de todo, y abandonar en primer lugar los honores del siglo. Primer acto, primera ceremonia de renuncia. Ostentatoria, como van a serlo los actos que seguirán; pero las bellas muertes en este tiempo son fiestas, se despliegan como sobre un teatro ante gran número de espectadores, ante gran número de oyentes atentos a todas las posturas, a todas las palabras, esperando del moribundo que manifieste lo que vale, que hable, que actúe según su rango, que deje un último ejemplo de virtud a los que le seguirán. Cada uno, de este modo, al dejar el mundo, tiene el deber de ayudar por última vez a afirmar esta moral que hace mantenerse en pie al cuerpo social, y sucederse las generaciones en la regularidad que complace a Dios. Y nosotros, que ya no sabemos lo que es la muerte suntuosa; nosotros, que escondemos la muerte, que la callamos, la evacuamos lo más rápidamente posible como un asunto molesto; nosotros, para quienes la buena muerte debe ser solitaria, rápida, discreta, aprovechemos que la grandeza a que el Mariscal ha llegado le coloca ante nosotros con una luz excepcionalmente viva, y sigamos paso a paso, en los detalles de su desarrollo, el ritual de la muerte a la antigua, que no era una escapada, una salida furtiva, sino una lenta aproximación, reglamentada, gobernada, un preludio, una transferencia solemne de un estado a otro estado superior, una transición tan pública como lo eran las bodas, tan majestuosa como la entrada de los reyes en sus villas. La muerte que hemos perdido y que, muy posiblemente, nos falte.

La función con la que el Mariscal moribundo se encuentra todavía investido es de tal peso que todos los que cuentan en el Estado deben ver con sus ojos cómo la abandona, lo que hace de ella. El rey, por supuesto, el legado del papa también —ya que Roma, en este primer cuarto del siglo XIII, considera que el reino de Inglaterra está bajo su protección, su control—, el gran justi-

cia de Inglaterra; pero también toda la alta baronía. Una muchedumbre, que se ha reunido para eso. No cabría dentro del interior de la mansión de Caversham. Acampa en la otra orilla, en Reading, en el gran monasterio real y en sus alrededores. Guillermo no puede moverse de su cama. Es preciso, por tanto, que los más importantes del reino atraviesen el río, vayan a la cabecera de su lecho. El 8 ó el 9 de abril entran en la habitación, acompañando a un muchacho de doce años, Enrique, el pequeño rey. Es a este niño al que, desde su cama, el Mariscal comienza a sermonear, excusándose de no poderle tener más tiempo bajo su custodia, desarrollando un discurso moral, este discuso que, según los ritos, deben tener los padres en su lecho de muerte para con su hijo mayor, el heredero. Guillermo amonesta al niño, le compromete a bien vivir, piendo a Dios —dice— que le haga desaparecer pronto si por desgracia se convirtiera en un traidor como lo fueron, ¡ay!, algunos de sus abuelos. Y toda la compañía contesta amén. El Mariscal la despacha entonces. Aún no está dispuesto. Tiene necesidad de la noche para elegir quién le ha de suceder como tutor. Quiere descartar al obispo de Winchester, ardiente, que hacía un momento se enganchaba al adolescente, que se imagina tenerle firmemente en sus manos porque, en 1216, el Mariscal le había confiado, como en subcontrato, al muchacho demasiado débil entonces como para seguir al regente en las cabalgadas incesantes, y que ahora le querría para él solo por completo. Guillermo quiere reflexionar, tomar consejo de su hijo, de su gente, de sus más íntimos. En familia, en privado, decide: hay demasiadas rivalidades ahora en el país. Si dejara a Enrique, tercero del nombre, al uno, los otros estarían despechados, y sería de nuevo la guerra. Sólo él, de entre todos los barones, tenía la autoridad que se precisaba. ¿Quién podría ocupar su sitio? Dios, simplemente. Dios y el papa. A ellos, por tanto, dejaría al rey: es decir, al legado que ocupa el lugar de éste y de aquél en Inglaterra.

Es lo que hace al día siguiente, siempre echado, pero levantándose sobre el costado, lo más alto que puede, llamando al rey cerca de él, tomándolo primero en su mano, poniéndolo después en la mano del legado, ordenando finalmente a su hijo que cruce el Támesis, y vaya a Reading, en donde se encuentra al completo la corte, para repetir su nombre ante todo el mundo —rechazando al obispo de Winchester que se encarniza, que se agarra todavía al cuello del niño coronado—, el gesto de manos que acaba de realizarse, este signo tan simple, bien visible, este rito de desvestidura y de investidura por el cual se cumple el cambio de posesión.

Ya está aliviado. Por la tarde, habla de nuevo, dice las palabras que hay que decir. He aquí sus propias palabras, al menos aquéllas cuyo recuerdo fue recogido más tarde, después de su muerte, en la casa, aquellas que se juzgaban dignas de su gloria: *«Estoy ya liberado. Pero es preciso que vaya más allá, que me ocupe de mi alma, ya que mi cuerpo está en peligro, que, escuchándome vosotros, yo acabe de liberarme de todas las cosas terrenales para no pensar más que en las celestiales»*. Tal es el camino prescrito. Hay que desembarazarse poco a poco de su cuerpo como de un despojo inútil, y de todo lo que se refiere a la carne, a la tierra. El hombre que muere debe poner todo su último esfuerzo en quitarse el lastre con el fin de elevarse más rápido y más alto. Se trata de eso precisamente: de despegar, de subir. Conviene al moribundo, en el instante del *exitus*, de la salida, presentarse desnudo, como ha salido del vientre de su madre. Para un renacimiento. A la nueva vida, de mejor premio. Y este nacimiento, la muerte, cuenta mucho más que el otro. Su fecha, en cada biografía, en la época en que vivía Guillermo el Mariscal, es, de todas, la más sólidamente fijada en la memoria.

El despojo continúa. Ahora que el Mariscal ha abandonado el oficio público, se espera que abra más ampliamente su mano y abandone lo que todavía tiene: sus bienes privados, todas sus tierras. Los espectadores, los oyentes esperan la segunda escena del

primer acto: la de la distribución, la del reparto de la herencia. Que el muerto «tome posesión» del vivo, es decir, que haga la «toma de posesión» de aquellos vivientes que tienen un derecho sobre lo que él ha poseído hasta el presente, después de haberlo recibido él mismo de otro. Ningún gesto esta vez. La asistencia no sigue con los ojos a un objeto que pasa de mano en mano. Escucha. Guarda las palabras en la memoria para repetirlas más tarde, si es necesario. Guillermo, con voz fuerte, dice su voluntad. De hecho, él es muy poco libre. Cada uno sabe más o menos lo que debe corresponder a tal o a tal otro, conforme a la costumbre, esta ley no escrita, tan obligatoria como los códigos más rígidos. La regla es, por otra parte, muy simple: no hay más que un solo heredero «natural», el hombre en el que sobrevivirá el difunto, que lleva su mismo nombre, Guillermo, el Mariscal, *junior*: su hijo mayor. Por este título, porque es un chico y porque nació el primero, él tendrá derecho a todo. Porque a él le corresponde ocupar cerca de su madre el lugar que su padre va a dejar de ocupar muy pronto, protegerla contra los otros y contra sí misma, administrar sus bienes. A su esposa, en efecto, que también le escucha, Guillermo el Viejo no le deja nada. No puede hacerlo. Todo o casi todo lo que poseía, y de lo que se desprende, pertenece a esta mujer, viene de los antepasados de esta mujer, y él lo ha tenido siempre en nombre de ella, «de su autoridad». Estos bienes inmensos, hasta que ella muera, el mayor de los hijos los tendrá a su vez en calidad de heredero legítimo.

Sin embargo, tiene cuatro hermanos y cinco hermanas. No parece que los otros chicos estén presentes. Es seguro, en cualquier caso, que el mayor, Ricardo, se encuentra entonces muy lejos, en Francia, y en el otro campo, en la corte de Felipe Augusto. El auditorio se entera de que este segundo hijo recibe una parte de la sucesión, un trozo bastante importante, el señorío de Longueville en Normandía, por el cual antaño Guillermo, su padre, rindió homenaje al Capeto. Es un favor, pero es conveniente

dárselo para contentarle, para que se quede tranquilo y no vaya —como tantos segundones a los que su padre ha dejado sin nada— a envidiar a su hermano mayor, a hostigarlo y odiarlo… Gilberto, el tercero, está colocado en la Iglesia, bien instalado, habiendo ya pagado su plaza, lucrativa: no tiene necesidad de nada y nada tiene. A Gualterio, el cuarto, se le atribuye una mansión, pero pequeña y que no proviene del patrimonio de los ancestros; un legado así no amputa el asiento territorial del poder y del prestigio que cada generación, en este tiempo, está obligada a transmitir intacto, o incluso aumentado, a la generación que le sigue; este bien acaba de comprarlo el Mariscal, y es libre para disponer de él como quiera.

Queda Anseau, el último muchacho, muy joven. Para él no queda ya tierra. Guillermo habla: *«Este me es muy querido. Pero que viva bastante para ser caballero, que se eleve hasta ganar honor; encontrará entonces a alguien que lo amará y que le hará gran honor, más que a ningún otro»*. Entendámoslo bien: en su benjamín, en el hijo que está más cercano de su carne, si no de su corazón, ya que tal vez sea el único que no ha abandonado todavía el hogar para sus aprendizajes, el moribundo ve a aquél cuyo destino podría ser parecido al suyo, a aquel que se elevará heroicamente, como hizo él, con sus solas fuerzas, partiendo de la nada, hasta la gloria. No obstante, su viejo amigo, Juan de Early, interviene, le hace ver: «*Vos no podéis hacer eso; dadle de vuestro haber* [es decir, de vuestro dinero], *al menos para que pueda herrar a su caballo. De otro modo no sería jugar limpio*». Guillermo asiente: no quita tierra al heredero, pero instituye una renta anual de ciento cuarenta libras para Anseau, sobre la herencia. Una pensión que se podrá reducir sí él se comporta mal. La renta es atractiva: con una suma así se podía entonces comprar al menos tres muy buenos caballos de guerra.

¿Y las hijas? Gracias a Dios cuatro están casadas, y muy bien, con lo que hay de más elevado entre los barones de Inglaterra. Están ya atendidas, puesto que su padre las ha entregado una do-

te antes de sus bodas; no tienen que esperar ninguna otra cosa. Pero la última, Juana, permanece doncella, y el moribundo se inquieta: *«Mientras vivía, no la he dado nada. ¡Ay! Mi alma estaría ahora más tranquila»*. Ésta es la preocupación de los padres: evitar el dejar tras de sí a huérfanas no casadas. «Desoladas», lo cual quiere decir solas. Sin un hombre que tenga cuidado de encontrar un esposo para ella, aceptando poner el precio. Pues no es costumbre, en la época, tomar como mujer a quien nada tiene, e incluso es común en el gran mundo que los hombres se unan a mujeres más ricas que ellos. Las doncellas sin apoyo, sin haber, encuentran difícilmente un tomador; y si sus bodas tardan demasiado, estas muchachas corren gran riesgo, como sabe bien Guillermo el Mariscal, *«de caer en vergüenza»*. Sustraídas al control masculino, son raras las que no pierden la vergüenza. Puede contar, por supuesto, con su hijo mayor, cuyo deber es casar a su hermana lo más rápidamente posible. Para facilitarle la tarea, para seducir a los eventuales clientes, Guillermo hace lo que tiene poder para hacer y que los demás juzgan suficiente: instituye para Juana otra renta, menos fuerte, de treinta libras; y sobre todo coge de su tesoro, en el que puede hurgar libremente, un gran montón de dinero, doscientos marcos, para el ajuar.

Tales disposiciones testamentarias eran seguidas, al principio del siglo XIII, por toda la aristocracia de Inglaterra y de la Francia del Norte. Las dotes que excluían a las hijas de la sucesión, el derecho de primogenitura, aunque atenuado por ligeros dones a favor de los cadetes con el fin de no quebrantar la amistad fraterna: estas costumbres aseguraban la estabilidad de los patrimonios, y por consiguiente la estabilidad de las bases sobre las que se asentaba sólidamente la superioridad de la clase dominante, en una jerarquía de las condiciones terrestres que se juzgaba conforme con las intenciones divinas. La costumbre sostiene en este tiempo el orden del mundo. Es como sagrada, irrompible. Pero todavía es conveniente que el jefe de la casa, en el momento de

entregar su alma, enuncie claramente por sí mismo sus voluntades, sus elecciones. Palabras, por tanto, en primer lugar, y públicas. Serían suficientes. Se cuida, sin embargo, de confiarlas a la escritura para que todo esté bien establecido. No hay notario aquí, en la época. El acta la redactan en la casa aquellos sirvientes que saben escribir. Guillermo manda poner su sello privado, pero que también firmen con su sello su mujer y su hijo mayor, que son con él los únicos poseedores de todo el haber: lo que él ha legado, se lo ha tomado a éstos. No es suficiente, sin embargo. Ordena que se lleve el pergamino al arzobispo de Canterbury, al legado, a los obispos de Salisbury y Winchester, para que también ellos lo sellen y fulminen contra los posibles violadores las excomuniones rituales. Provista de estas garantías, la pieza es encerrada en un cofre; es poco probable que haya necesidad de leerla en algún momento. Pero las palabras heladas que encierra, como en un relicario, pertenecen ahora al tesoro de la familia.

El que muere, tomando su tiempo, se halla ahora desembarazado de lo más pesado. Permanece, sin embargo, amarrado a la tierra por su cuerpo. Según las reglas, la preocupación por el cuerpo interviene en este punto del espectáculo, tercera fase del despojamiento progresivo. El Mariscal se vuelve hacia Juan de Early: *«Id a buscar dos sábanas de seda, allá, donde Etienne, en cuya casa las he depositado»*. Cuando las tiene entre sus manos, se dirige a Enrique, hijo de Gérout. Es el segundo en rango de amistad entre sus compañeros más fieles, pero Enrique, lo mismo que Juan de Early, no es ni el pariente ni el igual de Guillermo; ellos están debajo de él, él los domina, y por ello nada le impide amarlos plenamente: se siente cómo les ama más de lo que ama a sus hijos, que se fía más de ellos, que ellos constituyen su intimidad más cerrada. *«¿Un tanto deslustradas? Que se desplieguen»*. Se ve entonces el tejido bello y bueno, ofrecido a la admiración de la gente reunida, del hijo y de todos los caballeros domésticos. *«Señores, mirad. Estos paños los tengo desde hace treinta años; cuando volví*

de Ultramar, los traje conmigo, y para servirme de ellos como voy a hacerlo. Se extenderán sobre mi cuerpo cuando sea llevado a tierra. —Pero ¿dónde?». En la boca del heredero, que va a ordenar los funerales, la pregunta acuciante y grave que todo el mundo se plantea a su alrededor. Pues pertenece al que muere la tarea de designar su última morada, de expresar en ese preciso momento su deseo con respecto a la carne que va a abandonar. *«Buen hijo, cuando estuve en Ultramar, di mi cuerpo al Temple para reposar allí a mi muerte»*. Y después, dirigiéndose a Juan de Early: *«Vos las pondréis sobre mí cuando yo haya muerto. Cubriréis con ellas el féretro. Y si hace mal tiempo, comprad entonces un buen paño gris, no importa cuál, colocadlo por encima para que la seda no se estropee y dejadlo a los hermanos del Temple cuando sea enterrado, para que hagan con ello lo que quieran»*.



En tanto que sólo se trataba de la herencia, el paso no parecía todavía dado: ¿no habían oído algunos a Guillermo, veinte años antes, dictar su testamento? Pero he aquí que él ha hablado de amortajamiento, y evocado el cortejo de las exequias. Se descubre que, esta vez, está hecho, que se dispone a partir pronto. Se inaugura, por tanto, en este instante el duelo demostrativo. Ya están las lágrimas. La mansión se pone a llorar, tiernamente, dolorosamente. Todos los hombres, el hijo, los caballeros, los criados, hasta los más humildes servidores. De los llantos de las mujeres no se hace mucho caso. Pero la ascensión de los de los hombres marca el umbral del último acto. Guillermo el Joven sale entonces de la habitación, reúne a los que, de la caballería, no están allí. Ha llegado ya el momento de organizar las vísperas. El moribundo ha elegido ya su sepultura, el lugar en que desea que su cuerpo yazga, esperando la resurrección. Este cuerpo, por esas palabras, lo ha remitido a quienes cumplirán su voluntad. Ya no le pertenece por completo. Además ya no tiene tan firmemente a su alma. Debe, en consecuencia, ser guardado estrechamente por

aquellos que ahora lo tienen a su cargo. Esta envoltura corporal deriva desde ahora hacia la muerte, y no se sabe qué movimientos van a agitarlo muy pronto, a modificar su color y su olor. Inquieta. No se debe dejar sin vigilancia, abandonar a la soledad a esta persona que se deshace trágicamente. Que haya permanentemente una guardia cerca de este cuerpo. Tres caballeros se relevarán noche y día. Acompañado por Juan de Early y por Tomás Basset, Guillermo el Hijo, el sucesor, cogerá el turno más peligroso: velará por la noche, en esas horas confusas en que ronda el demonio.

En este momento se empieza a hacer sitio también a las preparaciones religiosas. Lo que sabemos de los últimos momentos de Guillermo el Mariscal es muy precioso —para nosotros los historiadores—. La relación que analizo revela en efecto, crudamente, la forma en que los hombres de su tiempo y de su situación social vivían el cristianismo. Permite rectificar dos testimonios falaces: en primer lugar, el de la literatura hagiográfica que convertiría a todos los caballeros en pequeños san Alejo, en pequeños san Mauricio, impregnados de devociones dóciles; pero también el testimonio de la literatura de ficción novelesca, dirigida contra la ideología clerical y que, a la inversa, se apoya demasiado en lo profano. La verdadera piedad que se descubre es una apacible confianza en Dios, que usa moderadamente de los sacerdotes. Y es en el cuadro espiritual más acorde con el espíritu de la caballería, en la orden de los Templarios, en donde la preocupación religiosa se muestra aquí en primer lugar.

Durante la peregrinación que le hizo residir varios meses en Tierra Santa en 1185, Guillermo el Mariscal pudo ver en acción y en la plenitud de su poder a estos monjes guerreros. Observó cómo ponían su cuerpo en peligro en la lucha por Cristo, a la vez que permanecían estrictamente ceñidos a la disciplina monástica, se imponían la obediencia sin duda ni murmullo, no poseían nada propio, no tocaban a las mujeres, se prohibían la jac-

tancia, el juego y todos los adornos inútiles. Los admiró como experto, combatiendo, alegres, más eficazmente que cualesquiera otros. Juzgó que en su persona se conjugaban los méritos de las dos categorías dominantes de la sociedad humana —el orden de los religiosos y el de los caballeros—, y que estos hombres se colocaban por ello, evidentemente, en la vanguardia de los que ganarían el paraíso. Por tanto, allí decidió integrarse en su compañía. Pero como no pretendía dejar inmediatamente el siglo, simplemente se «dio», como ha explicado hace un momento. El procedimiento era entonces corriente. A fines del siglo XII, muchos gentilhombres (cuyos abuelos, antaño, en sus lechos de muerte, pedían vestir para el tránsito el sayal de los benedictinos), se agregaban de este modo a la floreciente Congregación de los templarios, ligándose ya, pero reservando el incorporarse por completo, el tomar el hábito, para más tarde, para el buen momento —es decir, en las cercanías del óbito—, para beneficiarse así, cumpliendo *in extremis* con su compromiso, de todas las gracias prometidas a los miembros plenos de la compañía. Para Guillermo, la hora ha llegado, él lo sabe: *«él no tiene valor de esperar más»*.

Se avisa a Aymery de Sainte-Maure, un turonense, un amigo de los reyes Plantagenêt, el maestro de la encomienda del Temple en Londres. Sabe que el Mariscal quiere ser enterrado en la casa que él tiene a su cargo. Llega, cuando es el momento, para proceder a la recepción del que muere. Ésta debe tener lugar de forma solemne ante todos los suyos, ya que va a separarse de ellos para penetrar en otra familia. Es preciso que las mujeres de su familia estén, ellas también, presentes. Se llama a la condesa y a sus hijas. El rito sigue siendo el del tránsito. Transferencia de la caballería sin más a la «nueva» caballería, como decía san Bernardo; a la caballería renovada, la de los «hombres nuevos» que han decidido llegar a ser más perfectos. Puede que este rito, a principios del siglo XIII, parezca un poco anticuado. Las formas de de-

voción evolucionan entonces muy deprisa. El monaquismo está en declive, y sobre todo el monaquismo militar. Cada vez son más raros los jóvenes que escogen todavía ser templarios, y reunirse con estos caballeros cuyo fracaso es patente en ultramar, de los cuales se murmura que no son tan puros, que no debieran ocuparse tanto de manejar el dinero, y de los que muchos imaginan que se dedican a curiosas prácticas en el secreto de sus encomiendas. Pero Guillermo es un superviviente. No es común vivir tan largo tiempo en este medio, entre estos hombres de caballo que comen como lobos, beben como esponjas, a los que los golpes sangrientos abaten cuando no son brutalmente rotos en el ejercicio de su oficio. Hasta ahora, por ejemplo, ninguno de los reyes de Francia ha superado la cincuentena. Hay que ser obispo o monje cluniacense para llegar cómodamente a esta edad. La donación que el Mariscal ha hecho de sí mismo tiene ya treinta años. ¿Tomaría hoy el mismo compromiso, él que desde hace largo tiempo ya no pertenece a la pequeña caballería, sino al gran mundo en el que uno se apresura a seguir las modas, tanto en materia de piedad como en las otras? Aparece aquí el raro testimonio de actitudes caducas. Él es consciente y lo dice: *«Escuchadme: hace mucho tiempo que me entregué al Temple; ahora voy allí»*.

Que se vaya, por tanto, a coger de su guardarropa el manto blanco de cruz roja; él lo ha hecho coser un año antes, y sólo Godofredo el Templario conoce con él su existencia. Está acostado. Se le puede vestir con la capa. Hace extender ante él este emblema de su nuevo estado. Cambiar de orden es cambiar de hábito. Es, sobre todo, cambiar de manera de vivir, contraer otras obligaciones. Guillermo es desde ahora y para siempre templario. Los templarios son monjes: les está prohibido acercarse a las mujeres. Guillermo no se aproximará, pues, a la suya. En este instante, abandona a la que desde hace veinte años no ha sido con él más que una sola carne: *«Bella amiga, abrazadme, no lo volveréis a hacer nunca»*. Se inclina lo más adelante que puede de la

cama, para que, en un último beso, sus bocas se unan. Los llantos redoblan. Se llevan a la condesa y a sus hijas, desfallecidas, mientras que el Maestro Aimery habla a su vez y, delante de los hombres, pronuncia las fórmulas requeridas.



No queda ya más que dejar hacer al tiempo, esperar, seguir los progresos de esta agonía que se arrastra. Se está estirando desde hace dos meses, y con ella el gran espectáculo que describo, cuyo *tempo* se aquieta excepcionalmente. El público podría cansarse; pero persevera. La habitación no se vacía. Para ver cómo muere el Mariscal, gira alrededor del hijo mayor, casi siempre sentado, paciente, fiel, representando perfectamente su papel, a la cabecera del lecho de muerte. Una afluencia semejante, semejante asiduidad dan testimonio del prestigio de aquel que se va lentamente. Toda la mansión se regocija, se dedica a prolongar con todas sus fuerzas esta maravillosa longevidad: ella hace la gloria de la familia. Guillermo ya no tiene hambre. Es preciso que coma, para que la naturaleza siga *«haciendo en él su trabajo»*. No se cesa de instigarlo, de atiborrarlo, desmigajando pan sin que él se dé cuenta entre los champiñones que todavía acepta. Cada cual se inquieta. Equivocadamente: la vida se pega estrechamente a este gran armazón. Hay instantes en que, incluso, le animan sobresaltos de frescura. Un día, el moribundo pregunta a Juan de Early: *«¿Puedo daros una gran noticia? —Sí, señor, pero a condición de que hablar no os fatigue. —Yo no sé de dónde puede nacer esto, pero, desde hace tres o más años, no he sentido unas ganas tan grandes de cantar como las que siento desde hace tres días. Pero, me pregunto, ¿vería esto Dios con buenos ojos? —Adelante, señor, cantad. La naturaleza se os reforzará. Sería una gran cosa si también os entraran deseos de comer. —Callad. Cantar no estaría bien. Las gentes de alrededor me tomarían por furioso y creerían que pierdo la cabeza»*.

En efecto, es muy decoroso cantar en las bodas o después de los torneos. Pero un casi muerto que canta, si no son salmos de penitencia en unión de los oficiantes, es un escándalo. Entonces Enrique, su otro amigo del corazón, le aconseja: *«Llamad a vuestras hijas, ellas cantarán para vos. Veréis el bien que esto os hará»*. Se las introduce. Guillermo manda a la mayor, Maheur la «bigotte», la esposa de Bigot, futuro conde de Norfolk, que cante la primera. Ella obedece, se esfuerza, pero casi seguro que el corazón no está en ello. Después llega el turno de la más joven, de la doncella, la desaconsejada, y más afligida por ello que sus hermanas. Su garganta se hace un nudo; se embrolla. Su padre, que cree que tiene timidez, la reprende: *«No tengáis vergüenza»*. Y después le muestra cómo hay que hacer, decir las palabras *«todo seguido»*.

Esa tarde, por última vez, vio a sus cinco hijas, y cuando para la posteridad del linaje la sentencia que entonces tuvo el coraje de enunciar: *«Las gentes de Iglesia se ensañan contra nosotros; nos apuran demasiado. Yo he cogido durante mi vida al menos quinientos caballeros, de los que me he apropiado las armas, los caballos, los arneses. Si se me niega el Reino de Dios por eso, entonces me han engañado. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Cómo queréis que devuelva todo? No puedo hacer más por Dios que entregarme a él yo mismo, arrepintiéndome de todos los males que he cometido. Si los clérigos no quieren que yo sea desterrado, rechazado, excluido, deben darme la paz. O su argumento es falso, o ningún hombre puede salvarse»*.

Y más tarde, en los últimos momentos, cuando le recuerdan que su guardarropa está todavía lleno: todos los ornamentos de escarlata, de ardilla, que contiene, las ochenta pieles preciosas, completamente frescas y nuevas, no las llevará consigo; que se apresure para hacerlas vender; con el dinero, juiciosamente repartido entre las comunidades religiosas, comprará oraciones, es decir, instrumentos para su redención. Entonces, francamente, se enfada: *«Callaos, malvados. Estoy hasta la coronilla de tales consejos. Pronto será Pentecostés, la estación en la que los caballeros de mi casa de-*

ben recibir sus nuevos atavíos. Lo sé bien, nunca más podré volver a distribuírselos. Y es ahora cuando venís a embrollarme. Acercaos, Juan de Early. Por esta fe que vos debéis a Dios y a mí, os mando hacer por mí el reparto de todos mis vestidos. Y si no hay bastante para todo el mundo, enviad a Londres a comprar lo que falte. Que ninguno de mi gente tenga que quejarse de mí».

El buen señor cuida efectivamente de no transgredir los preceptos de la moral doméstica, la cual obliga a tratar lo mejor posible a sus familiares, ni los de la moral social que prescribe a los caballeros, cuyo orden se encuentra en la cima de la jerarquía, ir engalanados más ricamente que los otros. El buen señor piensa primero en los suyos, en los que retiene en su mansión y que deben todo a su generosidad. El buen señor, al igual que el rey san Luis algunos años más tarde, sabe también el valor esencial de los adornos del cuerpo, en una cultura de ostentación y de alarde, en una sociedad en que se juzga al hombre por lo que lleva sobre sí. Sabe que es preciso estar bien vestido para ser amado, temido y servido. El Mariscal es un buen señor. Es bajo este aspecto como quiere permanecer en el recuerdo de los suyos, en la plenitud de las virtudes que convienen a su estado, que son de generosidad fastuosa. Se pasó entonces la noche con el reparto de la marta cebellina, de la seda, de la piel. Todos los caballeros se pusieron lo que de más bello había llevado su señor. Lo poco que quedaba, lo menos bueno, se dejó a los pobres. En cada uno de aquellos que llevaban estos aderezos se podría creer que el moribundo recobraba vida. El domingo antes de la Ascensión, Guillermo fue despojado ceremoniosamente de sus ropas. No poseía ya nada más que su sudario. Estaba dispuesto para irse.

Había ya encargado a su hijo que dijera adiós de su parte a todos aquellos que le habían servido y que no estaban presentes, que les diera las gracias por todo lo que hubiesen podido hacer o decir. Al día siguiente, Guillermo el Joven, de rodillas, rogó a su padre, por el amor de Cristo, que comiera todavía algo: «*Estamos*

seguros que eso os hará bien. —Entonces, asintió, *comeré tanto como pueda*». Por bondad. Se sentó, sostenido por un caballero. Cuando el mantel estuvo puesto, hizo venir a Juan de Early. *«¿Veis lo que estoy viendo? —Mi señor, no sé qué es lo que se puede ver. —¡Por mi salud!, estoy viendo dos hombres blancos; el uno está a mi lado a la derecha, el otro a la izquierda; en ninguna parte he visto otros tan hermosos. —Mi señor, he aquí que os viene de Dios una compañía que va a conduciros por el camino derecho»*. Entonces el conde comenzó a repetir: *«Sea bendito Dios Nuestro Señor, que hasta ahora me ha dado tantas gracias»*. En cuanto a Juan de Early, jamás se perdonó por no haber preguntado quiénes eran esos dos personajes, resplandecientes de blancura, puros como no se es jamás sobre la tierra. ¿Ángeles? ¿Santos? ¿Venerables antepasados que volvían aquí abajo? Quienesquiera que fuesen, su presencia manifestaba que las puertas del más allá se entreabrían. Estos precursores venían a acoger al Mariscal, a darle escolta. El signo era claro: iba a pasar muy pronto.

El martes 14 de mayo de 1219, a mediodía, su hijo vuelve con los otros. Lo encuentran vuelto hacia la pared, descansando en paz. Le creen dormido, y el joven Mariscal ordena que se estén callados y que se retiren. Entonces se oye al moribundo hablar, preguntar: *«¿Quién está ahí? —Soy yo, Juan de Early. —¿Sois vos, Juan? —Sí, mi señor. —No puedo dormir. —¿Cómo podríais dormir si hace ya quince días que no habéis comido nada?»*. Guillermo el Mariscal se vuelve, extiende sus miembros. Los dolores de la muerte empiezan a punzarlo: *«Juan, apresuraos a abrir completamente las puertas y las ventanas. Haced venir aquí a mi hijo, a la condesa, los caballeros. Me muero, no puedo esperar más, quiero despedirme de ellos»*. Juan se precipita, abre todas las puertas, vuelve a tomar entre sus dos brazos al conde, el cual, echado sobre su pecho, se desvanece y cierra los ojos. Se repone. *«Juan, ¿me he desmayado? —Sí, mi señor. —Nunca os he visto tan atónito. ¿No habéis cogido ese agua de rosas para rociarme la cara y que pueda tener el placer de hablar a estas buenas*

gentes? Pues no lo haré ya durante mucho tiempo». Reanimado por el agua olorosa, puede pronunciar —y todos están allí— las últimas palabras. Anuncia simplemente su muerte: *«Yo muero. Os confío a Dios. No puedo quedarme más con vosotros. No puedo defenderme de la muerte»*. Entra entonces en el silencio.

Juan de Early se borra, deja su lugar a aquel que debe ahora ocuparlo. El hijo se sienta. Llorando muy bajo, es decir, en su corazón, y en modo alguno para hacer alarde, recibe a su padre en los brazos, que en ellos se acurruca, se *«agazapa»*. Los religiosos, desde el momento en que ya estaban servidos, desde que el muerto no tenía ya nada más que pudiese darles, se habían retirado discretamente. Vuelven ahora el abad de Nutley, acompañado por sus canónigos, y el abad de Reading, acompañado por sus monjes, trayendo éste, de parte del legado, la absolución pontificia que vale por una indulgencia plenaria. ¿Tenía tanta necesidad de ella el Mariscal? Desde el principio de su mal, se confesaba cada semana. Con gran fasto, lo cual no estropea nada, los dos abades lo absuelven por última vez. Parece que se inclina, que todavía levanta la mano, que se persigna, que adora la cruz colocada delante de él. Entrega el espíritu. Nada dice que recibiera el viático.



Esto no es el final del espectáculo: el alma ha partido, pero el cuerpo sigue estando aquí. Ofrecido a las miradas, en el centro de la escena, juega todavía su papel. Delante de él, ahora que todavía reside en sus habitaciones privadas, en su residencia, antes de que franquee el recinto de la mansión para ganar su última morada, el Temple, en Londres, el abad de Reading ha venido a celebrar una misa en su capilla privada, por una renta de cien cuartos que le conceden Guillermo el hijo y su madre. El cortejo se forma, se pone en movimiento. Se han previsto dos etapas. En cada una de ellas, el cuerpo del Mariscal pasa la noche en una

iglesia, en lugar seguro. Son la iglesia abacial de Reading en primer lugar, y después la de Staines. En este lugar vinieron a unírsele todos los condes de la región: el conde de Surrey, el conde de Essex, el conde de Oxford; de más lejos había venido el conde de Gloucester, Gilbert de Clare, esposo de la segunda hija de Guillermo. Estos altos personajes, rodeados de su séquito, forman una cohorte de honor resplandeciente. Dios seguía testimoniando al Mariscal, al favorecer de este modo el brillo del cortejo funerario, la bondad que había tenido con él durante toda su vida. A la entrada de Londres, el cuerpo fue recibido por el arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra. La víspera, en la iglesia del Temple completamente iluminada, repleta de cantos sagrados, fue soberbia. Todo estaba tan bien, tan decentemente hecho, tan hermoso, tan glorioso, que los asistentes, con el corazón reconfortado, olvidaban su pena. Agradecían al cielo el honor que se dignaba dar al difunto. Al día siguiente se dispusieron a poner el cuerpo en la tierra, delante de la gran cruz, al lado de la tumba del Maestro Aymery, cuyos restos carnales habían entregado el alma antes que éste, y le esperaba.

Al término de esta fiesta funeral, tumbado sobre el féretro ante la tumba abierta, el cuerpo del Mariscal, mudo, hablaba todavía. Enseñaba a todos los asistentes, que se había deseado que fueran innumerables —y que lo eran—. Ante sus ojos, este cuerpo se presentaba como imagen de lo que cada uno de ellos sería ineluctablemente un día. *«Espejo»*, así lo definió el arzobispo en la alocución que pronunció para la edificación de la muchedumbre: *«Ved, señores míos, lo que vale el mundo. Todo hombre, cuando ha llegado a este punto, no significa ya nada: no es más que un poco de tierra. Considerad aquí a aquel que se alzó a la cima de los valores humanos. Nosotros llegaremos ahí. Vosotros y yo. Un día, moriremos»*. Así va toda la carne. Aquí abajo todo es vanidad.



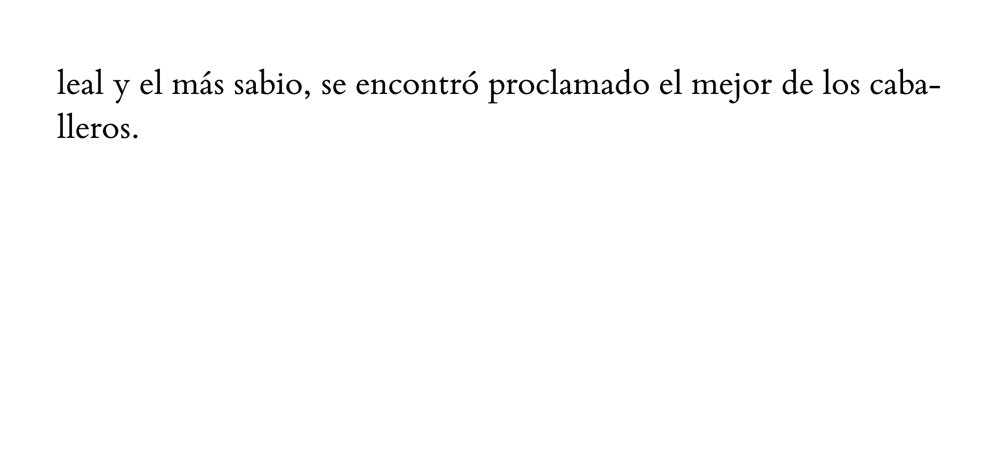
No se ve más el cuerpo. Ha desaparecido bajo la tierra para pudrirse allí apaciblemente, bien encerrado. Sin embargo, invisible, manifiesta todavía una vez más su poder, y con suntuosidad. De la forma más terrenal y alimenticia: dando de comer, de beber, dando a los otros para que se regocijen. Según la costumbre, preside un banquete de clausura, en la posición del jefe de la casa, del señor, que nunca es más amado que cuando distribuye el pan y el vino. Se lo ha dicho a su heredero: quiere que cien pobres estén allí, y queden saciados. Que coman y beban con él; o más bien, por él. Pues es ésta la función que cumplen estos ágapes postumos: el alma del muerto tiene necesidad de que los vivos recen por ella, y la pitanza distribuida después del entierro puede ser considerada como el salario por estas oraciones; incluso quizá, más profundamente, por su equivalencia. Pobres hay este día más de los necesarios. Desde hace tres meses esperaban, impacientes, el fin de la agonía. Helos aquí a todos, con las manos tendidas. Se renuncia a contarlos: su muchedumbre es tan densa que no cabe en Londres, cerca de la sepultura. Hay que irse a los espacios libres de Westminster para proceder a la distribución de los dineros y prebendas con las cuales se termina la dramaturgia de los funerales.

Éstos fueron magníficos, a la medida del honor del conde Mariscal. No todo el mundo moría tan bien. Guillermo lo había podido comprobar por sí mismo treinta años antes, casi día a día, cuando murió el rey, su señor, el abuelo del actual, otro Enrique, Enrique II de Inglaterra, Enrique Plantagenêt el Soberbio, nuevo rey Arturo, que antaño había raptado a Leonor de Aquitania al Capeto, y que en su tiempo fue poderoso entre los poderosos. El Mariscar no lo olvidó. Numerosas veces contó a los suyos lo que guardaba en su memoria. Con sus ojos había visto al soberano corroído poco a poco por ese mal que le había cogido por el talón, subía a lo largo de las piernas, invadía el cuerpo entero y le quemaba delante y detrás. Lo había visto arrastrarse como una

bestia, aullando de dolor, y sabiendo que Ricardo, su hijo mayor, su heredero, su enemigo, rabiaba por verle tardar tanto en cederle el sitio, e iba sarcásticamente riendo entre las gentes del rey de Francia: *«El viejo está representando una comedia»*. Le había visto volverse completamente rojo, y después del todo negro. No estaba presente cuando la muerte reventó con sus uñas el corazón del rey, cuando la sangre coagulada se derramó de su nariz hasta su boca, pero se le comunicó que el moribundo permaneció completamente solo. Sus amigos, de carne y de corazón, se habían ido, tirando por aquí, tirando por allá, llevándose lo que tenían que guardar, y abandonando el cuerpo a la canalla doméstica. Contaba todavía, antes de morir él mismo, que las *«aves de presa»* habían dado entonces muy duras dentelladas. Enrique no tenía ya nada, salvo sus calzones y sus calzas. Algunos hombres de gran lealtad —y el Mariscal lo era— acudieron, avergonzados de lo que veían, y echaron su manto sobre el cadáver. Se le enterró, y ciertamente de modo conveniente. Pero al día siguiente los batallones de pobres esperaban a la entrada del puente de Chinon, seguros de lo suyo. No quedaba nada en la mansión real, ni siquiera pan negro. El Mariscal preguntó por los dineros: no quedaba rastro alguno de ellos. Y se oía, sobre el puente, crecer la cólera, gritar al escándalo y amenazar con romperlo todo. Los pobres tenían razón de rugir. Vergüenza al rey muerto que no alimenta.

El 14 de mayo de 1219, Guillermo el Mariscal alimentó a los pobres mejor que un rey. Y fue a un rey a quien correspondió pronunciar su último elogio, de lo que la familia no estuvo poco orgullosa. Precisamente a este rey que había rebajado el orgullo de los Plantagenêt, que había vencido también al emperador, en combate, en Bouvines cinco años antes, y cuyo poderío se extendía desde entonces por el mundo, dominándolo con tanta seguridad que se le había apodado, como a los emperadores romanos de los tiempos antiguos, Augusto: a Felipe, segundo de este

nombre, rey de Francia. Este soberano tenía su corte en Gâtinais cuando le llegó la noticia de la muerte de Guillermo, a quien apreciaba mucho. En compañía de su parentela y de sus altos barones, acababa de cenar. Los señores menos elevados que le habían servido la mesa comenzaban su comida. Entre ellos se encontraba Ricardo, segundo hijo del Mariscal; iba a tener un gran duelo. El rey tuvo el cuidado de esperar a que acabara de comer. Entonces, delante de la atenta asamblea, el rey se dirigió a Guillermo de Barres, su amigo: *«¿Habéis oído lo que éste me ha dicho? —¿Qué ha dicho, señor? —A fe mía, me ha venido a decir que el Mariscal, que tan leal fue, está enterrado. —¿Qué Mariscal? —El de Inglaterra, Guillermo, que fue valeroso y sabio. —En nuestro tiempo no hubo en ningún lugar mejor caballero, ni que mejor conociera las armas. —¿Qué decís? —Digo, y tomo a Dios por testigo, que no vi jamás en toda mi vida a nadie mejor que él»*. Guillermo de Barres lo sabía: era el más valeroso de la corte de Francia, es decir, del mundo. En sus tiempos maduros, había rivalizado en valor con el conde Mariscal; ante San Juan de Acre, había incluso participado en justas contra Ricardo Corazón de León. Le correspondía otorgar al difunto un primer premio, el de la experiencia militar y deportiva. El rey Felipe que, por oficio, presidía el consejo y sabía el valor de la amistad viril, cimiento del Estado feudal, coronó, él, la lealtad: *«El Mariscal fue, a mi juicio, el más leal, verdadero, que yo haya conocido jamás, en cualquier lugar que estuviese»*. En fin, Juan de Rouvray, uno de los que estaba más cerca del rey en Bouvines, que guardaba el cuerpo real junto con Guillermo de Barres y los compañeros de su juventud, celebró su sabiduría: *«Señor, yo pienso que fue el caballero más sabio que se vio, en cualquier lugar, en nuestros tiempos»*. Encaramada sobre la proeza, sostenida por la lealtad de una parte, de otra por la sabiduría, aquí está la caballería, el orden más alto que Dios haya hecho. En estos cimientos de valentía reunidos alrededor del rey capeto, primer lugarteniente de Dios en la tierra, Guillermo el Mariscal, el más valeroso, el más


leal y el más sabio, se encontró proclamado el mejor de los caballeros.

2

Durante la función sagrada en la que, cumpliendo con la voluntad paterna, se había mostrado como fiel maestro de ceremonias, el joven Mariscal había representado el primer papel, tras el del difunto. Desde que su padre se había acostado, casi no le había abandonado, apenas había dormido. A partir de ahora se encontraba colocado en el lugar que había quedado vacío y sobre sus hombros descansaba la gloria del linaje que el viejo Guillermo, por sus virtudes, había elevado con mucha rapidez hasta un grado casi regio. Incumbía a su sustituto aumentar a su vez este honor, o al menos no dejar que su brillo se debilitara. Su primer deber era, por tanto, arraigar la imagen del fundador en el recuerdo, tan profundamente que pudiera resistir la usura del tiempo, no borrarse nunca por completo y dibujar de generación en generación a su posteridad cómo comportarse correctamente. Esta memoria, por supuesto, había sido depositada en numerosas comunidades de sacerdotes o monjes, una de cuyas funciones, seguramente la principal a los ojos de los laicos, era rezar por los muertos hasta el final de los tiempos. Quizás también había sido conservada por los ornatos de la sepultura. La tumba del Mariscal en el Temple de Londres ha desaparecido antes de haber sido descrita por los amantes de las antigüedades; nada indica que no haya sido revestida con signos expresivos, con figuras conmemo-

rativas; era entonces costumbre ponerlas en la sepultura de los ricos. Pero hacía falta todavía más. Era necesario que se saliera del área destinada a las devociones. Debía construirse otro memorial, que fuera profano y capaz de hacer irradiar la fama del desaparecido en el espacio social en el que aquél se había hecho ilustre, y del que no había salido hasta que tomó el hábito de templario algunos días antes de entregar el alma; convenía hacer brillar su gloria en las cortes principescas y en los campamentos levantados cerca del campo de los torneos. Interesaba, en consecuencia, que la fama de Guillermo el Mariscal fuera celebrada en las formas específicas de una cultura que había sido la suya, la de todos sus amigos, y la que él había trabajado por exaltar: la cultura caballeresca. Éstas formas eran entonces casi todas las del *«happening»*, las de la diversión festiva, fugaz, frágil, tan versátil que nada nos ha llegado de ella, aparte el texto de algunas canciones. El monumento que Guillermo el Joven decidió levantar a la memoria de su padre fue una canción, precisamente.

La intención era, mediante las palabras, mantener presente al difunto. Pero no, como por las imágenes asociadas al culto funerario, exponiendo un retrato estático del mismo, describiendo con precisión y exactitud los rasgos singulares de su rostro, de su silueta, representando la persona física del héroe. La canción evoca muy brevemente la figura del Mariscal, la *«hechura»* de su cuerpo. No dice sino cosas banales: bellos pies, bellas manos; bien hecho, bien derecho; gran estatura. Salvo que era moreno de cabello y rostro —lo cual no era un elogio: los santos y los hombres de pro se reconocen por su color rubio, por la claridad de su piel; en este tiempo se vinculaba con el negro, obstinadamente, la idea de pecado, de miseria— y que —cualidad muy gratificante ésta para un caballero— su *«horcadura»* era muy amplia. Pero, al principio del siglo XIII, las artes plásticas, cada vez más atentas hacia la figuración lúcida, no lo estaban todavía suficientemente hacia el parecido: la escultura, la pintura colocaban

ante un decorado abstracto personajes cuyo carácter específico se expresaba no por una fisonomía, sino por emblemas simbólicos y por actitudes; mostraban principalmente acciones. El poema compuesto a la gloria del Mariscal también describe acciones. Sus «gestas». Canciones de gesta: la expresión convendría puesto que este poema fue escrito, si no en la forma —aquí es la de los romances—, al menos en el espíritu de estas cargadas epopeyas de largas series de versos que, por ejemplo, cantaban las diferentes hazañas de otro Guillermo, el de Orange, el de la nariz corta. El Mariscal revive en la relación detallada, precisa, de las peripecias de su existencia. Esta biografía estaba hecha para ser escuchada, para ser recitada públicamente por un lector profesional. ¿En qué circunstancias? ¿De qué manera? Nada lo indica. Sabemos únicamente que se ofrecía a la atención de los parientes más próximos. El donante puso buen cuidado en hacer inscribir, en el final, que había hecho dar forma a la obra para sus hermanos y hermanas, queriendo *«alegrarlos»* al hacerles *«escuchar» «los grandes bienes y el honor de su antepasado»*, añadiendo que les debía este don en tanto que primogénito y heredero, y que no dudaba de su agradecimiento.

¿Era excepcional en los linajes afortunados exaltar de este modo, después de su muerte, la imagen del jefe de la familia? Lo ignoramos, lo mismo que ignoramos hasta dónde, hacia 1220, se había extendido la costumbre de colocar sobre su tumba una estatua de los señores difuntos. Desde hacía medio siglo, en la catedral de Mans, se podía ver fijada en el esmalte, no el retrato, sino la efigie de Godofredo Plantagenêt. Se encontraba además, estrechamente asociada a esta imagen, una biografía que también hemos conservado.

Pero Godofredo Plantagenêt era padre, abuelo y bisabuelo de los cinco reyes de Inglaterra a los que Guillermo el Mariscal había sucesivamente servido. ¿No debía a esta eminente cualidad el sobrevivir de esta manera? ¿Tales representaciones no seguían

siendo un monopolio que los soberanos de este tiempo, porque habían recibido la unción de la coronación, compartían con los santos y los obispos? Y si se encargó a un escritor narrar las gestas de Guillermo el Mariscal, ¿no era porque se había aproximado mucho al poder real; porque, como regente, había ocupado por un momento el lugar mismo del monarca? La canción testimoniaría entonces el orgullo vinculado a un éxito extraordinario, si no la impudicia de un advenedizo. Sin embargo, ¿por qué no pensar que, entre la muy alta baronía, adonde su valor lo había alzado, el Mariscal no fue una excepción; que, de acuerdo con el ritual del duelo aristocrático, en la época se habían cantado muchas otras vidas aparte de la suya; pero que de todas estas evocaciones poéticas todo se ha perdido, porque era muy raro que se confiaran a la escritura y porque, en las residencias de las grandes familias, lo escrito se conservaba mal? ¿Tanto peor cuanto que este escrito, de uso profano, privado, no estaba en latín?

El recuerdo que se conservaba de los reyes de esta época, tanto de Felipe Augusto como de Godofredo Plantagenêt, estaba envuelto en esa lengua hierática, la de las liturgias eclesiásticas y la de los «autores» de la literatura culta. El latín imponía respeto; convenía para los elogios reales: los reyes, sagrados, eran casi de la Iglesia, y Suetonio había compuesto en latín la *Vida de los doce Césares*, el modelo. Pero la narración de los actos de los barones, dada a escuchar a hombres y mujeres que no eran cultos, empleaba sin duda más fácilmente el lenguaje que estas gentes podían entender, aquel que utilizaban si no todos los días, sí al menos en las cortes en que se reunía la caballería y en donde se imponían las maneras que distinguen del común a las gentes bien nacidas. El autor de la canción de Guillermo el Mariscal utiliza en cualquier caso el habla de la buena sociedad de Inglaterra y de sus reyes, que eran angevinos. Es el dialecto de la Francia del Oeste. Además el poema, que fue rimado a orillas del Támesis, es uno de los primeros monumentos literarios de la literatura fran-

cesa. Y es la biografía más antigua que se conserva en esta lengua. Muy vulnerable, la obra hubiera debido perderse, como tantas otras.

En efecto, el linaje del Mariscal se extinguió rápidamente. Era lo que ocurría a menudo en la clase dominante, como efecto de prácticas en exceso prudentes que, para restringir las particiones sucesorias, para mantener la cohesión de las fortunas, prohibían casarse a la mayor parte de los muchachos y limitaban así los nacimientos legítimos; pero comprimían asimismo peligrosamente la expansión de la descendencia. La posteridad de Guillermo parecía, sin embargo, bien asegurada: de los hijos que había engendrado en su esposa le sobrevivían diez, cinco de los cuales eran varones. Uno tras otro, éstos murieron sin descendencia. Guillermo desapareció solo doce años después de su padre, en 1231; Ricardo, tres años más tarde; Gualberto, que era clérigo, salió entonces del estado eclesiástico, ciñó la espada, tomó los títulos y pereció como consecuencia de una caída de caballo en 1241, sin haber procreado un heredero legítimo. Sólo quedaba entonces Anseau, el menor —el Mariscal, al morir, lo había lanzado a la aventura, considerando que no tenía la menor probabilidad de heredar—; éste recogió la sucesión. Corta fortuna: murió en 1245. Ya no quedaba ningún hombre que llevara el nombre del Mariscal. ¿Quién iba en adelante a preocuparse de conservar su memoria? No obstante, por el mayor de los azares, el texto de esta historia subsiste. En un manuscrito único, es cierto, y que no es el original. La transcripción, mediocre (el copista comprendía mal una lengua sin duda demasiado refinada para él), parece contemporánea. Quizás fuese encargada por una de las hermanas, por un sobrino. Con ocasión, como parece que ocurría a menudo, de una boda. A menos que un curioso por la historia haya querido conservar para su uso un relato que le parecía enseñar mucho sobre los acontecimientos recientes y que a su juicio merecía, por las cualidades de su estilo, tener sitio en una biblio-

teca bien cuidada. El poema quizás debió a su rara belleza el no desaparecer. Las obras maestras tienen la vida más larga.



Ciento veintisiete hojas de pergamino —no falta ni una sola —; en cada una, dos columnas de treinta y ocho líneas; diecinueve mil novecientos catorce versos: Guillermo el Joven había hecho bien las cosas. Hicieron falta siete años para reunir el material, elaborarlo y editar convenientemente la obra. El conjunto costó caro. El que pagaba puso buen cuidado, para que ninguno dudara de ello, en que se mencionara con claridad este dato. El hijo mayor *«que soportó todo el gasto»*, fue, en consecuencia, el promotor. No el autor. No podía serlo, por falta de tiempo y, sobre todo, de competencia. Contrató, por tanto, a un artesano cuyo oficio era componer canciones, uno de esos hombres que *«viven de trovar»*. Un trovero. De aquel que *«este libro ha hecho y trovado»* sabemos el nombre, Juan, pero no el apellido que permitiría identificarlo.

Es un escritor soberbio: palabras muy frescas, muy ajustadas; una narración límpida, el arte de animar a los personajes, de conducir un diálogo, de mostrar; cumplió a la perfección su tarea. Por añadidura se nos revela como un historiador muy concienzudo. La obra se presenta como una *«vida»*, pero también como una *«estoria»*. Su autor comparte la preocupación que, en los monasterios y las colegiatas, manifestaban aquellos que se dedicaban a relatar los hechos de los que habían tenido noticia, desde hacía un centenar de años, por controlar la información, criticar los testimonios con el mismo escrúpulo que ponen los historiadores de hoy en día en la realización de su tarea. Juan cuida de indicar sus fuentes. En muchas ocasiones, se le ve mostrar las dudas y las exigencias de veracidad que se impone. Así, cuando relata el desarrollo de la batalla de Lincoln, que vio triunfar al Mariscal como un rey. El acontecimiento es capital. La carrera del héroe, y

toda la acción que el poema ha seguido paso a paso, llegan en aquel día a su punto culminante. Se trata de ver muy claro, de no decir nada que no sea completamente seguro. En este punto, Juan el Anónimo coloca su profesión de fe: *«Aquí, señores, ¿qué me conviene decir? Los que me suministran el material no se ponen de acuerdo entre sí; yo no puedo obedecer a todos ellos; me equivocaría, perdería la vía derecha y me haría menos digno de crédito. En historia, que es verdad, nadie debe mentir conscientemente»*. El que lo había encargado esperaba una relación sincera. El ejecutor se esforzó en consecuencia por separar minuciosamente lo verdadero de lo falso entre los rastros que habían dejado las acciones del Mariscal.

Pero interesaba también que la relación fuera amplia, detallada, llena. El autor se dedicó, por tanto, a recoger cuidadosamente todos los rastros, a espigar los mínimos vestigios. El cuidado que puso en que la recolección fuese completa explica que haya dedicado tantos años a cumplir el encargo. Sin embargo, como era un trovero, no fue a informarse en los libros de las bibliotecas cultas. Esta independencia aparece claramente cuando se confrontan sus decires con los de los cronistas a los que hubiese podido cómodamente referirse, y que además se copian unos a otros: no hay la menor coincidencia entre las relaciones de los hechos de estos cronistas y la suya que permita suponer que los había leído. Él indagaba en otras fuentes que, sin él, hubiesen permanecido inaccesibles para nosotros ya que se sitúan en la vertiente profana de la cultura del siglo XIII. Casi toda esta parte de la creación cultural se ha evaporado. Se nos escapa. He aquí por qué me apasiona la canción. Obra de un hombre que no pertenecía a la *intelligentsia* clerical, o que al menos se había separado de ella durante su trabajo, nos aportá un rarísimo testimonio de lo que eran, entre los caballeros de este tiempo, el sentido y el conocimiento de la historia. Es la formalización de una memoria que yo ni siquiera llamaría cortés, porque en las grandes cortes principescas el peso de las influencias eclesiásticas sobre las ma-

neras de pensar de los laicos era notoriamente mayor que en la casa de Guillermo. Lo que se nos da es infinitamente precioso: la memoria caballeresca en estado casi puro, de la que, sin este testimonio, apenas sabríamos nada.

De creerle, sería en su propia memoria en la que Juan el Trovero había buscado. Cuando redactaba la biografía, se puede pensar que estaba establecido entre la gran servidumbre de Guillermo el Joven. Pero, si no se tiene por un artificio de estilo o por una simple coletilla el que él intervenga personalmente, aquí y allí, en el giro de un verso, afirmando *«he visto esto», «me acuerdo de aquello»*, hay que suponer que este escritor bien podría ser uno de esos heraldos de armas que, en el campo de los torneos, ordenaban los encuentros, identificaban a los protagonistas por sus signos heráldicos y hacían elevar, cantando sus hazañas, la reputación de los campeones. Y que, como otros especialistas de la publicidad caballeresca, se había contado, al menos en algunos períodos, entre los íntimos del Mariscal, que pagaba bien. Por otra parte, como los hechos de los que el autor pretende, por sus anotaciones, haber sido testigo directo, se remontan hasta los alrededores del año 1180, el poema habría sido escrito por un hombre ya mayor. El estado del dialecto normando que usa confirmaría el hecho: está tan lleno de arcaísmos que se creería que la obra fue compuesta treinta años antes, a fines del siglo XII. También confirmaría esto la insistencia que pone Juan —¿pero no es un lugar común, en este tiempo, de la literatura cortesana? — en llorar el tiempo perdido en el que, según él, todo era más hermoso.

No obstante, para lo esencial, la *«materia»*, como él dice, los materiales a los que él da forma le vienen de otro. Cuando, en los últimos versos, expone lo genérico de la obra y suplica a Dios para que les dé la *«alegría del paraíso»* a los que se han asociado para que aquélla se llevara a buen término, señala a tres personas: el productor —es Guillermo, «el buen hijo»; el realizador —es él

mismo; finalmente, un tercer hombre que, por amor, por *«buen amor»* a su señor, suministró la información, consagrando a esta labor *«su corazón, su pensamiento y su haber»*. —Juan. Como Paul Meyer, editor de este texto, pienso que este Juan no es el mismo. Éste está muy bien identificado. Lo hemos encontrado hace poco, más cercano que ningún otro del Mariscal en su agonía, Juan de Early. El apellido que lleva designa un pueblo de Berkshire, próximo a Reading, próximo también a Caversham. Juan provenía por tanto del país en el que el Mariscal había nacido. Poseía aquí dominios. Quizás era su pariente lejano. Aparece en la narración en 1188, cuando la toma de Montmirail, en el Maine. Era entonces escudero del Mariscal, su asistente. Tenía a su cargo el cuidado de los arneses, guardaba el caballo de batalla, llevaba el escudo. Tales funciones correspondían normalmente a los jóvenes, a los aprendices del oficio militar: Guillermo se había encontrado en la misma posición una veintena de años antes. En este momento, Juan de Early acababa de entrar a su servicio. El Mariscal lo había tomado a su vuelta de Tierra Santa; antes, había tenido como escudero a Eustaquio de Bertrimont. Como Guillermo antaño, como Eustaquio después, Juan se convirtió pronto en caballero, pero no se separó de su señor. Lo siguió paso a paso, compartiendo la misma fortuna. Es así como también él se elevó poco a poco, a su lado: el rey Juan, en particular, lo colmó de favores. Parece sin embargo que permaneció «joven», en el sentido que esta palabra tenía en el lenguaje de los caballeros: jamás tomó esposa. Murió en cualquier caso sin hijos: en 1231, su hermano Enrique recogió toda su herencia. Estuvo ligado a Guillermo el Mariscal durante toda su vida por lo que el poema llama amor.

Una palabra muy fuerte: la amistad viril en su punto culminante. Justifica el papel que representa Juan de Early. Es el informador por excelencia. La materia del poema está básicamente constituida por aquello de lo que se llenó su memoria durante

los treinta y un años que sirvió al difunto. Este depósito parece haber sido utilizado, de forma escrita, por el poeta cuando éste se puso a versificar. ¿No lo indica en varias ocasiones: *«lo escrito dice lo que yo digo»; «es lo que el escrito me da a entender»*? Si no leyó a los cronistas de la Iglesia, trabajó, no obstante, es evidente, sobre pergaminos. Así esta antigua cuenta que se conservaba en los archivos de la casa y de la que se sirvió para precisar lo que el Mariscal había ganado durante una campaña de torneos. Pero también ese otro escrito, o mejor dicho esos otros escritos de los que habla, y que son divergentes, según nos dice, a propósito de la batalla de Lincoln: la materia de la *Historia* no fue, por tanto, enteramente sacada de la memoria transmitida por vía oral. En cualquier caso, si uno se ciñe a lo que el autor dice, al menos una parte del recuerdo que se le encargó elaborar había pasado previamente de la versión oral a la escrita. Estaba fijado ya en notas. ¿Sería acaso que Juan de Early hubiese comenzado a celebrar por sí mismo la gloria de su señor y bienhechor a su costa (puesto que queda bien claro que puso parte de su *«haber»* en el asunto), dictando a unos letrados lo que él recordaba? Tal vez. Al menos no cabe duda de que lo más seguro viene de Juan de Early, *alter ego* del Mariscal, que le sobrevivió y que habla. Que cuenta lo que ha visto con sus ojos pero también, y quizá sobre todo, lo que el Mariscal, cuando vivía, contaba y le gustaba oír contar. El recuerdo de Juan de Early es, en realidad, el de Guillermo el Mariscal. Juan era el portador titulado de este recuerdo; lo lleva todavía, después de la muerte, y lo acicala, como antes había llevado y acicalado las afinas de su señor. Lo entrega, reluciente, cuando se le solicita que lo haga. Como buen servidor, que ama con amor a su señor. Por la boca de Juan, veinte años menor que él, se expresa el mismo Guillermo. La canción, finalmente, ¿es otra cosa más que sus memorias, no personalmente escritas, pero fielmente dichas y transmitidas? ¿Una autobiografía? ¿El equivalente de esas vidas propias que, tomando a san Agustín por mo-

delo, algunos intelectuales —Guibert de Nogent, Abelardo—, habrían escrito un siglo antes? ¿No tenemos los recuerdos personales de un caballero contemporáneo de Leonor de Aquitania y de Felipe Augusto? Saquemos provecho de esta ganga.



Estos recuerdos son asombrosamente fieles. Como lo fueron, cien años más tarde, de una increíble precisión en el detalle de lo visto los de Joinville que, aún más mayor, escudriñó su pasado como lo había hecho Juan de Early, y con la misma intención: hacer revivir a su difunto señor, repitiendo las palabras que san Luis había pronunciado, recordando sus actitudes, el color de sus ropas, diciendo y dictando él también. Memoria exacta, infalible, prodigiosamente rica, la de todos los hombres de este tiempo que no leían, que no escribían (Guillermo el Mariscal, lo sabemos, era analfabeto: un día, su amigo Balduino de Béthune le hizo llegar una misiva; él se la hizo leer por un clérigo, que cumplió muy bien su tarea, *«palabra por palabra»*, dice la canción, *«sin saltarse nada»*), que en consecuencia debían fiarse completamente de lo que su cerebro clasificaba y que, por tanto, ponían cuidado en no dejar que se atrofiara esta facultad natural, manteniéndola en condiciones sin pensar en ello, mediante constantes ejercicio, por la práctica del canto (a Guillermo le gustaba cantar), por el recitado, la mímica y la rumia de las palabras oídas.

A esta memoria fiel se ajusta la redacción. Podemos controlarlo. Paul Meyer, que proporcionó una admirable edición de la *Historia* cuyos tres volúmenes fueron publicados por la Sociedad de Historia de Francia, en 1891, 1894 y 1901, acompañó el texto con un comentario copioso y preciso, que permite todas las verificaciones. Unos treinta años más tarde, Sydney Painter, que se encontraba entre los mejores medievalistas americanos y que fue uno de los primeros en estudiar seriamente la cultura caballeresca, exploró los archivos con más cuidado todavía; su libro

William Marshall, Knighterrant, Barón and Regent of England, que apareció en Baltimore en 1933, suministra todos los complementos deseables. Me apoyo sobre estos dos monumentos de erudición y me siento completamente a gusto. Ellos me persuaden de que nada de lo que cuenta la canción se contradice abiertamente con lo que se escribió en este tiempo y aún permanece en forma de crónicas o cartas. Las únicas deformaciones provienen, en primer lugar, del hecho de que el documento literario es un panegírico, como lo eran las *Vidas* de santos y de reyes; una defensa de sí mismo, como lo son siempre las memorias. Exagera los méritos, ciertamente, hace caer sobre ellos toda la luz y mantiene cuidadosamente en la sombra lo menos glorioso, borrando lo que debilitaría la imagen. Una de las funciones de esta literatura familiar era contribuir a defender los intereses del linaje, disculpando a los hombres de la familia cuya conducta era censurada, convirtiendo en héroes a los cobardes, a los astutos y perversos, y contradiciendo, mediante la exaltación de sus supuestas virtudes, todas las habladurías que podían salir a su encuentro. La apología iba a veces demasiado lejos. Y quizá sea éste el caso. Si parecía necesario, después de 1219, insistir tanto en la lealtad de Guillermo (*«leal»*, es cierto, rima con *«Mariscal»*), ¿no es porque era necesario ahogar los rumores de traición? En cualquier caso poseemos las pruebas: su reputación no tenía la excelencia que el autor del poema nos dice, y muchos en Inglaterra iban hablando de falta al deber vasallático, de perfidia. Tomemos el elogio en lo que es, sin engañarnos.

El otro defecto es el resultado de los desfallecimientos del recuerdo. El olvido roe sus cimientos más lejanos. Así se ve cómo, cuando la mirada se arriesga fuera de la época en que Juan de Early ha podido ser testigo directo, se debilita el rigor que, para tiempos más cercanos, mantiene en exacta continuidad lineal el vector sobre el que se hallan situados en su lugar exacto los hechos y los gestos. Y la memoria se deshilacha, se hace jirones,

pierde toda coherencia cuando Juan el Trovero no se atreve a decir *«yo he visto»*, cuando los acontecimientos que narra tienen más de cuarenta años. Más allá de 1188, la visión se vuelve vaga; se complica completamente más allá de 1180. El reproche, en realidad, es menor en lo que hace al fin que yo persigo. En efecto, me preocupo menos de los hechos que de la manera en que se los recordaba y en la que se hablaba de ellos. No escribo historia de los acontecimientos. Está ya escrita, y muy bien. Mi propósito es aclarar aquello que aún está muy poco claro, sacando de este testimonio, cuyo excepcional valor ya he señalado, lo que nos enseña de la cultura de los caballeros. Quiero, simplemente, intentar ver el mundo como lo veían estos hombres.



Hablo efectivamente de hombres. Este mundo es masculino. Sólo los varones cuentan. Hay que dejar claro desde el principio este rasgo, fundamental: existen pocas figuras femeninas en el poema, y sus apariciones son furtivas Las únicas mujeres que ocupan la escena durante un breve momento pertenecen a la familia del héroe, y a la más estrecha: madre, hermanas, esposa, hijas —la familia restringida, el círculo en el que se impone el tabú del incesto, no según las prescripciones de la Iglesia que extendía desmesuradamente la prohibición, sino según la moral que entonces respetaban las gentes. Incluso estas parientes tan cercanas permanecen como sombras, apenas entrevistas. De la madre de Guillermo se nos indica únicamente el apellido, la casa ilustre de la que sale, y de la cual mandó a uno de sus familiares a recabar noticias sobre su pequeño, cuando éste cayó prisionero. Se ha señalado ya el lugar que ocupa la esposa: es marginal. No aparece en realidad, con sus hijas, sino durante la larga secuencia de la agonía. Llamadas de vez en cuando por los hombres, estas mujeres entran en la habitación en donde el Mariscal se muere; apenas se quedan en ella, no tienen la palabra; en cualquier caso, nada

de lo que ellas hayan podido decir ha parecido digno de sernos relatado; todos los diálogos son masculinos. Ellas lloran, se desvanecen, interpretan el papel que conviene al orden femenino en tales circunstancias. Queda esta pizca de ternura, de parte del que está muriendo, por la compañera de veinte años, por la más indefensa de sus hijas. Él llora a su vez por ellas; y son las únicas lágrimas que aparece derramando en el poema. Pero en ninguna parte se señala que se haya ocupado de estas mujeres antes de la escena de los adioses. Salvo a propósito de los esponsales, de los suyos y de los de las cuatro hijas mayores. Matrimonios, es decir, asuntos graves. Y estos asuntos, son los hombres quienes los tratan entre sí.

Aquí y allá se perciben, atravesando la narración, otras mujeres. He contado, en total, siete de estas emergencias, todas o casi todas las cuales son muy cortas. La mayoría deriva del mismo desarrollo del relato. Describiendo la muerte del héroe había que dejar sitio a las hijas que decentemente visitan a su padre moribundo, que decentemente asisten a su último suspiro. También conviene, en las peripecias de este juego específicamente masculino que es el militar, hacer intervenir en algunas partes a personajes femeninos. Los unos, directamente comprometidos, pues ocurre que hay mujeres que participan en tales acciones. ¿Pero son éstas verdaderamente mujeres? Despojadas de toda femineidad, combaten en verdad como hombres. Así, la Dama Nicole que tenía, por herencia, el castillo de Lincoln: lo defendió con todo su poder contra las gentes del príncipe Luis de Francia. También hay otras como las burguesas de Drincourt (hoy Neufchâtel-en-Bray), menos bien nacidas, que meten directamente las manos en la masa. En esta aldea, los caballeros franceses y los normandos estaban enfrentados cuando los segundos tomaron la delantera; entonces estas mujeres siguieron a sus maridos, que salían de las casas, y persiguieron a los franceses en desbandada, armadas con mazas, con bastones y hachas. Antes, estas amazo-

nas, en compañía de las damas de la nobleza, se apiñaban en las ventanas y sobre las galerías. Desde el comienzo de la partida, seguían como espectadoras apasionadas las fases del combate.

Hay que decir que este combate aparece descrito en el poema, como de ordinario lo son los torneos, con paladines y heraldos contando los golpes, y con un atento público de seguidores. Efectivamente, en la incertidumbre de la que he hablado, puesto que este acontecimiento se encuentra en los últimos planos de la memoria, se supone que el héroe había sido armado caballero ese día. Es por lo que se trata la escaramuza como una de esas fiestas en las que los recién armados caballeros hacían alarde de su valor, desfilando delante de las admiradoras. En realidad, la historia de Guillermo el Mariscal hace pensar que las mujeres, en ese tiempo, no asistían a los torneos tan frecuentemente como se supone. La narración que utilizo está llena de descripciones de torneos. No obstante, la presencia femenina sólo se menciona en dos de estos encuentros, y en los límites de la acción. En Pleurs, en Champagne, aparece después del final del combate: una mujer de alta alcurnia, que quería quedar bien, vino a ofrecer al duque de Bourgogne, padrino de uno de los equipos, un lucio magnífico, que medía dos pies y medio o más. Este objeto simbólico constituía el premio, destinado al mejor. (Es notable, ciertamente, que correspondiera otorgarlo a una mujer, y este rasgo tiene un carácter reconfortante para los que creen en la promoción de la mujer en el siglo XII, complaciéndose en imaginar, en un decorado trovadoresco, a las bellas coronando a los valientes). Cuando se es príncipe, noble de corazón, no se conservan tales dones para sí: se distribuyen entre los demás, fingiendo juzgarlos más valerosos que uno mismo. Es lo que hizo el duque de Bourgogne. *«Para doblar el honor»* de la dama, que era cortés, culta y, dice la canción, valerosa ella también, la bella pieza pasó de mano en mano entre la muy alta baronía para terminar, por supuesto, en las del Mariscal.

En el torneo de Joigny, más brillante todavía, las damas aparecen al principio. El equipo del cual es capitán el Mariscal está ya dispuesto, espera completamente preparado la señal del comienzo, a gusto, fogoso, en la palestra. Hete aquí que sale del castillo la condesa, *«bien hecha de cara y cuerpo»*, escoltada por damas, doncellas, *«elegantes, corteses y de buena clase»*. Los caballeros no se contienen más, rompen las filas, se dirigen a su encuentro, revigorizados, atraídos por el cebo, espoleados por la visión de estas bellas seductoras. *«La audacia se dobla en su corazón»*. Poder femenino, incuestionable esta vez. Miremos, no obstante, más de cerca cuál es el papel asignado a estas mujeres. Están allí para excitar a los guerreros a una mayor valentía. Se combate mejor bajo su mirada; la guerra, o el simulacro de la guerra, toma entonces el aspecto de una competición de machos, de uno de esos alardes eróticos que, según nos persuaden los etnólogos, entran en juego en el más elemental de los mecanismos de la vida. Sin embargo, en Joigny estas mujeres cumplen otra función: distraer a los hombres, ayudarlos a pasar el tiempo cuando este tiempo es largo y, no teniendo que combatir, el caballero no sabe qué hacer dentro de su armadura. Efectivamente, en seguida —como siempre son sólo los hombres los que hablan—: *«Vamos, dancemos, para burlar el aburrimiento de la espera»*. Observemos la escena con cuidado, pues no es frecuente la ocasión de entrever cómo se bailaba en la época. Hombres y mujeres se cogen de la mano para algo parecido a un corro. No hay música, sólo el canto sostiene la danza. *«¿Quién tendrá la amabilidad de cantar?»*. Evidentemente, el Mariscal. Entona un canto a una sola voz y todos lo acompañan. Cortesía. Era de esperar en una obra rimada a la manera de los romances en el mismo tiempo en que Guillermo de Lorris componía el *Román de la Rose*, y que se dedica a describir los placeres que tiene en la vida un hombre de buena cuna. No obstante, señalo lo discreta que es la presencia de la cortesía. A lo largo de descripciones tan prolongadas, tan complacientes, de los jue-

gos militares, no se hace más que una sola alusión a tales intermedios en los que, para jugar, los caballeros se mezclaban durante un rato con las mujeres de su rango. E incluso aquí la atención no se dirige a ellas. ¿Es seguro que Guillermo, al exhibir sus talentos como cantor, intentase complacer a la condesa y a sus acompañantes, o bien trababa de afirmar, por una proeza de otra índole, su preeminencia sobre sus compañeros de combate, prolongando entre las damas un concurso de excelencia viril que se desarrollaba entre hombres solos durante la mayor parte del tiempo?

Sea como sea, a lo largo de estos casi veinte mil versos no se nos muestra más que a tres mujeres que, sin ser parientes cercanas, estuvieron en relación directa con el Mariscal. Helas aquí. Aquella que, en la narración, aparece en primer lugar es una dama, la esposa de un señor que se apiadó de Guillermo cuando, muy joven todavía, y gravemente herido por la banda de los Aquitanos, que le había capturado, y que huía, lo iba arrastrando de retirada en retirada para que no fuese recuperado por los suyos. En una de estas furtivas etapas, una mujer de alcurnia, *«franca y acogedora»*, lo miró una tarde, de lejos. ¿Amor? ¿Deseo quizá? ¿No sería esta mujer una de esas esposas insatisfechas a las que Dios, para poner a prueba a los futuros santos, según los hagiógrafos, hacía perseguir de noche a los adolescentes metiéndose en su morada? En cualquier caso, es la estima lo que el trovero pone aquí de relieve. La dama interroga. Se le cuenta la prueba de coraje que acaba de dar el joven: ha puesto su cuerpo en peligro para vengar la muerte de su tío asesinado. Ella envía a alguien a preguntar: ¿qué necesita? Estopa, para vendar su herida: ella le hace pasar las vendas, a escondidas, en un pan del que ha retirado la miga, astuta como son todas las mujeres demasiado tiernas. Pero sin que se nos diga que ella misma se aproximara al muchacho: no fueron manos femeninas las que cuidaron a Guillermo, sino las suyas propias, convertidas por ello en cirujanas.

La segunda es una historia de amor, pero de un amor del que el héroe no es ni el sujeto ni el objeto. Cabalgaba, solo, acompañado por Eustaquio, su escudero, hacia Montmirail, donde lo esperaban dos de sus compañeros de aventura, Balduino de Béthune y Hue de Hamelincourt. Durante el trayecto le entran deseos de dormir; se tiende sobre uno de los lados del camino, quizá romano, ordena desembridar a los caballos y dejarles pacer en el descampado. Se adormece. Un ruido lo despierta. Una voz de mujer, muy cerca de él; ella dice —es la única mujer en toda la canción cuyas palabras se escuchan—: *«¡Ay, Dios, qué cansada estoy!»*. No está sola. Abriendo los ojos, Guillermo percibe a una pareja que pasa, montada en dos palafrenes bien alimentados, *«caminando muy furtivamente»*, y cargados de baúles pesadamente cargados. El hombre es hermoso y franco; la mujer, bella, seguramente es una dama o doncella. Ambos van ataviados con ricas capas de paño flamenco, muy elegantes. *«Eustaquio, ¿qué es lo que estoy oyendo? Embrida mi caballo, quiero saber de dónde vienen, a dónde van»*. (Es de buen tono, efectivamente, abordar a aquéllos con los que uno se cruza en el camino, cuando son gentes de alcurnia). En su prisa, el Mariscal olvida su espada. Alcanzando al caballero, le agarra por la manga del abrigo y le interroga: *«¿Quién sois?. —Un hombre. —Ya veo que no sois un animal»*. El otro se suelta con brusquedad, se dispone a desenvainar. *«Buscáis jaleo, lo vais a tener»* (el diálogo es de Juan el Trovero, al que sigo casi palabra por palabra). *«¡Eustaquio, mi espada!»*. El desconocido deja caer el abrigo, coloca su arma, sale huyendo a toda prisa. Inmediatamente es atrapado. Se defiende. Su capucha salta y aparece rapado: es un monje, el más hermoso del mundo. Lleno de vergüenza, angustiado, se rinde: «*Estamos a vuestra merced. Soy monje, eso se ve. Ella es mi amiga* (anotemos bien la palabra: no es su esposa). *La he raptado de su país. Nos vamos a tierras extranjeras*». Bañada en lágrimas, la muchacha confiesa que es flamenca, hermana de Monseñor Raúl de Lens. *«No erréis por los caminos»*, le reprocha Gui-

llermo. (Es insensato que una muchacha de buena familia corra los caminos como una puta; los únicos errantes soportables son los caballeros). *«Abandonad esta locura. Os llevaré con vuestro hermano. Es conocido mío»*. Pero ella contesta: *«Jamás se me volverá a ver en una tierra en que se me conozca»*. El Mariscal no insiste más, se preocupa: ¿están provistos? ¿Tienen dineros u otra moneda? El monje exhibe un cinturón lleno de piezas: tiene, y se vanagloria de ello, al menos cuarenta y ocho libras; colocará este dinero a interés, en una buena ciudad mercantil, y vivirán de la renta. *«¿De usura? ¡Por la espada de Dios, eso no! Eustaquio, coged los dineros»*. Hecho esto, la pareja puede marcharse. *«Ya que rechazan enmendarse, puesto que su maldad les lleva»*, Guillermo los manda al diablo. Eustaquio tenía orden de no decir nada cuando el Mariscal se reuniera con sus amigos. Éstos se impacientaban, hambrientos. Para animarlos, Guillermo lanzó sobre la mesa del albergue el saco. Lo contaron; el monje no había mentido: más de diez mil dineros, con los que permitirse muchas buenas cosas. Después de comer y beber, Guillermo contó de dónde provenía la ganga. Hue protestó: les habían dejado las monturas y los equipajes. *«¡Ah, por mi caballo, me voy a hablar con ellos!»*. Guillermo lo calmó. Pensaba que debían quedarse allí.

La anécdota era de aquellas que se le recordaban con gusto al Mariscal cuando éste estaba envejeciendo. Su lección está llena de interés para el historiador de las costumbres. Le revela lo que ocultan ante su vista casi todas las fuentes que interroga, salvadas las novelescas que, con razón, considera con una mirada crítica: no todas las muchachas, en las casas de alto rango, eran dóciles; a veces ocurría que sus amores eran libres, que se formaban parejas sin el consentimiento de la familia. Las huérfanas, objetos de comercio entre su hermano y los compradores de esposa, se dedicaban algunas veces a casarse ellas solas. Se veía, quizá menos excepcionalmente de lo que estamos inclinados a creer, que el rapto, la fuga, los compromisos clandestinos, y en suma, el amor,

venían a desmontar las maniobras de los jefes de familia. No era imposible, después de hecho, arreglar las cosas con la mediación de los amigos, apaciguar los rencores, reconciliar a las doncellas con aquéllos cuyo control habían esquivado, hacerlas volver, algo mustias, al circuito regular de los intercambios matrimoniales. Por supuesto, con la condición de que ellas se prestasen a hacerlo. Se ve por esta historia que algunas, por vergüenza, o por pasión, no se dejaban colocar, que había algunas obstinadas en querer organizar por sí mismas su vida, costase lo que costase.

La moral del caballero —esto, en cambio, es bien conocido— le dictaba ir, con la brida bajada, en socorro de las mujeres bien nacidas cuando las veía en peligro. De hecho, desde el momento en que la queja femenina, que él toma por una llamada de socorro, llega a sus oídos, Guillermo salta. Pero la moral del caballero le prohibía también forzar a las mujeres. Cuando se trata de amor, debe respetar su voluntad. Por otra parte, la Iglesia, por su lado, induce también a hacerlo. El lazo conyugal que Dios bendice, ¿no se anuda, proclama obstinadamente, por la adhesión del corazón, por el consentimiento mutuo? En consecuencia, el Mariscal, perfecto caballero, se domina: deja la *«amiga»* a su amigo. Sin embargo, le cuesta: es que este amigo es un monje. Escarnio. No tiene costumbre de ocuparse mucho de los monjes en este floreciente momento de su vida No obstante, que las hijas de buena familia les ofrezcan su cuerpo le indigna. En todo caso es un clérigo, y ni eso siquiera. La caballería se cree con derecho a reservarse a todas las mujeres de su sangre; a los varones de otra condición les prohíbe, celosamente, tomarlas. Como antaño el conde Guillermo de Poitiers, el trovador, el Mariscal juzga que las damas y las doncellas que no rechazan cualquier amor que no sea el de los caballeros merecen el fuego de la hoguera, o cualquier otro. Ciertamente, conforme al precepto de la paz de Dios, no se siente con derecho a poner las manos sobre la mujer culpable. Pero al menos utilizó la ocasión que se le brindaba de

castigar: había dinero. Lo tienen seguramente todavía. Este dinero que le quema las manos, que por otra parte ni quiere tocar con ellas, encargando a su escudero que lo tome entre las suyas. Este dinero que sirve para el placer caballeresco, que el caballero gasta con el corazón alegre, que se avergonzaría de ahorrar. Poco importa cómo fue adquirido. Lo repugnante es que este tonsurado, que mete en su lecho a las doncellas nobles, pretenda servirse de él como lo haría un burgués, haciéndole producir una renta. Un hombre de calidad no «gana» de este modo. Gana también, pero por su valor, tomando las presas con riesgo de su cuerpo, no sacando provecho de los apuros de los demás, y prestando —en particular, él lo sabe bien, a los caballeros, a los caballeros no previsores—, a tasas usurarias. Guillermo arrambla, por tanto, con los ahorros con absoluta buena conciencia. No toma más que esto, las piezas de dinero, desviándolas de un mal uso para utilizarlas de la única forma que no sea maloliente: para derrocharlas en la fiesta. Coger el resto sería bandidaje. Pero esta toma le parece honorable, como a los que, para su gloria, propagaron el recuerdo de sus buenas acciones. En lo que hace a la mujer, tampoco la tocó. La trató, a esta malvada, según las leyes de la caballería.

Finalmente —y aquí está la última silueta de mujer que ocupa un lugar en el relato, pero impalpable, apenas visible: no se la nombra; no se ve su rostro; no está presente más que en el discurso de los hombres, en la discusión entre ellos de la que ella es el objeto—, un amor, atribuido éste al Mariscal, un amor culpable. En 1182 —con treinta y cinco años por lo menos—, todavía no tiene esposa: es, como entonces se decía, *«bachiller»*, pero ya glorioso, célebre, y envidiado en consecuencia. Envidiado por sus compañeros más próximos, los hombres de guerra que, como él, forman parte de la gran casa militar constituida por Enrique el Joven, heredero del rey de Inglaterra, al que su padre, Enrique Plantagenêt, ha hecho ungir y coronar, asociándolo a su poder.

Son cinco a envidiar a Guillermo. El poeta calla el nombre de tres de ellos: cuando escribía, su linaje no se había extinguido. Nombra solamente a Adán de Iqueboeuf y a Tomás de Coulonces. Los cinco quieren perder a su camarada porque su señor común lo ama demasiado. Es esto lo que le envidian, el gran amor del que es objeto. Así, todo en este asunto gira en torno al amor, pero no nos equivoquemos: en torno al amor de los hombres entre sí. Esto no nos asombra ya; comenzamos a descubrir que el amor a la cortesía, aquel que cantaban, tras los trovadores, los troveros, el amor que el caballero dirige a la dama elegida, enmascaraba quizás el esencial, o más bien proyectaba, en el área del juego, la imagen invertida de lo esencial: los intercambios amorosos entre caballeros.

La historia es larga. La examino en todos los detalles que da el poema. No sólo porque el Mariscal la contaba o le gustaba escucharla, sino sobre todo por la muy cruda luz que expande sobre la realidad de las relaciones entre masculino y femenino al final del siglo XII, en las grandes cortes en las que los príncipes ofrecían a sus amigos reunidos, para divertirlos, la lectura de los romances bretones. Los envidiosos, los *«aduladores»*. (Juan el Anónimo emplea las palabras de los romanceros) traman entonces una intriga. Ésta va a fermentar entre los familiares del señor que se disputan sus favores y se espían unos a otros. Y acabará por transformar el amor del señor en *«gran y cruel odio»* hacia aquel que ellos quieren perder. No obstante, teniendo cuidado de no ser odiados ellos mismos, solamente sembrarán la sospecha. Adán y Tomás son normandos. Comienzan por otro normando, Raúl de Hamars, contando primero con el orgullo de la etnia, y tocando ahí una cuerda muy sensible: *«Estaremos todos abastardados si continuamos dejándonos ganar la partida por este Inglés»*. No se habla más que de él en Normandía y en Francia. Y ¿por qué? Porque tiene metido en el bolsillo a Enrique el Norrois, heraldo de armas, el cual, en la apertura de todos los torneos, lanza el grito de

guerra de Guillermo: «¡Ea!, ¡Dios ayude al Mariscal!». Los mejores acuden, se agregan a su equipo. No tiene más que extender la mano para adueñarse de caballos y caballeros. He aquí de dónde viene su caballería, la fama que nos eclipsa y el dinero con el que se hace tantos amigos. Pero no es esto lo que nos enoja. No acabamos de creer lo que oyen nuestros oídos: a la esposa de Enrique, nuestro señor, Guillermo *«hace esto»*. ¿Qué? ¿El amor? No, la palabra no viene. La palabra amor, a lo largo de toda la canción, no interviene más que a propósito de ese sentimiento que mantienen los hombres entre sí. De lo que se trata es de algo mucho más simple: el Mariscal se acuesta con la reina.

La reina, la esposa del joven rey Enrique, es Margarita, hija del rey Luis VII de Francia, hermana de Felipe Augusto. En 1168, para consolidar la paz recientemente concluida entre la casa de los Capetos y la de los Plantagenêt, fue entregada por su padre al hijo de Enrique II. Este muchacho tenía entonces cinco años y ella tres. Ahora ella tiene veinticinco, diez menos que el Mariscal. Esto es todo lo que se sabe de ella. Y por otras fuentes, pues el poema —lo he dicho ya— no pronuncia ni tan siquiera su nombre. Ella aparece en la biografía como una especie de signo abstracto, como un atributo valorizante que realza el brillo del héroe. Muy vivamente, en verdad. ¿Quién puede soñar, si no es Tristán, amiga de más alta alcurnia? Aún así, Tristán era el sobrino del rey Marcos. Guillermo está lejos de poder pretender una parentela tan elevada. No es más que un hombre de aventura, como aquellos que le acusan.

La presunción de adulterio está latente en las casas nobles. Todos los caballeros jóvenes (Guillermo no lo es ya tanto, pero es «joven» en el sentido de la época: no está casado) sitian a la esposa del señor. Es el juego cortés. Sazona la competición permanente que tiene lugar en la corte. Todos rivalizan. ¿Quién ganará el amor de la dama para atraerse el del señor? Pero uno se arriesga a dejarse coger por este juego, a traspasar los límites estableci-

dos. Se convierte entonces en peligroso. Una mujer no está en absoluto defendida en estas grandes residencias sin tabiques, oscuras desde que cae la noche y llenas de hombres. A ella misma, generalmente frustrada, a veces le apetece regocijarse. La promiscuidad favorece estas cópulas que no son únicamente de alarde. Antaño, en la casa del rey de Francia, el abuelo y la madre del joven Enrique, Guillermo Plantagenêt y Leonor de Aquitania, la reina, quizás mezclaron de este modo sus cuerpos; Guillermo, al menos, se vanagloriaba de ello. En cualquier caso, todos piensan que tales fornicaciones, violentas o consentidas, son posibles: el jefe de la casa las teme, teme verse atribuir hijos nacidos de otra simiente y que usurparían los bienes ancestrales; todos a su alrededor están al acecho, dispuestos a mantener despiertos los celos de su señor para hacerse querer bien por él, y para eliminar a los compañeros. «*Si el señor rey*, dicen Adán y Tomás, *conociera la 'pasión' del Mariscal, nosotros nos habríamos vengado bien de él*». Presionan a Raúl para que desvele la *«vergüenza»*, la *«injuria»* con que el rey es *«deshonrado y engañado»*. Una vergüenza que cae sobre los suyos y por la que ellos mismos se encuentran envilecidos.

Prudentemente, Raúl se zafa. Lo mismo que los embaucadores, tampoco desea incurrir en la cólera de su señor, ni de aquél al que se trata de comprometer. Qué más da, el rumor corre ya. Guillermo el Mariscal lo oye por Pedro de Préaux. La vergüenza, juzga, sería para él si se defendiera de la mentira. Seguro de su inocencia, espera que la verdad se imponga. Todavía nadie se atreve a hablar al marido. Uno de los cinco piensa entonces en utilizar, entre los hombres de la casa, a uno de los más manejables. Es alguien que le es muy próximo, primo hermano por los dos lados: es un «criado», un muchachito, un joven adolescente al que el rey ama (esta vez es cuestión de amor). Le hacen beber con desatino, poniendo así una trampa a este Raúl Farci, el bien nombrado. Él informa de la cosa al rey que, al principio, se resiste a creerlo. Entonces los cinco conspiradores salen de la sombra,

llevan el testimonio colectivo que la costumbre exige para sostener la acusación contra la esposa y abrir la causa. Ellos lo confirman: están al corriente *«por la vista y por el oído»*. Turbado, es decir, convencido, Enrique el Joven actúa como debe hacerlo.

En lo que concierne a Margarita, no hay ni una palabra en el texto que me informe. Es como si ella no existiera, es como si los hombres no se preocuparan de ella lo más mínimo, ni siquiera el marido, atentos sólo a las fluctuaciones del amor y el odio entre ellos, en el seno del cerrado universo de lo masculino. ¿Fue interrogada la reina y sometida a la prueba del hierro candente, que todavía se usaba entonces en aquellas circunstancias? Sabemos solamente que Enrique, algunos meses más tarde, la devolvió, como un objeto del que ya no le apetecía servirse, a su hermano el rey de Francia, el cual pronto la volvió a utilizar, casándola de nuevo con el rey Bela de Hungría. Pero ninguna crónica nos dice que la devolución tuviera otros motivos que los gajes de una diplomacia, en la que los matrimonios y los repudios constituían en este tiempo el medio más utilizado. En cuanto al Mariscal, su señor le volvió la espalda y cesó de hablarle. Le retiró su amor. El único castigo, pero el peor, con el que fue duramente atormentado.

Traicionado, o fingiendo estarlo, Guillermo abandonó la corte. Por su propia voluntad, dice la historia. Muy pronto, no obstante, se puso a esperar. Enrique el Joven tenía necesidad de él: se anunciaba el último torneo del otoño de 1182, antes de que la proximidad de la Navidad interrumpiera la estación deportiva. El equipo de Inglaterra no hubiera valido nada si el Mariscal no hubiese sido, como antes, el pilar. La vergüenza y el rencor se borraron ante el deseo de volver a lograr la copa en los campeonatos militares. Medimos aquí lo que podían valer los celos, lo que valían las mujeres también, en comparación con los placeres que los caballeros esperaban de la vida. Se vio entonces llegar a Guillermo completamente armado, en el instante mismo en que,

bajo los colores de los Plantagenêt, los caballeros iban a entrar en el terreno. Sin decir nada, el Mariscal se les unió, hizo en medio de ellos, durante todo el día, lo que se esperaba de él, de forma excelente, reprimiéndose por una vez de ganar del modo que conviene a los gentilhombres, de capturar caballos, caballeros y arneses. En dos ocasiones fue en auxilio de aquel que no había dejado de ser su señor, liberándolo en el momento en que iba a ser atrapado. A sus proezas debió la victoria el partido de Enrique el Joven. Por los dos lados se convino en declarar a Guillermo él mejor de la jornada. Cuando, según lo acostumbrado, los altos barones se reunieron después del encuentro, el conde de Flandes, bromeando, reprochó al joven rey: *«Buen primo, cuando se tiene un caballero como el Mariscal, no se le deja que se aleje»*. ¿Era una broma después de haber bebido? ¿El rumor de adulterio se había extendido fuera de la mansión? El interpelado no responde nada; no puede dar razones; se le ve enrojecer, y con él a Guillermo, de vergüenza y de cólera. Silencio entre los dos hombres. El desvelo, el servicio perfectamente cumplido no bastan para despertar el amor. El rencor es más fuerte, y ahoga el agradecimiento. Guillermo, en consecuencia, reemprende su camino, solo. Ninguno de sus amigos se atreve, ante el resentimiento del señor, a hacerle compañía.

Los envidiosos quieren más. Han visto a su señor poner mala cara al glorioso; pero descubren también que no logra prescindir de él. Por consiguiente, hay que golpear más alto. Van a Rouen a informar a Enrique el Viejo, el padre. Éste se estremece bajo la *«vergüenza»*. Sin más. En el fondo de sí mismo, está enormemente satisfecho; la banda de los camorristas que su hijo mantiene le llevan al despilfarro; si el Mariscal se separa, tanto mejor; es uno menos, y sin duda el más pródigo. Pero cuando Guillermo conoce que el rey Enrique II de Inglaterra, que él sabe informado, tendrá en la Navidad próxima una corte plenaria en Caen, se dirige precipitadamente allí. Ahora está decidido a no callarse más,

a disculparse públicamente, y ante el mejor auditorio, la flor de la caballería reunida para la fiesta de invierno. Es el lugar, el momento de reventar un absceso, de arreglar las diferencias según el derecho y, para él, de ofrecer, como un nuevo Tristán, batalla, de prestarse a la ordalía, al juicio de Dios. Dios, por medio de un duelo judicial, distinguirá al inocente del culpable. Que haya al tiempo tres combates sucesivos. Él se dice dispuesto a enfrentarse, uno tras otro, a los tres campeones más valerosos que puedan encontrarse.

Si no logra vencerlos a los tres, está dispuesto a que el marido que sospecha lo mate, le haga colgar. Esto es lo que propone en plena asamblea al que se cree perjudicado. O que se le corte un dedo, cualquiera, de la mano derecha. Acepta el hándicap, y también combatir así con aquel que lo quiera, de entre los que le acusan. Nuevo rey Marcos, Enrique el Joven se niega: *«Me trae sin cuidado vuestra batalla»*. No falta a esta puesta en escena sino un personaje: Isolda. ¿Está presente? Lo que nos sorprende es que tales asuntos se traten así, espectacularmente. No le queda a Guillermo otra solución sino partir. Lo hace con solemnidad. Frente a los dos reyes, el viejo y el joven: *«Puesto que nadie levanta la cabeza entre los que han levantado contra mí la acusación y se consiente en ello, contra la ley del país, puesto que vuestra corte está toda ella contra mí, que he ofrecido sin embargo más de lo razonable, veo claro que tengo que buscar fuera dónde vivir mejor. Me complace al menos que tal reunión haya podido ver con sus ojos que mi derecho me fue retirado»*. Debidamente provisto de un salvoconducto, abandonó los dominios de los Plantagenêt. Seguro de sí mismo. Algunas semanas más tarde, efectivamente, el joven rey le llamó para que volviera. Se había desembarazado, entre tanto, de la esposa. Nada le impedía amar al Mariscal, el cual seguía siendo indispensable. Lo amó de nuevo. Con una asombrosa complacencia, a nuestros ojos. Pero ¿no pertenecía a los reyes, que encarnaban la primera de las tres funciones, la de la sabiduría, mostrar, como escribe Georges Du-

mézil (*La courtisane et les seigneurs colorés*, p. 192), basándose en los trabajos de Joël Grisward, «una serena tolerancia hacia la debilidad de las mujeres»?

Según el panegírico del difunto, este rumor era una calumnia. El Mariscal fue acusado injustamente, como santa Susana por los viejos, engañado como los Reyes Magos por Herodes, condenado sin prueba como Daniel en la fosa de los leones. ¿Era inocente? El secreto, el disimulo, son de rigor en cortesía. Podemos en cualquier caso suponer que no estuvo poco orgulloso de ello, que con gusto se jactaba de haber sido durante su vida, una vez, considerado el amante de una reina. ¿No había imitado con grandes gestos, en la más brillante de las escenas y en el más hermoso de los papeles, las aventuras del más fascinante de los héroes novelescos? ¿Quién sabe si, durante el resto de su vida, pasado el peligro, se defendió de la sospecha tan ardientemente como lo dejaron creer los que más tarde celebraron sus virtudes? ¿No se complacía en dejar planear la duda? Sin insistir, aparentemente, sobre la amiga, cuya principal atracción a sus ojos, como por otra parte en el relato, había estado precisamente en ser la esposa de un rey. El recuerdo de los hechos, que ha fijado la *Historia de Guillermo el Mariscal*, ¿fue modificado, y hasta qué punto, por la repercusión de los sueños que mantenían, entre los caballeros, los cuentos con los que no se cansaban de divertirse? Me sorprende, en efecto, el ver cuán corta distancia —y este texto suministra la única ocasión de medirla— separa las ficciones cortesanas de la realidad que pretende describir fielmente el poema. Constatación que convidaría a no juzgar tan falaz la imagen que la literatura novelesca presenta a propósito de los comportamientos masculinos y femeninos. Yo tengo, en cualquier caso, al Mariscal, en la actitud que le presta su biografía, honrado por la cualidad de la mujer cuya conquista se le atribuía, por el testimonio más seguro de lo que fue, en su verdad social, el amor que nosotros llamamos cortés. Un asunto de hombres, de vergüenza

y de honor, de amor —¿debo forzarme a hablar más bien de amistad?— viril. Lo repito: sólo los hombres dicen amarse en una narración en la que las mujeres se encuentran casi por completo ausentes. Género literario muy particular, la apología funeraria quizás tenía que observar tal discreción. Sea como fuere, en lo que se puede considerar como sus memorias, el Mariscal no revela nada de los deportes que nosotros llamaríamos amorosos. Este silencio por sí mismo dice ya mucho sobre el estado de la condición femenina; o mejor, sobre la consideración que los hombres tenían en este tiempo hacia las mujeres.



Ellas son, cuando ellos hablan de ellas, una cantidad desdeñable. Pero tampoco muchos hombres cuentan mucho más para el Mariscal y sus amigos. Ninguna alusión a aquéllos, innumerables, cuya función era trabajar la tierra. Salvo una, de pasada, a propósito de lo que los campesinos sufrían en las guerras. Tengamos cuidado: no es para apiadarse de su suerte, sino para deplorar los efectos de su miseria; cuando los pobres, saqueados, devorados por los combatientes, no quedándoles con qué mantenerse, abandonan los campos y huyen, los señores se empobrecen también. Son éstos los que deben ser compadecidos. Tampoco aparecen burgueses apenas, pues estas gentes son despreciables: amasan los dineros a expensas de los caballeros a los que timan. Pero es más sorprendente que las gentes de oración aparezcan casi con tan poca frecuencia. Se ve pasar a algunos obispos, no los más santos, los más sabios, sino los que, con el casco en la cabeza, llevan el combate con sus hermanos, los caballeros: el obispo de Dreux, el obispo de Winchester. En tanto que el Mariscal es vigoroso no congenia con facilidad, en apariencia, con los clérigos o los monjes. El monumento levantado en su gloria habla poco de sus devociones. Tampoco lo hace de sus amores. Lo que no obliga, anotémoslo bien, a pensar que haya tocado tan poco en

su vida a las mujeres. Pues sabemos que era piadoso, a su manera, libre y muy desconfiado hacia los especialistas de la oración, con una piedad que estamos en el derecho de considerar como común en el medio militar. Fue rodeado de guerreros como Guillermo vivió y actuó; y ellos ocupan todo su recuerdo. Algunos no eran nobles: son los «ribaldos» que combatían por dinero, a pie, como conviene a los inferiores, repugnantes, pero cuya eficacia se conocía. Se entrevén algunos entre los bastidores de los enfrentamientos. No obstante, la escena está abarrotada de caballos y caballeros, y todos éstos, dejando aparte algunos «sargentos», son de buena cuna. A los ojos de aquél cuyas hazañas se nos describen sólo cuenta una parte de la especie masculina, formada por los combatientes dignos de este nombre, designados por Dios para este oficio, y la espada que solemnemente les fue remitida en el día en que fueron armados da testimonio de su vocación: son los caballeros.

El elogio del Mariscal es fundamentalmente su elogio. La alabanza se amplifica un instante, en el punto culminante de la narración, cuando ésta describe el momento en que la fortuna cambió durante los combates de Lincoln, donde el cielo concedió la victoria al Mariscal y a sus compañeros. Se cree entonces estar oyendo las palabras que sostenían en la adversidad el coraje de estos hombres y su orgullo, exaltando los valores claves de un estado del cual no dudaban que era el primero de todos. Profesión de una fe segura de sí misma y de un desprecio no menos asegurado hacia todo lo que este estado deja fuera, hacia toda acción que no sea militar:

«¿Qué es manejar las armas?
¿Se sirve uno de ellas como de una criba,
de un harnero o un hacha?
No, es un trabajo mucho más duro.
¿Qué es, entonces, la caballería?

Cosa tan fuerte y tan intrépida
y que tanto cuesta aprender
que un villano a ello no se atreve…
Quien a alto honor quiere llegar
le conviene ocuparse primero
de haber ido a esta escuela».

La cultura de los tiempos feudales no ha dejado ningún testimonio que muestre con más claridad que este texto lo que la clase dominante pensaba de sí misma, ni cómo la fortuna se las arreglaba para elevar a un hombre, y para elevarlo tan alto.



Es ya tiempo para mí de presentar, en algunas palabras, el decorado ante el que los caballeros se desenvuelven. El teatro es evidentemente el de la guerra, el del interminable conflicto que opone a los Capetos con los Plantagenêt. En 1066, la victoria de Hastings había librado Inglaterra a Guillermo, duque de los Normandos y a los caballeros que le seguían. La isla había caído bajo la dominación de una aristocracia cuya cultura y cuyas maneras de expresarla eran todas continentales, y que conservaba en el otro lado del canal de la Mancha, además de la tumba de sus antepasados, una buena parte de sus intereses, de sus dominios y de sus poderes. Normandía pertenecía al reino de Francia. No fue separada del mismo, y su duque siguió vinculado a los soberanos francos, sucesores de Carlos el Calvo y de Hugo Capeto, por los ritos del homenaje, como vasallo de éstos, por lo que estaba obligado al menos a no hacer nada que pudiera perjudicarlos. Pero, al convertirse en rey él mismo por conquista, su poder real superaba al del otro rey, su señor, cuya perpetua preocupación fue, en adelante, la de reducir esta diferencia.

No obstante, lejos de atenuarse, el desequilibrio se agravó bruscamente a mediados del siglo XII, durante la infancia de Gui-

llermo el Mariscal. El principado normando había caído en suerte al marido de la nieta del Conquistador, otro de los grandes vasallos del Capeto, Godofredo Plantagenêt, conde de Anjou. Su hijo Enrique pretendía el trono de Inglaterra por su madre. Se estableció allí en 1155, cuando acababa de adueñarse de la esposa del rey Luis VII, Leonor, convirtiéndose, por el poder de ésta, en conde de Poitou y duque de Aquitania. Su poder se extendía así sobre casi la mitad del reino de Francia, pretendía ejercerse hasta los Pirineos y sobre Toulouse y se revelaba en cualquier caso como indiscutible al norte del Loira: pesaba con todo su peso a sólo algunas leguas de París. Esta presión sobre el dominio real era insoportable. Y así, templadas por el freno, muy eficaz entonces, que constituía la ideología de la realeza y el lazo feudal, entrecortadas por treguas prolongadas porque era imposible seguir la guerra más allá de algunos meses, las hostilidades no iban a cesar hasta la muerte del Mariscal: entre Luis VII primero, y después Felipe Augusto, por un lado, y, por otro, Enrique II y después sus hijos, Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra, que le sucedieron uno tras otro.

Durante los tres cuartos de siglo sobre los que se extiende la narración que utilizo, una fisura se ensancha insensiblemente a través de la aristocracia anglonormanda: una parte de la misma toma conciencia poco a poco de estar más sólidamente vinculada a Inglaterra. Sin embargo, incluso después de que el ducado de Normandía, el Maine y Anjou, fueron conquistados por Felipe Augusto, los caballeros del rey de Inglaterra no dejaron de sentirse en su casa del otro lado del mar, en estrecha solidaridad cultural con los caballeros del rey de Francia, compartiendo su desprecio y su desconfianza hacia todo el que llevaba las armas pasado el Loira, en Aquitania.

No hubo ninguna batalla verdadera antes de Bouvines (1214) y Lincoln (1217), sino sólo un encadenamiento de escaramuzas, acompasado de tiempo en tiempo por oleadas de agresividad más

intensa que sazonaban la vida caballeresca. Sobre ésta, por el giro de sus frases, la elección de sus palabras, por el juego de la memoria y el olvido, por lo que confiesa y lo que oculta, la vida de Guillermo el Mariscal nos enseña todo. Y además, la biografía está hecha por completo. Ayudado por los que la sometieron a la crítica erudita, Paul Meyer y Sydney Painter, puedo dejarme ir y compartir con aquellos que la escucharon por primera vez, hará pronto ochocientos años, el vivo placer que procura un texto tan bello.

3

Las reglas de este género literario tan particular constituido por las *Vidas* de santos imponían comenzar el relato partiendo de la familia, de ese tronco en el que el héroe era considerado como el vastago más admirable. Evocar a los ascendientes parecía indispensable *«pues de buen árbol viene buen fruto»*, como repite nuestra canción: ¿no recibimos todos al nacer, arrastrado por la sangre de los abuelos, el germen de las virtudes a las que corresponde llegar a su pleno desarrollo en cada cual? Esta época consideraba a la santidad como atávica. Juzgaba que el valor lo era también. La *Vida* de Guillermo el Mariscal comienza en consecuencia por el linaje, pero no se remonta muy lejos: se detiene en el padre y el tío maternos. Este héroe era, en efecto, un hombre nuevo. Ponía su propia gloria en no deber nada sino a sí mismo. Se puede suponer que durante su vida había hablado poco de sus antepasados, demasiado oscuros. De ellos, por tanto, su hijo, sus amigos, cuando él hubiera desaparecido, no venerarían en absoluto la memoria. Además, entre todos los honores, entre todos los bienes sobre los que se asentaba en 1219 la grandeza del Mariscal moribundo, la parte que le venía de sus abuelos podía parecer irrisoria. En consecuencia, no aparece ninguna genealogía en profundidad.

Por eso, será por otra fuente, por el diploma real que confirió, muy tarde, a Guillermo el cargo de mariscal, como sabemos el nombre del abuelo paterno, Gilberto. Pero sólo su nombre: ignoramos de dónde provenía. Este nombre, no obstante, hace pensar que era hijo o sobrino de uno de los aventureros que siguieron a Guillermo el Conquistador o que se le unieron en Inglaterra, atraídos por los beneficios de la conquista. Este desconocido, que tal vez era el menor de la familia, venía seguramente del continente. Señalemos que este origen se había olvidado al principio del siglo XIII o que, al menos, no se hacía mucho caso de él entre la descendencia. Guillermo el Mariscal está clasificado entre los Ingleses; él se siente inglés; mira como extranjeros a los Normandos y con más razón todavía a los Franceses. Lo que no le impide admirar a los caballeros de Francia, y atribuirles el primer rango *«por su valor y por su pro, y por el honor de su país»*.

Un siglo antes de la muerte de su nieto, este Gilberto había ocupado cerca del rey de Inglaterra, Enrique I, las funciones de mariscal de la corte: de ahí el apodo, que se convirtió en el apellido de la familia. En este tiempo, los mariscales vivían como domésticos: alimentados, vestidos como los demás miembros de la mansión, esperaban además de la generosidad del señor las gratificaciones cuyo montante variaba según el rango que ocupaban en la jerarquía de los servidores. Los mariscales no se situaban en los más altos grados de esta escala. Eran los subordinados de uno de los oficiales mayores, el condestable, encargado de las cuadras señoriales y de todo lo que hacía referencia a los caballos. Sin embargo, puesto que desde el año mil el papel de la caballería en la acción militar no había dejado de ampliarse, su función había tomado cada vez mayor brillo y valor político. Era evidentemente tanto más importante y fructuosa cuanto más poderoso era el señor a quien se servía. En la «familia» del rey de Inglaterra, el mariscal de la corte, en el tiempo de Gilberto, controlaba los servicios de armas debidos por los feudatarios de la corona y

el uso de los dineros que se empleaban en la guerra; le incumbía asimismo mantener el orden en el entorno del soberano. La costumbre, fijada en adelante por un reglamento escrito, establecía su salario: catorce dineros, medio sextario de vino y una candela cada día, sí tomaba sus comidas en la casa con los demás; veinticuatro dineros —es decir, dos cuartos—, una hogaza de pan, un sextario de vino y veinticuatro cabos de candela si tenía que alimentarse por sí mismo. En las cortes solemnes, cuando el rey armaba a un conde o a un barón, tenía además derecho a un palafrén ensillado por cada caballero nuevo.

Estos oficios domésticos se habían convertido muy pronto en hereditarios, A la muerte de Gilberto, hacia 1130, su hijo mayor, Juan, el padre de Guillermo, recogió el título y las prerrogativas que conllevaba; las conservó después de 1139, cuando se alejó definitivamente de la corte y de la persona del rey. Éste perdía entonces su poder poco a poco. Etienne de Blois había sucedido en 1135 a su tío Enrique I, que no tenía ya ningún hijo legítimo. No se había instalado sin trabajo; para hacerse aceptar, había tenido que multiplicar las concesiones a la aristocracia. Ante él se levantaban en efecto todos los que, para justificar su rebeldía y reclamar todavía más, proclamaban a Matilde, hija del soberano difunto, como heredera más directa que Etienne. Su número creció poco a poco, mientras el tesoro se vaciaba. La confusión invadió el reino dividido. En cada provincia se despertaron los viejos odios, las codicias, el gusto de coger a costa de los vecinos. Se tomaba partido por el uno o por el otro: por el rey coronado o por la que le disputaba la sucesión. Así ocurría en los alrededores del castillo de Malborough, en Wiltshire, donde Juan el Mariscal se había retirado a sus propias tierras, juzgando buena la ocasión para jugar su juego personal. Este juego en el que, como dice el poema, «uno pierde, otro gana», es la guerra. Entendamos bien: la rapiña, el saqueo, la caza del botín. Juan se enfrentaba en el otro lado de la llanura con Patricio, guardián del castillo de

Salisbury, jefe de otra banda. Aquí alcanzamos a los extremos confines del recuerdo familiar. En esta brumosa lejanía, apenas se distingue la silueta de Juan. Sólo se recordaba que él daba a manos llenas y que, no siendo ni conde ni barón de gran riqueza, había logrado no obstante mantener en torno a él a una fuerte mesnada de caballeros. Trescientos, dice el texto, que sin duda exagera. Al menos dos acontecimientos quedaron inscritos más claramente en la memoria. Dos hechos en verdad de graves consecuencias: están uno y otro en la raíz de la fortuna con la que Guillermo debía ser favorecido. Yo los considero como la semilla de todos sus éxitos futuros.

En primer lugar, Juan el Mariscal hizo por azar, en el mejor momento, la elección correcta. Se comprometió del lado de Matilde. Con ocasión de un desvío que condujo a ésta a la vecindad de sus dominios, la sirvió en el desarrollo de una escaramuza, con peligro de su vida. Cubrió un día su retirada en el momento en que su pequeña banda retrocedía ante las fuerzas superiores del rey Etienne. Se ve aquí sobrenadar uno de esos detalles precisos —ínfimos, pero sobrecogedores, y éste lo era para estos caballeros apasionados— que frecuentemente resisten al olvido cuando éste desgarra la trama del recuerdo. Había que huir, y deprisa; Matilde cabalgaba como lo hacían en ese tiempo las mujeres, sentadas en su montura a la amazona; retrasaba el avance. «*Señora os juro, por Jesucristo* —le habría dicho Juan—, *no se puede espolear al caballo en esta postura; debéis separar la pierna y ponerla por encima del arzón*». Se desvivió, plantó cara, intentó, parapetado en el convento de mujeres de Wherwell, retrasar un momento a los perseguidores. El enemigo incendió la torre en que se había encerrado; el plomo fundido del tejado le cayó sobre la cara; la gente del rey lo creyó quemado. Gracias a Dios salió de esto: se le vio volver a pie a Malbourough, pero conservando tan sólo un ojo. La memoria de los príncipes es corta. No obstante Matilde se acordó de la hazaña, de la abnegación, y su hijo Enrique Planta-

genêt no lo olvidó cuando a la muerte de Etienne en 1154, se convirtió en rey de Inglaterra. Juan había ganado así el amor, las buenas mercedes del patrón del que más se podía esperar.

Se elevaba poco a poco por su valor, y se alzó de golpe mucho más alto al casarse con una doncella de gran linaje. Desde el principio de esta historia se descubren a nuestros ojos los efectos determinantes que ejercían las estrategias matrimoniales, en esta época y en este medio, sobre los movimientos de promoción social. Como todos los primogénitos, Juan el Mariscal se había casado muy pronto. Su mujer, de la que no sabemos nada, pues para Guillermo y para su biografía no tenía utilidad alguna, le había dado dos hijos. Pero se presentaba una oportunidad de contraer una alianza mucho más provechosa. Era evidente que Matilde iba a vencer. Patricio, el rival de Juan, se arreglaba con los probables vencedores. En la pequeña guerra local, tenía la ventaja. Era —nadie dudaba de ello en el entorno de Guillermo, cincuenta años más tarde—, de mucha mejor sangre que Juan, de mayor poder. Él mercadeaba con su adhesión. Los Plantagenêt, para atraérselo, lo hicieron conde de Salisbury. En contrapartida obtuvieron que cediese su hermana a Juan, su buen servidor. Los matrimonios servían para eso: para reconciliar a los enemigos, para consolidar la paz. Sin dudarlo —semejantes sustituciones de esposas eran entonces moneda corriente—, Juan se liberó, repudió a su mujer y tomó a la nueva. Actuaba, dice el panegírico, por lo que nosotros llamaríamos civismo y para complacer a su señor. Para borrar la discordia entre él y Patricio. Y no por apetencia. Estamos autorizados a no seguir ciegamente en este punto lo que nos dice Juan el Trovero. La segunda esposa, la doncella Sybila, valía efectivamente mucho más que la primera.



Ella fue la madre de Guillermo, segundo de los cuatro hijos que Juan el Mariscal, además de dos hijas, engendró *«en ella»*.

Guillermo se encontraba por lo tanto en el cuarto puesto entre los eventuales herederos. Le precedían los hijos del primer lecho, Gilberto y Gualterio, de los que sabemos que el segundo al menos tuvo el oficio de mariscal después de su padre; y tras ellos Juan, el hijo mayor de la misma madre, que llevaba el nombre de su padre y que le sucedió a su vez. En esta profusión de prole masculina, Guillermo se situaba, pues, entre los supernumerarios, con Anseau, que le seguía, y el último de todos, Enrique. Éste fue colocado en la Iglesia; el éxito de su hermano le hizo, tras una larga espera, subir considerablemente de grado: murió siendo obispo de Exeter. De estos muchachos, cuya desgracia era no haber nacido los primeros, ¿qué se hacía en la casa? Una anécdota —por ella entra en escena el héroe, tenía unos cinco o seis años tal vez y era uno de los más viejos recuerdos que contaba— arroja alguna luz sobre la condición del niño en la sociedad caballeresca. De esta condición los documentos que conservamos apenas nos dicen nada, y estamos tan mal informados que muchos historiadores, entre los que me cuento, se inclinan a pensar que los hijos de los caballeros, dejando aparte al hijo mayor, y ni éste siquiera, no interesaban apenas a su padre mientras no tenían la edad de combatir a su lado o contra él. Veamos el hecho más de cerca.

Era en el tiempo en que Juan el Mariscal se oponía al rey Etienne. Éste asediaba la villa de Newbury. Estaba impaciente, furioso, jurando tomar venganza de estos villanos que tenían el descaro de resistírsele tanto tiempo: el jefe de la guarnición se negaba, en efecto, a rendir el castillo, y la infantería se atrevía a rechazar los asaltos de sus caballeros. El rey se obstinaba. Acabó, sin embargo, por entrar en tratos. La lucha feudal se hallaba entrecortada por mil treguas; el aburrimiento, desde que la acción perdía su acometividad, disgregaba a las pequeñas tropas; durante un sitio, se venían abajo muy deprisa; era suficiente que se prolongara un poco para que se viera a los caballeros eclipsarse

uno tras otro. Los jefes se veían entonces obligados a hablar, a concederse mutuamente un descanso con el fin de rehacer sus fuerzas, y reemprender después, en una nueva partida, corta, el juego. Se acordó una tregua de un día, por tanto, a los defensores de Newbury, y después una tregua más larga a aquel que los sostenía, Juan el Mariscal, el cual prometía su intermediación para obtener de Matilde que la plaza se rindiera. Etienne, no obstante, quería garantías, exigía que le fuera remitido como rehén uno de los hijos de Juan. Fue escogido Guillermo, el cuarto. Débil precaución, en verdad. Eso no impidió a Juan aprovisionar el castillo durante el intermedio. El rey se apercibió de que había sido estafado. El niño, en consecuencia, según la canción se encontró *«en aventura»*. Nosotros diríamos: en peligro. Vinieron por delante los «aduladores», que son siempre malos consejeros, traidores. Presionaron para que se colgara a Guillermo, o al menos se amenazara con hacerlo. Advertido, el padre hizo saber que poco le importaba el muchacho: él seguía poseyendo *«el yunque y el martillo para forjar uno más hermoso»*.

¿Qué pensar de esta bravata? ¿Que los padres eran tan prolíficos y la mortalidad infantil tan devoradora que les importaban un comino sus retoños, incluso aunque fueran varones? ¿O, más bien, que semejante réplica pertenece a un libreto clásico de esta gran ópera que se representaba, con bellos gritos, hermosos gestos, en el teatro de la guerra feudal en donde lo importante, tanto como intercambiar golpes, era intimidar, asustar, convencer al adversario mediante palabras y gestos? En lo que a mí respecta, estoy persuadido que, de una parte y de la otra, ninguno creyó que se llegaría hasta el final, hasta la ejecución capital. Se ve bien esto cuando, después de esta respuesta, el espectáculo sigue adelante en una sucesión de suspenses. Por supuesto, en Inglaterra, país más bruto de lo que era el continente, había más crueldad. Pero, entre los que oyeron leer al principio del siglo XIII la historia de Guillermo el Mariscal, ¿quién podía imaginar, sino por el

efecto de un retroceso hacia un pasado de casi un siglo, convertido en legendario, que se haya soñado verdaderamente en sacrificar a un rehén, cuanto menos al hijo de un hombre de alcurnia y peligroso? El interés de esta puesta en escena, que quizá no tuvo otra existencia que la de la mitología familiar y cuyo recuerdo fue, en cualquier caso, enormemente adornado, radica a mis ojos en los sentimientos que presta a uno de los primeros papeles: el rey Etienne.

Se nos muestra enterneciéndose sobre la infancia. Sin duda las acciones de este soberano, la memoria que se conservaba de ellas, el lugar que en la galería de retratos reales se había dispuesto para el predecesor de Enrique II, conducían a prestarle los rasgos de un débil, los atributos femeninos, una ternura un poco entontecida. ¿Y qué? El biógrafo de Guillermo nos lo muestra deshaciéndose, inundado su corazón por la *«dulzura»*, tomando al niño en sus manos y regañando a los aduladores. Porque el pequeño quería para divertirse la jabalina de un caballero que le escoltaba hacia la horca, porque tomaba por un columpio la catapulta en la que se simulaba colocarlo para proyectarlo como una bala de cañón más allá del recinto, porque preguntaba sin cesar a qué se estaba jugando cuando, por afán de emulación, asaltantes y defensores se ingeniaban para hacer más terroríficos los preparativos de su pretendida preparación para matarlo. Guillermo el Mariscal, recordando sus más viejos recuerdos, decía también que, mientras continuaba el sitio y le guardaban todavía como rehén, el rey lo tenía muy a gusto en su tienda, que los dos se divertían en el suelo cubierto de flores, se entretenían con pequeños juegos de destreza, en partidas de una especie de poker, con briznas de hierba, y que, evidentemente, el niño ganaba. Tales escenas vienen a punto en la gesta del conde Mariscal: convenía colocarlo, desde su primera aparición, en los brazos de un rey, en situación premonitoria de su futura ascensión hacia el poder soberano. ¿Parecieron inverosímiles a los que escucharon la narra-

ción? ¿Extrañaban relaciones tan tiernas? ¿Debemos excluir de las actitudes naturales de estos guerreros el amor a los niños?

Un rasgo de la condición infantil está asegurado, al menos, y de él dependió todo el destino de Guillermo: los hijos de los caballeros abandonaban pronto, en esta época, la casa paterna; iban a cumplir en otro lugar el aprendizaje de la vida, y los que no eran primogénitos abandonaban esta casa, salvo un azar dichoso, para siempre. Pasados los ocho años, los diez años, eran separados de esta manera de sus madres, de sus hermanas, de las mujeres de su sangre en medio de las cuales habían vivido hasta entonces y que los querían. Efectivamente, anotémoslo, fue de su madre, de sus hermanas de las que el pequeño rehén Guillermo se informó en primer lugar con el sirviente de su casa despachado para saber nuevas, cuando apercibió a éste espiando por las aberturas de la tienda real. Ruptura. Doble ruptura: con la casa natal, con el universo femenino de la habitación de los niños. Y brusca transferencia a otro mundo, el de las cabalgadas, de las cuadras, de los almacenes de armas, de las cazas, las emboscadas y los retozos viriles. Los muchachos crecían allí, integrados en la banda de los caballeros, adolescentes mezclados en la promiscuidad militar con hombres ya maduros. Pertenecían ya, en posición subalterna, confundidos en los primeros tiempos con los patanes del servicio, a la escuadra que mantenía en su casa otro señor, encargado de educarlos, de divertirlos, que se convertía así en su nuevo padre, en tanto que la figura del padre, del verdadero padre, del padre «natural», se borraba rápidamente de su memoria si, por ser segundones, no esperaban heredar un día de él.

Señalemos que Guillermo el Mariscal parece haber eliminado por completo al suyo del recuerdo. Éste murió en 1165. Conocemos el acontecimiento, su fecha, pero por otros testimonios, ya que el poema no hace la menor alusión a esta muerte. Ciertamente, Guillermo estaba lejos: vivía entonces en Normandía.

Pero era un adulto, de unos veinte años. Y esta especie de memorias que ha dejado no contienen ninguna preocupación por recordar que se haya visto conmovido por la desaparición de un hombre al que ciertamente él no había vuelto a ver desde hacía varios años, ni que haya deseado volver a verlo en su lecho de muerte, y escoltarlo hasta su tumba. Nos podemos preguntar incluso si no había también olvidado hasta el lugar en que reposaban los restos mortales de su padre, si alguna vez rezó por él. El único duelo que llevó, si se creen sus memorias, siguió a la muerte de su hermano mayor. Cuando supo la noticia, manifestó tan fuertemente la pena requerida que se creyó ver *«estallar su corazón»*. Él mismo se preocupó por el honor de las exequias. Envió a sus propios caballeros a Malbourough a buscar su cuerpo, a acompañarlo con gran pompa durante tres días, con la viuda, hasta Cirencester, en donde él se les unió. Ordenó un servicio muy suntuoso en esta abadía de canónigos regulares; allí estuvo a punto de desvanecerse, con el único desvanecimiento por el que un guerrero puede no ser censurado. En verdad, tenía gran prisa por volverse: Ricardo Corazón de León —era en 1193— volvía del cautiverio. Había sabido la noticia al mismo tiempo que la de la muerte de su hermano, y ya su anuncio, dice el poema, le había supuesto un bálsamo para el alma. No había que retrasarse; partió al galope hacia el rey, dejando al cortejo fúnebre proseguir sin él hasta Bradenstokes, en donde descansaban, dice la historia, sus «antepasados».

¿Su padre? Ciertamente, no. Sus antepasados maternos: el priorato, lo sabemos por los archivos, había gozado de los favores de Patricio de Salisbury, y es en este lado, en el lado del linaje más honorable y al que sabía que debía más, en donde Juan II el Mariscal había elegido ser sepultado. Aparente indiferencia a la muerte del padre, demostración de dolor y de piedad familiar por la muerte del hermano mayor: estas dos actitudes se explican. En 1165 Guillermo no heredaba, como tampoco heredaron

en 1219 sus hijos segundones, de los que nadie nos dice que asistieran a los funerales. En 1193, en cambio, sí heredaba: Juan II el Mariscal no tenía hijos. Nueva prueba, y formal, de este rasgo social: lo que hay de ritual en las manifestaciones de afecto en el seno de la familia, los únicos signos externos de vinculación que nos aparecen —puesto que no podemos sondear los corazones, ni juzgar los sentimientos sinceros—, dependían directamente de la situación de unos y de otros en la cadena sucesoria. Es por la transmisión de los bienes como se nutren, en esta sociedad, los únicos lazos afectivos que es obligado expresar públicamente. Se ama abiertamente en el linaje a aquel que todavía posee los derechos que se van a recoger cuando aquéllos caigan de sus manos moribundas, como el vasallo ama francamente al señor del que ha recibido los favores. El padre de Guillermo fue llorado, sus exequias fueron ordenadas y su memoria servida, por Gualterio, aquel de sus dos primeros hijos que le sobrevivió, que había vuelto sin duda, cerca de él, acabado su aprendizaje, que fue mariscal después de él y que murió casi en seguida. Si Guillermo no lloró a su padre, no es porque le guardara rencor por haberle expulsado de la casa, sin nada o casi nada. Él no actuó de otro modo con respecto a su hijo más joven, al que decía que amaba mucho. No lo lloró porque no le debía nada, salvo el haberle, sin mucho trabajo —y quizá sin mucho placer—, engendrado y colocado en una buena casa en la que se inició convenientemente en el ejercicio de las armas y se puso en condición de hacerse a sí mismo.



Renovada la paz, muerto Etienne, coronado Enrique II, el joven Guillermo deja a su madre y a sus hermanas (que lloran) y se va ligero de equipaje, acompañado únicamente por un *«muchacho»* como él, y por un sirviente. Atraviesa el mar. Su padre ha decidido colocar a su cuarto hijo en Normandía, cerca de Gui-

llermo de Tancarville, chambelán del rey de Inglaterra. Este hombre es su primo hermano, tiene una fortaleza, reúne a noventa y cuatro caballeros bajo su pendón, y está en buena situación en la casa del rey: es uno de los más poderosos de la parentela cercana. Por ello, está obligado a *«amar»* más que ningún otro a su linaje, a *«elevarlo»* tanto como le sea posible y a *«honrarlo»*. Se tiene plena confianza en él dentro de la parentela. Se cuenta con él. Ve, en consecuencia, cómo le llegan enjambres de jóvenes. Se ha decidido que éstos no serán de la Iglesia. Desde el momento en que parece conveniente sacarlos de las faldas de su madre y de las sirvientas, se preocupan de confiárselos para que los trate como a sus «sobrinos», es decir, como a sus nietos. No son descendientes suyos, pero corre por sus venas la misma sangre. En virtud de las leyes de una genética comúnmente admitida en la nobleza, están destinados, por tanto, si él quiere tomarse la molestia de cultivar sus aptitudes, a convertirse en tan ricos, tan generosos, tan llenos de coraje como lo es él mismo. Él acoge con gusto a toda esta chiquillería; las bodegas de su casa están llenas. ¿Podría hacer mejor uso de estas reservas de alimentos, de todo este trigo que sus colonos llevan a su casa, que emplearlo en el crecimiento de estos pequeños varones? Los educa. Por esta función, él lo sabe, sustituye a su padre, multiplica así su propia prole mucho más allá de la que habría podido engendrar por sí mismo en sus sucesivas esposas. Toma bajo el cayado un rebaño de futuros guerreros. Le pertenecerán para siempre, aprisionados en las mallas de la amistad deferente que aquel que es su objeto juzga que es la más segura riqueza del mundo. El señor de Tancarville se regocija al ver a estos adolescentes rivalizando para complacerlo.

Apenas entrado en la competición por el amor de aquel que les asegura la subsistencia, Guillermo es objeto de envidia. Los envidiosos repiten al señor: ¿para qué molestarse por este *«aguafiestas»*, bueno para nada, que cuando no está comiendo se dedica

a dormir? El señor deja que digan. Guillermo sigue comiendo bien; para él son *«los mejores trozos que van ante el señor»*. El señor le ama. Él prospera. Hele aquí hecho bien pronto caballerizo, siguiendo en sus locuras a las gentes de guerra, sirviéndolas. Permanece ocho años en este estado preparatorio. Guillermo de Tancarville decide finalmente —su protegido tiene más de veinte años— ceñirle solemnemente la espada. Un instrumento, pero más aún, un emblema del derecho y el deber de combatir. La entrada en la caballería tuvo lugar sin duda en la primavera de 1167. La canción no da la fecha. Esto sorprende un poco porque comúnmente, en la época, esta fecha en la que acaba la infancia, en la que el hombre hecho es admitido en la sociedad de los adultos, se considera capital. Este día comienza la verdadera vida, y cada caballero se acuerda de él como del más hermoso de su existencia. En la biografía del heredero de los condes de Guiñes, que se insertó en una crónica genealógica unos treinta años antes de que se escribiera la historia de Guillermo el Mariscal, la fecha en que fue armado caballero es la única indicación cronológica precisa. Y, en lo que hace a su propia ceremonia, el conde Mariscal compartía esta reverencia. Más piadoso de lo que la biografía deja creer, conservaba el sentimiento de haber sido, por esta liturgia, penetrado por la gracia divina para el resto de sus días. En 1189, a sus amigos que temían por su vida, o al menos por su fortuna, en un momento decisivo, les habría dicho: *«Dios, que por ello sea agradecido, desde que soy caballero me ha hecho tan gran bien a lo largo de los días; mi coraje se apoya sobre la certeza de que continuará haciéndomelo»*. En su espíritu, la caballería, fuente de gracias, era claramente lo que los teólogos definían como un sacramento. Y ¿entonces? ¿Por qué semejante discreción en cuanto a la solemnidad? A mi juicio, la mejor hipótesis es ésta: para este cadete nadie se metió en gastos. Se convirtió en caballero en una hornada general, como era costumbre en las grandes casas, pero no en el

primer rango, sino en el montón, durante una ceremonia de rutina.

Sin embargo, el autor del poema, autorizándose en las incertidumbres de una memoria que, para los tiempos pasados, vacila, ha querido magnificar este punto crucial en la biografía de un héroe al que muestra antes que nada como prototipo de la caballería. Del rito acostumbrado que tenía lugar después de la entrega de los arreos militares, de esta especie de fantasía, el estafermo, un ejercicio de jinetes en que todos los nuevos caballeros cargaban con sus lanzas contra maniquíes para demostrar su experiencia, Juan el Cantor ha hecho un verdadero combate. Emplea, en esta vertiente de su narración, jirones de recuerdos mal agarrados a esta acción en que efectivamente había participado, pero cinco años más tarde, en Neufchâtel-en-Bray. Combatía allí en el campo de los Normandos para defender al conde de Eu contra la agresión de los Flamencos, de las gentes de Ponthieu y de Boulogne. En este marco, en el centro de este encuentro tumultuoso, violento, encarnizado, como lo eran las refriegas durante las expediciones de rapiña, pero que él presenta con tanta espectacularidad como un torneo —y la palabra «torneo» viene espontáneamente a su pluma—, es en donde sitúa la prueba requerida a aquel que acaba de ser admitido entre los guerreros y que debe ante un público numeroso (reuniendo aquí a los representantes de los dos sexos y de los distintos estados de la sociedad que cuenta: caballeros, damas, doncellas, burgueses, burguesas) manifestar que es digno de esa admisión «Él se probó», dice el texto. E hizo aparecer tanta virtud que los espectadores *«no podían creer que todavía estaba aprendiendo las armas»*. Nadie, se nos dice, esperaba que él se revelase en su plenitud: al inicio de la acción, se disponía a colocarse al lado del chambelán, que rechazó a este barbilampiño: *«Guillermo, echaos atrás, no seáis tan espontáneo. Dejad pasar a los caballeros»*. Cuando, caballero, él bien creía serlo. Probó que lo era. Arriesgando su vida, no enfrentándose

con los espantajos sino con los combatientes más peligrosos, esos jinetes que eran llamados sargentos para diferenciarlos de aquellos de mejor nacimiento y que no dudaban en golpear duramente. Se rebelaron contra él. Habían cogido el arma innoble, uno de esos ganchos de hierro que servían en Flandes para tirar la casa de los burgueses infieles a su compromiso de paz. Lo engancharon por el hombro, tratando de desmontarlo. Se mantuvo firme. Trece mallas de hierro de su cota se rompieron, pero no cayó del caballo. Un caballo que acababa de recibir con la espada, que costaba muy caro, que no dudó en arriesgar consigo mismo y que, mucho peor protegido que el jinete, fue herido de muerte. Nada en común con los juegos de estafermos.

Por la tarde, como era costumbre al final de la ceremonia de ser armados caballeros, el chambelán tuvo su corte. Se hizo fiesta. De qué comer, de qué beber sin límite, y de lo mejor, *«buenas carnes compradas con buenos dineros»*, lo que venden los mercaderes y que es mejor que lo que se saca de los saladeros y de los toneles de la casa. Ochenta caballeros que devoran. Mantener a los suyos, y hacerlo profusamente: tal es el deber del buen señor. Sus familiares esperan también que los alegre. Cuando se está saciado, se habla. Se cuentan los buenos golpes de la jornada, «ricas palabras y bien dichas». Bromas. Guillermo de Mandeville, un barón, quiere hacer reír a su vez: *«Mariscal, dadme un don, por amor. —¿Qué? —Una grupera o un viejo collar»*. Ingenuo, el nuevo caballero protesta: no tiene ya nada: *«no intentaba ganar, sino liberar la villa»*. Ha perdido todo. Se ríen a carcajadas. Comprende la lección. Tiene valor como para venderlo. Aprende que el valor sirve en primer lugar para llegar a ser rico. Pero, de momento, después de la fiesta, después de haber galopado, de haberse esforzado, de haber bebido, comido, hablado, mejor de lo que jamás se hiciera en los más suntuosos armamentos de caballeros en Pentecostés, se encuentra en el mayor despojamiento que haya

tenido en toda su vida. Es el estiaje, el punto más bajo de su existencia.

En efecto, desde el momento en que la banda volvió a Tancarville, el señor, el chambelán, anunció a los nuevos caballeros que en adelante no debían contar más que consigo mismos. Su aprendizaje ha terminado, no les alimentará ya más. Que se vayan, que se marchen, dice el texto, a *«girar por la tierra»*. A dar vueltas: la palabra está cargada de sentido. Moverse sin tregua, siempre el movimiento y no en línea recta, dirigida hacia un objetivo. No hay objetivo. Buscar aquí y allí. Buscar. Busca, conquista: *«conquistar su premio»* completamente solo. Y por primera vez. Ya que, en la ruptura precedente, cuando Guillermo había tenido que dejar a su madre y sus hermanas, con el corazón afligido, simplemente cambiaba de pensión: de la casa de su padre se dirigía, equipado —escasamente, por supuesto, pero sus manos no estaban vacías por completo— hacia otra casa en donde la costumbre imponía que fuera acogido. Esta primera salida no era una aventura; ni una liberación. Bajo el poder de un nuevo genitor, su infancia iba a proseguir. Ahora ha terminado. Ceñida la espada, Guillermo se ha convertido en un hombre entre los hombres. Ya no pertenece sino a Dios. Al mismo tiempo que el talabarte militar, ha recibido un poder que es, en primer lugar, un poder sobre sí mismo. Los ritos de ser armado caballero consagran esta toma de posesión de sí mismo. Captamos su sentido, comprendemos que ser amado tenga tanta importancia en esta sociedad en la que nos introduce el poema, que haya sido considerado como el acontecimiento principal de toda existencia masculina. Antes de recibir las armas, los jóvenes ese día se quedaban desnudos, lavaban su cuerpo. Como se lavaba el cuerpo de los recién nacidos y de los difuntos. Ya que esta entrada, este paso, era análogo a esos otros pasos, el nacimiento y la muerte. Era para ellos como si vinieran al mundo por segunda vez; la única, en verdad, que contaba verdaderamente. Hasta allí, su gestación se

había desarrollado de hecho al abrigo. Permanecían mantenidos, en tutela. Con el vagabundeo comenzaba la libertad, pero también el peligro. El Mariscal, nos dice Juan, el autor de la historia, estuvo entonces *«lleno de pavor»*.

Porque Guillermo no era un primogénito. Cuando se había hecho caballero al heredero, este futuro jefe de linaje, las conveniencias exigían que también se le enviara a viajar, pero gloriosamente. Su gira sería de alarde. Debía hacer irradiar alrededor suyo durante meses, y a veces durante años, el honor de la casa. Se exponía al joven a los peligros, ciertamente, pero se le proveía, sin reparar en gastos, con qué enfrentarse a la prueba brillantemente, con qué hacerse valer y unir a las proezas las generosidades. Era preciso que fuera magnífico. Partía, por tanto, escoltado de compañeros, de servidores, completamente enjaezado, con cantidad de piezas de dinero en sus estuches. Al ser un menor, Guillermo entraba en la vida sin nada. De lo que había recibido de su señor, ritualmente, al tiempo que la caballería, no conservaba nada más que su espada, su cota desgarrada, su cicatriz, la marca del gancho de hierro que iba a guardar durante su vida. El caballo de batalla había perecido bajo su cuerpo. En cuanto al manto, tuvo que venderlo: veintidós cuartos de dineros angevinos. Era poco, diez veces menos que el precio de un caballo de guerra conveniente, lo justo para comprarse una borrica que lo llevara con sus armas: en cualquier caso no podía echarse a andar a pie con su equipo a la espalda.

Porque se marchaba a combatir. Viajar quería también decir tornear. Pasar de un torneo a otro. Y brillar, ciertamente, como los primogénitos, pero no tirando el dinero por la ventana como ellos. Para intentar, al contrario, ganar: ganar su premio; ganar, sobre todo, su vida. Hacerse su vida. No había aún salido de la casa de Tancarville cuando ya participaba en torneos y los ganaba. Efectivamente, cuando se le mostró la puerta, cuando se le impulsó a vagabundear, llegó la noticia de un torneo que se pre-

paraba. Guillermo el Chambelán, que no quería faltar a él, se apresuró a formar su equipo. Su antiguo caballerizo, nuevo caballero, todavía no se había marchado. Le contrató, como si hubiese sido un jinete de paso; además del escuadrón doméstico, para darle su oportunidad, sin más. El conde Mariscal se complacía más tarde diciendo que el Chambelán, su señor, le había tratado como amigo, como «sobrino», con el amor de Carlomagno hacia Roldán. Pero también contaba que aquel día decisivo —era el primer golpe, el bueno— no había recibido de él más que *«pequeños favores»*. Ponía de relieve esta parsimonia para que quedase claro que, en el umbral de la vida verdadera, había quedado reducido a sus solas fuerzas. Quería hacer creer sobre todo que él sólo había adquirido la montura de combate sin la cual no hubiese podido seguir a los otros en los altercados beneficiosos. Como ya no pertenecía a la mansión, no había participado en la distribución de los buenos caballos de la cuadra. Quedaba sin embargo uno en el patio, que nadie quería. Bueno, hermoso, bien hecho, permanecía reacio al freno, demasiado rígido y mal enseñado como para que nadie se atreviera a usarlo en un encuentro deportivo. Guillermo lo montó, lo espoleó, lo domó durante un rodeo cuyas fases y fintas describe el poema minuciosamente. Muy pronto supo emplearlo tan doctamente que aquel día hizo cuatro prisioneros y medio: en efecto, consintió en compartir el quinto con uno de sus compañeros que aseguraba haberle ayudado en su captura. Este éxito le permitió completar su equipo, presentarse mejor preparado al torneo siguiente. Jugando también muy bien esta vez, pero solo; enfermo, o mal aconsejado, su señor no había venido. Hizo, decía, maravillas. Volando con sus propias alas.

Se hablaba ya de él. Se comenzaba a envidiarlo. ¿Iba a los veinte, los veintidós años, a proseguir solo, como francotirador, su camino? Ningún caballero, en este tiempo, hacía grupo aparte durante demasiado tiempo. Cada año, en primavera, cientos de jóvenes se encontraban proyectados de este modo fuera de los re-

cintos de la nobleza, como un fermento en turbulencia. La sociedad se defendía: canalizaba esta oleada de juventud, encuadraba con rapidez una impetuosidad inquietante. La sociedad que observo era efectivamente grumosa: irresistiblemente, los individuos eran forzados a aglutinarse, agregándose a grupos, y era así, codo a codo, rodeado de amigos, como cada uno avanzaba en la vida. No existía vagabundeo solitario más que en la ficción novelesca. Aparte de que ésta no aparece en estos relatos más que en algunas ocasiones. La soledad no es vivida en ellos como una liberación, sino más bien, al contrario, como una crisis dolorosa, como una especie de penitencia mortificante. La corte espera el regreso de todos los Lancelotes, y los caballeros de leyenda sueñan, durante la prueba, como Erec, con volver pronto al nido o bien, si todavía están establecidos, con acurrucarse sin perder tiempo en el seno de una tranquilizadora comensalidad doméstica. En la realidad, los guerreros temblaban ante la idea de estar solos: la soledad les cubría de vergüenza. Aquél a quien se veía cabalgar sin compañía presentaba una lastimosa figura, o parecía un desterrado, como Guillermo cuando, sospechoso de adulterio, no logró disculparse y tuvo que huir, con el corazón lleno de rabia, en el tiempo de Navidad, de la corte de Caen. Quince años antes, al día siguiente de ser armado caballero, había sentido gran pena al abandonar la casa del chambelán. Cuando se había atrevido a alejarse sólo para su segundo torneo, había sorprendido a todo el mundo. *«¿Quién es aquel que tan bien sabe servirse de las armas?»* preguntó el señor Bernabé de Rougé. Se le tranquilizó. Se podía identificar a este jinete, situarlo en una formación: *«su escudo es de Tancarville»*. Guillermo había guardado efectivamente, el signo de la familia en la que había sido formado, que había hecho de él un hombre. Lo enarbolaba como una patente, como una marca de calidad; pero también como una tabla de salvación, como una señal de pertenencia, como un recurso contra el disfavor, y quizás también contra los malos tratos de que solía

ser objeto aquel que se mostraba desprovisto de camaradas. Y cuando por fin rompió la ligazón fue para ligarse rápidamente de nuevo. Se apresuró a colocarse bajo otros colores, entrar bajo un nuevo patronazgo.

Cuando interrogo a este documento tan rico para seguir la trayectoria de un ascenso personal, y ello con la intención de construir, partiendo de este ejemplo, hipótesis mejor fundadas sobre lo que pudieron ser los movimientos de capilaridad, de promoción en la aristocracia de Occidente durante este medio siglo que enmarca el año 1200 (es decir, en la plenitud del crecimiento que se apoderaba entonces de Europa, en el tiempo clave de un desarrollo prodigioso que, de un mismo impulso, hizo acelerar la circulación monetaria, fortalecerse las estructuras estatales y, en consecuencia, multiplicarse las ocasiones que se le ofrecían al individuo para alzarse, bien fuera por el dinero cuyo flujo aumentaba y precipitaba su circulación, o bien captando los favores de príncipes mejor provistos y, por tanto, más espléndidos), me aparece con toda claridad un hecho: la rueda de la fortuna, que elevaba a los unos y bajaba a los otros, giraba en este tiempo cada vez más aprisa, incluso en un medio social aparentemente estable, fuertemente estructurado por las armazones del linaje. Sin embargo, entre los caballeros, su movimiento aparece desdoblado. Opera a dos niveles superpuestos. Por abajo, un individuo es arrastrado, se alza, sobrepasa a los demás; pero en el interior de cada grupúsculo social, en el interior de estas moléculas que son las mansiones, bajo la mirada de quien las dirige, en un clima de permanente competencia interna, áspero, y al que la envidia lleva a agriarse, crecen la intriga y las traiciones. Por otro lado, en un plano superior, y esta vez bajo la mirada de los señores de estos principados que se refuerzan constantemente, un movimiento similar suscita el ascenso de determinadas casas. Se trata, por tanto, primero, para el ambicioso, de triunfar en el seno de su propio grupo. Pero quien quiere subir más alto

debe procurar encontrar sitio en el seno del grupo más próximo a la fuente de los beneficios, en el mejor colocado con relación a los poderes eminentes que ahora son los de los soberanos.

Al dejar de ser «retenido» —lo que quiere decir mantenido— por la poderosa familia del señor de Tancarville, primo de su padre, Guillermo se dirigió inmediatamente hacia una familia todavía más poderosa, y que tuvo a bien admitirlo tal y como era, tras haber hecho sus pruebas pero sin otra posesión más que sus armas. Estaba por completo designada: era la de Patricio de Salisbury, el hermano de su madre. La disposición de las relaciones de parentesco en la sociedad caballeresca atribuía al tío materno, con relación a sus sobrinos, derechos y deberes privilegiados. El linaje, del que él era jefe había cedido antaño una hija a otro linaje; había perdido su poder sobre ella, pero este poder, en cambio, lo conservaba sobre los hijos que ella traía al mundo. De los hijos de su hermana, el tío esperaba que lo amasen más que a su padre, y él mismo se sentía obligado a amarlos más que aquél. Estaba obligado, sobre todo, a ayudarlos en su carrera. Y la mayoría de las veces este hombre se encontraba en mejor posición para hacerlo porque, como resultado de las estrategias matrimoniales, la mujer era, generalmente, en la pareja, de más alta alcurnia que su marido. Para subir en el mundo, los muchachos se volvían gustosos del lado de su familia materna. Cuando se les había dedicado a servir a Dios, se elevaban en los grados eclesiásticos gracias al tío canónigo, abad, u obispo; cuando eran caballeros, salían a combatir en el equipo del tío jefe de mesnada, seguros de encontrar en su entorno cálida amistad, firme sostén y la más seguras probabilidades de hacer fortuna.

Guillermo escogió este partido. En los días que siguieron a ser armado caballero y a sus primeras acciones, atravesó el mar. Quería, decía, visitar a su *«buen linaje»* —entendámoslo bien: aquel de los dos del que pensaba poder sacar mejor partido. Al despedirse, recibió del señor de Tancarville un último consejo:

no quedarse mucho tiempo en Inglaterra; el país nada valía para quien quería avanzar en el oficio de las armas. Era la palabra de un Normando, de un chauvinista. Sin embargo, era muy sagaz, y el joven Guillermo supo tenerla en cuenta: acababa de conocer el provecho que se podía sacar de los torneos; sabía que, por aquel entonces, no se organizaban torneos más que al otro lado del canal de la Mancha. Al menos sabía, y ésta era la razón del viaje, que encontraría en Inglaterra una casa de más alto copete. Patricio de Salisbury tenía, sobre Guillermo de Tancarville, la superioridad de ser conde. Es decir, se situaba en el más alto grado de la jerarquía de los honores y de los poderes. Además, estaba mejor situado en la corte. Desde que se había decidido a sostener a la madre de Enrique II, Patricio había sabido conservar el amor del Plantagenêt. A su través, su sobrino se aproximaba un poco más a la casa real.

Así fue como, casi recién llegado, volvió al continente al servicio del rey de Inglaterra. Se embarcó esta vez hacia Poitou. Leonor de Aquitania, condesa de Poitiers, reina de Inglaterra, se dirigía allí para intentar someter a sus vasallos rebeldes. El rey Enrique había encargado a Patricio que asegurara en su lugar la custodia de su esposa durante el viaje. En esta función de protección, el conde de Salisbury fue atacado por sorpresa por uno de los altos barones rebeldes, el señor de Lusignan, Puso primero a la reina en lugar seguro, se le enfrentó después rápidamente, aunque insuficientemente equipado. Se dirigió, para detenerlos, delante de los agresores con un caballo desnudo. Mientras esperaba una montura más segura que sus escuderos le traían, fue herido de muerte por detrás, al estilo de Poitou: se decía por todo el norte de Loira que las gentes de este país, sin fe y sin ley, actuaban siempre como traidores. Esta agresión escandalizó. Se la denunció como un crimen. En un doble sentido: la moral de los guerreros, de los verdaderos, de los nobles, de los Francos, obligaba a procurar no dar muerte a los caballeros, y prohibía en to-

do caso matarlos de este modo, por la espalda, cuando no estaban provistos con todas sus armas. Por otro lado, y sobre todo, la moral feudal condenaba al vasallo que levantaba la mano contra su señor o contra aquél —era el caso de Patricio— que ocupaba su lugar. Pero ocurrió que Guillermo fue el vengador de este odioso crimen, y yo creo que esta hazaña fue decisiva para su ascenso.

En cuanto se dio cuenta del golpe que había herido de muerte a su tío, actuó de acuerdo con los preceptos de una tercera moral, la más apremiante: la del linaje. Su pariente —y qué pariente, alguien más que su padre, su tío materno— caía bajo los golpes de un asesino. Su deber era correr en su auxilio, intentar salvar a la víctima, o al menos lavar la injuria con la sangre del homicida. Se lanzó temerariamente, con la cabeza desnuda, sin yelmo. Muy pronto fueron sesenta y ocho contra él, armados con chuzos; lleno de coraje, consiguió matar seis de sus caballos; pero, finalmente, pasando del otro lado del seto en que el joven caballero se había colocado, un adversario, nuevamente por detrás, le atravesó la pierna. Cayó. Se lo llevaron, con rapidez, gravemente herido: aquí se coloca el episodio de la dama de la estopa. La repercusión de este hecho de armas tan brillante fue muy distinta a la lograda por las más evidentes proezas realizadas en el campo del torneo. Guillermo no jugaba. No buscaba la gloria ni el botín. Cumplía su deber, el primer deber de un joven, enfrentándose al mal, arriesgando verdaderamente su vida. Sólo esto pudo realzar su fama precoz. Pero además sucedía que el hombre cuya venganza había realizado era el lugarteniente del rey. Pasó en consecuencia por haber vengado al mismo rey y por haber defendido a la reina ya que, en este asunto, era contra su persona contra la que iban los criminales. Leonor estuvo persuadida de ello: dio rehenes por Guillermo, lo sacó de cautiverio, lo tomó entre los suyos. Fue alimentado y equipado por ella. De la fami-

liaridad de su tío, este acontecimiento fortuito lo transfería a la del soberano.



El estado monárquico, en la época, se había desligado suficientemente del embrollo feudal, había madurado suficientemente: conseguir la estima del rey, algunos meses después de haber sido armado caballero, decidía una carrera. Dos años más tarde, en el verano de 1170, Enrique II constituía la mansión de su hijo mayor, Enrique el Joven, a quien, por la unción del coronamiento, acababa de hacer rey. Cerca del príncipe —un muchacho de quince años, en consecuencia mayor desde hacía un año según las costumbres de la época, pero que todavía no había sido armado caballero, y al que se debía guiar, embridar— hacía falta un hombre de confianza que fuese como el mentor del heredero, su instructor en el oficio militar, que le ayudara, y que le sustituyera en los momentos difíciles sin empañar en nada la gloria de la casa. Enrique el padre buscó entre los jóvenes caballeros que se hacían valer a su alrededor. Fue Guillermo a quien designó *«para guardar y para enseñar al joven rey de Inglaterra»*.

He aquí a Guillermo a los veinticinco años colocado muy por encima de sus primeras esperanzas, miembro de la mansión, de la «mesnada», como se decía, del «hotel» de Enrique el Joven. Este cuerpo estaba formado por un fuerte núcleo permanente de cinco o seis caballeros (Guillermo formaba parte de él); algunos días, se dilataba, y algunas veces lo hacía desmesuradamente; se llegaban a reunir hasta doscientos caballeros; habitualmente los efectivos eran de una veintena de guerreros, entre los cuales los Normandos eran los más numerosos. Indudablemente Guillermo era el jefe de la banda, *«sobrepasando a todos los del hotel»*. Nos podríamos preguntar si la biografía no nos pinta demasiado positivamente al héroe. Pero su testimonio está confirmado por los documentos de los archivos: en la lista de los personajes que sus-

cribieron las actas de Enrique, el nombre del Mariscal se lee antes que el de todos los simples caballeros; viene inmediatamente después del nombre de los nobles de primera categoría, de los barones. Veamos en consecuencia a Guillermo como una especie de alcalde de palacio: vela por el señor todavía adolescente, lo dirige, lo maneja. Toda su vida Guillermo se vanaglorió de haber sido, en esos años, *«señor y maestro de su señor»* (y su biógrafo, tras él, justifica: *«Por Dios que pudo bien serlo, puesto que lo superaba en proezas»*). Comprendamos el sentido de la expresión: Enrique el Joven era efectivamente el «señor» de Guillermo quien, como todo vasallo, le debía fidelidad. Enrique, sin embargo, le tenía por su «maestro», en el sentido pedagógico de este término: era su maestro de armas. De este magisterio procedía el ascendiente que hacía de Guillermo el «sire» de este muchacho, su señor. En latín, la palabra que se utilizaría sería *dominus*. Guillermo, hablando con propiedad, dominaba a Enrique; pero éste era rey. Asociado a su padre por el momento, y en posición subalterna. Pero Enrique el Viejo se aproximaba a la cincuentena, a la edad en la que morían los príncipes de este tiempo. Enrique *junior* dejaría de serlo, en consecuencia, muy pronto. Iba a reinar solo. Entonces Guillermo sería el mejor colocado de todos para hacer una buena fortuna a su lado.

Por el momento le educa, le enseña lo que el «criado», el muchacho, debe ir progresivamente aprendiendo. Esta formación se prosigue en el seno de la escuadra que constituye la mesnada, en este enjambre vagabundo, que «vagabundea». Andanzas y gasto: las dos cosas van forzosamente juntas. Pero el joven rey no tiene nada suyo. Se le hace desear uno de los grandes feudos de sus antepasados, Normandía, o bien Anjou. El rey Enrique II, que desconfía de su hijo inmaduro, se resiste a poner entre sus manos tan buenas piezas. Es necesario, por tanto, que el heredero siga viviendo a expensas de su padre. Muy pronto éste grita ante el derroche. Hay envidiosos que lo rodean y le excitan: *«Anteayer*

eran quinientas libras. No tiene ya más. No sé qué día recibió mil…». En tanto que, de su parte, los caballeros de la mansión empujan al señor a una exigencia cada vez mayor. Todos los linajes nobles de la época, salvo quizás el de los reyes de Francia, estaban obsesionados por los efectos de esta falsa situación: un joven en cuyas manos irá a parar todo, envidiado por sus tíos y hermanos, que crece, que no soporta seguir dependiendo de las liberalidades paternas. Impaciencia de una y otra parte: *«muchas fuertes y amargas palabras»*; la discordia se agria inexorablemente, y todos los que tienen interés en que se agraven estos desgarros domésticos, en particular los jefes de los señoríos contrarios, se dedican a envenenar la querella, a enfrentar todo lo que pueden al joven y al viejo uno contra el otro. En la casa de los Plantagenêt llegó finalmente la ruptura. En 1173, en tanto que una buena parte de la baronía se había levantado en Inglaterra contra la expansión del poderío estatal, Enrique II, que tenía su corte en Alençon, supo que su primogénito se había rebelado, llevando consigo a Ricardo, su hermano. Establecidos al sur del Loira, en los territorios pertenecientes a su madre, tras ellos se levantaba toda la aristocracia de Aquitania, en estado de permanente indocilidad y que no esperaba sino una ocasión para ello. El rey de Francia, evidentemente, los sostenía, consistiendo su juego en aprovechar todo lo que pudiera debilitar a su gran rival. Guillermo tomó el partido de su señor directo. Era su deber: era de su «familia» y su hombre; tenía que hacerlo. Pero también consideraba su interés: contaba con el futuro, con la juventud, con la promoción que creía próxima de aquel de quien era el «sire». El cronista Benito de Peterborough, cuando relata la discordia, inscribe a Guillermo el Mariscal en la lista de los que traicionaron a Enrique II.

El otro Enrique, el Joven, tenía entonces decinueve años. Era rey también, pero no tenía espada, pues no había sido armado caballero. Y para los guerreros de su casa, esto era una vergüenza; iban repitiendo: que se den prisa en armarle caballero, *«su*

mesnada será entonces más intrépida, más honrada, y sobre todo mucho más alegre». De hecho, Enrique no conocía suficientemente su oficio. Tampoco tenía por completo la edad. Y, sobre todo, su padre no tenía prisa. El autor de la historia del Mariscal pretende que él deseaba, para «realzar» a su heredero, verle armado por el rey de Francia. Correspondía efectivamente a menudo al suegro —Luis VII lo era después de las bodas de 1171— armar a su yerno. Se puede sin embargo pensar que Juan el Escritor dice esto para hacer valer a su héroe. En efecto, el sacramento militar no fue administrado por un rey, sagrado él mismo; lo fue por Guillermo el Mariscal, pobre caballero, que no poseía *«ni siquiera un surco de tierra, aparte su caballería»*. Su alumno se avanzó hacia él, presentándole la espada: *«De Dios y de vos, yo quiero recibir este honor»*. Guillermo le ciñó la vaina, después besó al nuevo caballero. Lleno de gloria, todos a su alrededor lo envidiaban, en particular esos grandes señores de la corte de Francia que Luis VII había despachado allí: uno de sus hermanos, su condestable, el señor de Montmorency, Guillermo de Barres. Eran por entonces los aliados del hijo rebelde. Anudaron en este momento con el Mariscal una amistad que jamás decaería, a pesar de todos los conflictos y los cambios de alianzas: la guerra en esta época era, tanto como la paz, normal, una ocupación, una forma, un medio de vida; era pasajera y, para los caballeros, divertida; no rompía duraderamente ninguna de las relaciones del corazón.

Me pregunto si, al elegir a su maestro, el nuevo caballero no había querido manifestar, justamente, en plena revuelta, su independencia, y evitar sujetarse a alguien más poderoso que él por esta reverencia que todo caballero debía a aquel que lo había introducido en su «orden»; si Enrique el Joven no deseaba tener como padrino, como había dicho, más que a Dios. Y a Guillermo, que no era nada. Éste, no obstante, consideró hasta su muerte como el mayor honor recibido el haber tenido, tan joven, este papel. Había jugado, siendo un niño, ente los brazos del rey de

Inglaterra. Y he aquí que sus propias manos transferían al rey de Inglaterra desde la infancia a la plena virilidad. ¿Qué no podría esperar en adelante de su señor?

En otoño de 1174 se volvió a hacer la paz. Muy dura para los rebeldes ingleses. Pero el viejo rey concedió el perdón a su hijo. Tampoco fue más riguroso con Guillermo de lo necesario: la fidelidad doméstica estaba entonces por encima de todas las demás, el deber era servir a ésta en primer lugar. Enrique el Joven no tenía demasiada prisa por volver con su padre; se quedó un tiempo en el continente; finalmente, un año después pasó el mar con su gente. Pronto se aburrió: no había torneos en Inglaterra. Pronto estuvo hastiado de las cazas, la palabrería, de *«estancarse»*, de estar descansando. *«Larga estancia avergüenza al joven»*. Lo que quiere decir: lo llena de vergüenza. Avergonzados, desocupados, los «jóvenes», los «bachilleres» no se pueden estar quietos y se vuelven insoportables. Enrique el Joven se puso así en pocos meses. Desde el momento en que habló de peregrinación a Santiago de Compostela, Enrique el Viejo le dio a gusto el permiso, aceptando, para desembarazarse lo más rápidamente posible de él, pagar nuevamente los gastos de una gira suplementaria. El joven rey y los suyos se marcharon, por tanto, al continente, eligiendo la travesía más corta, de Douvres a Wissant, cerca de Boulogne. El importante conde de Flandes, Felipe de Alsacia, que llevaba una orgullosa política para el reino de Francia, esperaba al grupo. Contaba con tener bajo su manto al mocoso que lo conducía, divirtiéndolo. El 19 de abril de 1176, la vida volvió a ser sabrosa. El país de las idas de acá para allá y de la hermosa vagabundez se abría ante el escuadrón que desembarcaba, con Guillermo el Mariscal a la cabeza.

4

Al rondar los treinta se sintió plenamente dueño de sí mismo por primera vez. Ciertamente, seguía dentro de un grupo. Pero, lejos de Enrique II, no sentía ya en ese grupo una autoridad que le embridara. Era él quien tenía, a manos llenas, las riendas. El jefe titular de la compañía, el que la cubría con sus colores, el nuevo caballero al que él acababa de armar, demasiado poco hábil, no podía pasarse sin él, se entregaba por completo a su consejo, a su auxilio. De hecho, el Mariscal tenía, como un barón, la responsabilidad de una casa, y de una casa muy independiente. ¿Cómo iba a comportarse? ¿Cómo contaba más tarde haberse conducido, él, que pretendía ser reconocido como el mejor caballero del mundo?

Su función, su deber hacia sí mismo, hacia el señor a quien servía y hacia todos los hombres de la «familia» consistía, para hablar como el autor de la *Historia*, en *«conquistar el premio»* —entendamos, la fama del valor— y el honor. Aumentar este honor, o en todo caso no ahorrar nada para impedir que el honor se debilitara, para evitar ser avergonzado. La vergüenza, los hombres de este medio temían en primer lugar que les viniera por los desbordamientos de las mujeres, las de su próxima parentela, y de la suya sobre todo, de su esposa. Enrique, el menor de todos, era dentro del grupo el único casado, no sólo porque no había otros

varones primogénitos dentro del grupo, sino porque estos grupos, estas «mesnadas», se identificaban con casas nobles que estaban todas constituidas en torno de una sola pareja conyugal. Le correspondía, por tanto, al rey de Inglaterra vigilar su compañía. Pero los otros caballeros, el Mariscal y sus camaradas, eran solteros. Corrían menos riesgos. Todo su ardor se volcaba en cumplir lo mejor posible las obligaciones de la caballería, en respetar las reglas de una moral inculcada durante la adolescencia y que mantenían presente en su espíritu todos los relatos y todas las canciones que escuchaban. Las obligaciones principales de esta ética eran de tres clases.

La fidelidad, en primer lugar. Cumplir la palabra, no traicionar la fe jurada. Esta exigencia se encontraba dosificada en función de un encuadramiento estrictamente jerarquizado. El caballero se situaba en el centro de varios conjuntos encajados, cuya cohesión era mantenida por su lealtad. Debía ser leal hacia los constituyentes de todos estos conjuntos. Pero, ante las demandas contradictorias, tenía que ser fiel en primer lugar a sus más próximos, y primero a aquel que era la cabeza del cuerpo inicial; los amigos más lejanos aparecen después, la fe que se les debía era dúctil, se doblegaba, pero sin por ello romperse, ante las más firmes. Si era para servir al jefe de la casa, el señor directo, faltar a las otras amistades no era una falta. Nadie debía resentirse por ello. Benito de Peterborough se equivocaba al acusar a Guillermo el Mariscal de traición, mientras Enrique II, como hemos visto, no se había equivocado.

El segundo deber de los hombres de guerra era actuar como hombres de «pro»: la proeza —combatir e intentar vencer, pero conforme a ciertas leyes—. El caballero no lucha con los villanos. En 1197, en un momento de la dura guerra que mantenían los Anglo-Normandos contra el rey de Francia, Guillermo se lo indicó un día al conde Balduino de Flandes. Seguido por la tropa de sus comunes, éste proponía formar como un cercado, unas

«lizas», con los carros de los hombres del común. Los caballeros esperarían allí, al abrigo, el asalto de los adversarios. El Mariscal se enfrentó a esta propuesta: que, al contrario, se dispongan los carros ante la plaza sitiada a fin de impedir a los peones de enfrente que intervengan; los villanos frente a los villanos. Pero para los hombres cuya función y cuyo honor está en manejar las armas, ninguna fortaleza. Se enfrentarán al adversario sin *«raposear»* (preocupados de no comportarse como «raposos», como zorros, sino como leones), en pleno campo, prohibiéndose toda emboscada, alineados en batalla, al descubierto. El valiente no busca otra protección que la destreza de su caballo de batalla, la calidad de su armadura y la devoción de los camaradas de su rango cuya amistad le flanquea. El honor le obliga a parecer intrépido, hasta la locura. Por esta temeridad le reprendieron fraternalmente los compañeros de Guillermo ante los muros de Montmirail, durante las guerras del Maine: abusaba de ella. Por encima del foso horadado en la roca, defendiendo el refugio que había que forzar, se había tendido un solo puente de doble vertiente, estrecho, sin barandillas. En la cima estaban diez enemigos, entre ellos un jinete, armados con chuzos. El Mariscal lanzó al galope a su montura contra el obstáculo y chocó con él; por sí mismo el caballo dio la media vuelta; si se hubiese desviado dos dedos, aquel que llevaba encima se habría precipitado en el abismo. De tal imprudencia, el Mariscal se vanagloriaba más tarde. Cuando enseñaba a Enrique el Joven, lo impulsaba a conducirse de modo semejante, sin mirar el peligro, presto a lanzarse él mismo en auxilio de su pupilo para sacarlo de un paso demasiado malo, apropiándose entonces de la gloria.

Quizá debiera aquí hablar de un cuarto precepto: de una manera similarmente temeraria, ganar el amor de las damas. Seguirlo valió a Guillermo los sinsabores que ya he contado. Pero las mujeres tienen muy poco sitio en la narración que me informa: dejo a un lado, por tanto, la cortesía. Me ciño a la tercera de las

virtudes necesarias: la liberalidad. Ésta es la que verdaderamente hace al gentilhombre, la que establece la distinción social. La biografía lo dice claramente: «*gentileza* (es decir, nobleza) *se alimenta en la morada de la largueza*». El caballero no debe guardar nada en sus manos. Todo lo que le llega, lo da. De su generosidad extrae su fuerza, y lo esencial de su poder; en cualquier caso, toda su fama y la cálida amistad que lo rodea. El único elogio que al Mariscal le gustaba oír de su padre era que había repartido con abundancia las riquezas, y era sin duda, en primer lugar, por su liberalidad, por no saber retener nada, por el derroche del que era la fuente desbordante, distribuyendo todo su haber para regocijar a aquellos que amaba, como el héroe de la canción quería verse admirado a sí mismo.

Pero es en este núcleo de sus armazones donde principalmente se ve a la moral caballeresca chocar contra la realidad. Se había edificado en un tiempo en que las piezas de plata circulaban poco, en que el don y el contra-don arrastraban casi todo lo que, en el movimiento de la riqueza, no procedía de la herencia. Pero, durante el brusco crecimiento del último cuarto del siglo XII, la invasión de la moneda vino a removerlo todo. Resulta evidente a los menos perspicaces que los jefes de los Estados renacientes *«ungen las palabras»*, llevan su juego tanto mediante el dinero como por las armas; gracias al dinero el rey Enrique II pudo separar a los barones de Francia de su heredero rebelde, y gracias al dinero Felipe Augusto ganó más tarde el apoyo de la curia pontificia. Este poder nuevo de los dineros desmoraliza. En efecto, la moneda, lo mismo que parapetarse detrás de las empalizadas, es un asunto de villanos, despreciable. Los villanos, los burgueses, no la dan; la aman demasiado; la acumulan; la hacen fructificar, la prestan con usura. Recordemos la cólera de Guillermo ante el monje raptor. En tanto que el caballero, según la moral de su estado, no la toca sino con repugnancia y para dispersarla inmediatamente en la fiesta. Pero el caballero está obligado a servirse de

ella para los asuntos serios, y cada vez más. Todo cuesta. Es el caso del equipamiento indispensable para las gentes de guerra, y que se gasta rápidamente; sobre todo los buenos caballos de los que depende la proeza y que se revientan bajo sus jinetes. Cada escuadrón de caballeros andantes está, en consecuencia, envuelto por una nube de traficantes afanosos que lo siguen, que lo preceden, lo esperan, se unen a él en los descansos, se aglomeran desde el momento en que una gran acción está a la vista. Abren sus fardos, sacan las muestras, tientan. Consiguen todo, pero piden el precio. Nadie puede perseguir la gloria y el honor sin lanzar al voleo los dineros, y no sólo por su único placer.

La casa del joven rey, por ejemplo, hace un gasto tan grande que los acreedores la asaltan desde el alba, al inicio de cada etapa. Se descubre entonces que se debe a éste trescientas libras, a aquél cien, doscientas por los aderezos, pero también por los palafrenes, los víveres. Tal día, la deuda *«alcanza las seiscientas libras»*, confiesa el escribano que lleva las cuentas. ¿Quién podrá encontrar este montón de dinero en los cofres? El Mariscal, entonces, adelantándose: *«La mesnada no tiene esos dineros, pero los tendréis dentro de un mes»*, y se fían de su palabra. Ocurrió una vez que uno de esos plebeyos alborotadores llegados a probar su suerte desde regiones salvajes y pobres, Sancho, el jefe de una partida de mercenarios que Enrique el Joven había contratado y que no había cobrado el sueldo (la mercancía, efectivamente, se había insinuado hasta en la guerra: algunas gentes se hacían pagar por hacerla, y cobraban caro si eran buenos especialistas), puso su mano en el freno del caballo sobre el que iba Guillermo caminando: *«Estáis atrapado. —¿Por qué? —Para que me déis el dinero: os dejaré libre por cien marcos. —Soy un pobre caballero, no tengo nada. Pero, lealmente, yo "me comprometo" con vos (os comprometeré mi fe) a ir a vuestra prisión el día que vos fijéis»*. He aquí al Mariscal prisionero por deudas de su señor. Por suerte, pudo encontrar la suma, librarse. Pero permanece la molestia de estas obligaciones que se

hacen más pesadas, el disgusto de comprometerse bajo palabra, de alienar cuerpo y alma hasta convertirse en cautivo de los mercaderes, de los plebeyos. Y, finalmente, este amargo descubrimiento: *«cuando el haber falta, es preciso que el orgullo se rebaje»*: el despojo también puede avergonzar. Obsesión, siempre, por la vergüenza. No poder mantener su rango, su parte en el gran juego de la caballería, por falta de dinero. ¿Cómo procurárselo noblemente, sin fallar, cuando no se es heredero de un dominio, cuando no se tiene tras de sí a esos intendentes que, sin que el señor se preocupe, hacen llegar los derechos señoriales? El dinero aparece en adelante como indispensable para el honor, cuando el honor exige despreciarlo, y ello en el momento mismo en que es urgente alimentar este honor, exaltarlo, cuando se es todavía un «joven»: ésta es la, cuestión, lacerante, a la que el Mariscal se vio enfrentado día tras día a su vuelta a Francia, y durante los siete años siguientes, completamente ocupados por los torneos.



El apasionamiento por los torneos estaba entonces en su cénit. En los años veinte del siglo XIII, cuando fue compuesto el relato, los contemporáneos pensaban, al parecer, que ya había decaído mucho. Es al menos el punto de vista del autor: no nos apresuremos a tomar por un simple lugar común literario estas lamentaciones por el reflujo de la proeza. Partamos de este hecho: cuando Juan el Trovero trata de los años 1173-1183 casi no habla de otra cosa, a lo largo de más de dos mil quinientos versos, que de torneos. Ningún documento que yo conozca informa mejor sobre lo que era entonces este deporte. Como hoy las corridas o el rugby, no se practicaba en todas las partes. Quien vivía en Inglaterra y quería dedicarse a ello, acabo de decir ya que tenía que atravesar el canal de la Mancha. La biografía del Mariscal contiene la descripción de dieciséis torneos y, salvo uno, los localiza con precisión. Se percibe así que el paraíso de los participantes

está delimitado por una linea que lo envuelve, que pasaría por Fougéres, Auxerre, Epernay y Abbeville. Se ve también que sólo dos de estos encuentros se disputaron en pleno corazón de los principados feudales: en Pleurs cerca de Sézanne, en el condado de Champagne, y en Saint-Pierre-sur-Dives, cerca de Caen, en el ducado de Normandía. Todos los demás fueron organizados en los confines, en las «marcas» de estas formaciones políticas, en el lugar de viejos bosques fronterizos que desde antiguo separaban a las etnias (en los límites del Vermandois y del país de los Capetos, entre Gournai y Resson, cerca de Compiégne; en tres ocasiones en los bordes de la Champagne en Lagny y en Joigny, frente a la Isla de Francia y el ducado de Borgoña; en los de Normandía, en Eu, frente a Ponthieu, a Saint-James y a Saint-Brice, frente a la Bretaña y el Maine, en Anet, en Maintenon, en Eperon, frente a Perche y el condado de Blois). Tal localización es materia de reflexión para los que se preguntan sobre los orígenes de estos simulacros de batalla.

En cuanto a los jugadores, en parte venían del área circunscrita por los más excéntricos de estos territorios a los que tengo por la provincia madre, pero también del exterior. El espacio de reclutamiento formaba una aureola alrededor del espacio del juego, amplia pero no desmesurada. Muchos llegaban de Inglaterra; no obstante, venido de más lejos, un rey de Escocia estaba como un espectador intrigado. Muchos venían de Bretaña, de Anjou, de Poitou, pero ninguno de las regiones más meridionales. Muchos venían de Bourgogne, de Flandes, del Hainaut, algunos de la tierra de Thiois, de la de Aval, es decir, de la baja Lorena; de más allá, hacia el este, nadie. De hecho, el que un deporte esté de moda depende, tanto como de la tradición, del ardor de los que lo organizan y trabajan por el éxito de sus manifestaciones. Para comprender la geografía de los torneos, tenemos por consiguiente que mirar del lado de sus promotores.

Ningún rey entre ellos, salvo el joven Enrique, que precisamente es joven, y que, bajo la autoridad de su padre, representa el papel de príncipe de la juventud, delegado para la actividades fútiles, y cuya realeza nadie se toma en serio. No parecía decente que los lugartenientes de Dios, impregnados por la unción de la coronación de un poder semi-religioso, se mezclasen en tales diversiones que la Iglesia, desde hacía medio siglo, condenaba en todos sus concilios como una trampa del diablo: los torneos, decía, desviaban a los caballeros de Cristo de los asuntos militares importantes y fundamentalmente de la Cruzada; los mutilaban, deterioraban a estos guerreros destinados a combatir el mal, la herejía, la impiedad; y los diezmaban —efectivamente, era mayor el riesgo de morir en estos enfrentamientos que en la guerra —. No obstante, los duques y los condes —los altos barones— no se sentían tan estrechamente ligados por las prohibiciones eclesiásticas: eran veinte en el torneo de Lagny. Uno está tentado a ver en ellos a los componentes de una especie de club, de una sociedad de fomento del torneo. Se puede, en todo caso, considerar que algunos de entre ellos llevaban entre sus manos el asunto del torneo. Se ponían de acuerdo para repartir los encuentros de modo conveniente a lo largo de la estación, y para poner en pie la publicidad necesaria. Toda la caballería contaba con su oficio. Cumplirlo bien era el medio más eficaz de extender su prestigio, la forma mejor tasada y, por tanto, más provechosa de desplegar su largueza, por el cálido reconocimiento que de ella lograban por parte, sobre todo, de lo más fogoso y más lozano que había en la sociedad militar: todos esos *«muchachos»* que constituían la mayoría de los participantes ya que, de todos los que se medían en los campos, los «altos barones» eran casi los únicos que estaban casados. Los poderes, a lo largo de la historia, han intentado sostenerse organizando juegos. Estoy convencido de que la alta aristocracia, en el Norte del reino de Francia, no encontraba, a finales del siglo XII, un triunfo más seguro para re-

sistir al creciente dominio de la magistratura real que el de ganarse a la caballería ofreciéndole la diversión que ella prefería. Era también por gusto por lo que algunos barones se entregaban, por completo, a lo que bien puede llamarse un mecenazgo: los condes de Clermont, de Beaumont, de Saint Pol, de Boulogne, Robert de Dreux, primo hermano de Felipe Augusto, Teobaldo de Blois, el duque de Bourgogne, el conde de Hainaut. Uno de los más apasionados era en este tiempo Felipe de Alsacia. Fue él quien metió a Enrique el Joven, apenas recién desembarcado, en el asunto. Esperaba en Arras para llevarlo sin retraso al torneo de Gournai. Tomándose el tiempo justo de equiparlo a su costa, soberbiamente.

El autor de la historia de Guillermo el Mariscal se excusa: no puede describir detalladamente las peripecias de todos los torneos. Hubo demasiados: *«Casi cada semana se hacían torneos de lugar en lugar»*. Si la verdadera guerra se paraba en la mala estación —los franceses la odiaban, dice el relato, *«cuando el frío abraza el aire»*— el gusto de jugar tenía tanto poder que ni el frío ni las intemperies interrumpían los torneos tan largo tiempo, aunque no era bueno combatir con lluvia abundante, y se dudaba sobre todo en exponer a la humedad invernal a los caballos y las piezas de la armadura —en particular a los muy preciosos y frágiles yelmos, a las cotas de malla que se oxidaban entonces fácilmente—. En Gournai tuvo lugar un encuentro en los últimos días de noviembre de 1182; le siguió otro el 13 de enero; por consiguiente, el entreacto se encontraba reducido a un corto espacio de tiempo, a la pequeña cuaresma que imponía el Adviento, al período de abstinencia que precedía a la Navidad y, en la octava de esta gran fiesta, a la reunión de las grandes cortes solemnes en las que se veía a los reyes exhibirse en su gloria, con la corona en la cabeza, y presidir las más graves conferencias (como hizo este mismo año Enrique II en Caen). Semejantes interrupciones se producían también, y por las mismas razones, en Pascua, en Pen-

tecostés, en Todos los Santos. Pero, aparte de estas pocas vacaciones, la caballería no paraba.

Evidentemente, todos sus miembros no participaban en cada encuentro, pero algunos de ellos los atraían en masa. En Lagny, sin discusión el torneo más logrado de todos los que evoca el texto que analizo, se habían reunido tres mil caballeros, acompañado cada uno por sus sirvientes; también figuraban algunas compañías de combatientes de bajo nacimiento, despreciados, utilizados no obstante por ser muy hábiles en el manejo de las armas villanas, las picas, los garfios, y cuyas bandas mercenarias constituían en esta ocasión, como en todas las verdaderas hostilidades, un complemento decisivo. Evaluemos la afluencia en unos diez mil hombres de guerra, y quizá el mismo número de caballos; añadamos además la muchedumbre de parásitos, de chanchulleros, de cambiadores, de mujeres alegres, reunidos allí con la esperanza de recoger por la tarde de esta fiesta guerrera más dinero que con ocasión de la más concurrida de las peregrinaciones. Una barahúnda. Durante dos o tres días, en las proximidades de Lagny, villa de ferias célebres, se encontraban así reunidas más gentes, más riquezas, más tráficos que quizá en ninguna otra parte en estos años, al norte de los Alpes, salvo en París. Y, a buen seguro, se manejaba mucho más dinero.

La biografía del Mariscal enseña que cada torneo era anunciado unos quince días antes. La noticia se extendía. El *«escándalo»*, es decir el ruido, de que se preparaba un combate en Eu se había propagado así, parece que en dos semanas, a través de Francia, el Hainaut, Flandes, Bourgogne, Poitou, Touraine, Anjou, Normandía y Bretaña. Tal rapidez en semejante distancia supone un sistema perfeccionado de comunicaciones, y la intervención de un numeroso cuerpo de informadores. Podemos pensar que la función publicitaria estaba desempeñada por los llamados heraldos, profesionales de la identificación de los jugadores y de la propaganda. Capaces de reconocer a todos los caballeros, cuyo

yelmo enmascaraba su cara, por los signos heráldicos que enarbolaban, expertos también en el arte de componer e interpretar una cancioncilla para asegurar el lanzamiento de tal equipo o de tal campeón, para inciensarlo, poner de manifiesto sus hazañas y, mediante un porcentaje, elevar su premio (hay algo de verdad, aparentemente, en lo que los envidiosos propalaban de este Enrique el Norrois, dedicado a hacer crecer la reputación del Mariscal). Estos intermediarios, medio poetas, medio rufianes, pululaban y parece que prosperaban. Sin recurrir a su oficio no se ve cómo, en un área tan extensa, con un calendario tan tenso, hubiesen podido los promotores difundir un programa tan denso, tan diversificado y reunir tantos jugadores y seguidores.

El anuncio movilizaba principalmente a los «bachilleres», a los caballeros sin establecimiento, «andantes». Sin embargo, ya lo he dicho, eran raros aquéllos a los que se veía llegar solos al terreno, durante la mañana del encuentro. La regla era que se llegara en grupos al campo escogido para el combate. Las grandes casas llegaban al completo, conducidas por sus jefe o por su suplente, bajo el estandarte que llevaba sus colores. Se habían preparado febrilmente en la parte pública de la residencia del señor, en la sala en la que, por la noche, los caballeros domésticos se tendían, juntos, para dormir. Esta noche la habían pasado entera lustrando el equipo, comprobando si las piezas de la armadura y de los enjaezamientos de los jinetes encajaban, si se ajustaban convenientemente, bruñendo, envolviendo para el viaje las cotas y los quijotes de malla, rectificando los yelmos y las empuñaduras de los escudos para que las uniones estuviesen más seguras, pasando lazos entre las mallas que, llegado el momento, atarían el casco al capacete y a la cofia, estas protecciones de la nuca y el cuello. Así se había preparado para el torneo la unidad de base. Cada una de ellas era la emanación de una casa, soldada estrechamente por los lazos de la comensalidad, reconocible por su grito de enganche, lo mismo que por su nombre patronímico, por la insignia pinta-

da en el escudo que llevaban sus miembros, todos ellos camaradas acostumbrados a realizar juntos este juego, a coger, a la primera señal, a la ocasión por los pelos y que compartían, al final de la partida, bajo la mirada de su capitán, los beneficios y la gloria alcanzados durante la competición. Los pocos solitarios intentaban en el último momento integrarse en una de estas mesnadas; o bien se ponían de acuerdo entre ellos para formar una, de fortuna, como la de esos *«quince caballeros de compañía»* que se habían asociado para el torneo de Anet y que pidieron ese día la ayuda del Mariscal que pasaba cerca de su cuerpo en dificultades.

Estas escuadras sólidamente aglutinadas eran reagrupadas a la llegada por los barones organizadores del encuentro. Los grandes señores habían venido a establecerse previamente en su lugar respectivo, en el castillo o la aldea próxima al campo. Reunían entonces, bajo su patronazgo, a los equipos que podemos llamar nacionales. Cada uno llevaba efectivamente, durante la acción, el orgullo de esta o aquella etnia. Yo pienso que el sentimiento de pertenecer a un pueblo, al pueblo de los «Francos» o de los «Angevinos», era muy vivo al final del siglo XII, básicamente negativo en realidad, como un rechazo al extranjero: ya he señalado cómo miraban los Ingleses a los de Poitou, cómo los Normandos juzgaban intolerable ser dominados por un Inglés. Y estoy persuadido de que este orgullo de ser de la Champagne, bretón o francés, se fortalecía en estos encuentros en que se veía lanzarse uno contra otro, rivalizando por el premio, al equipo de Champagne, al de Bretaña o al de Francia (entendamos el antiguo ducado de Francia, el de la cuenca de París). Aunque en realidad, como tampoco hoy lo están los equipos nacionales, aquéllos no estaban formados sólo por oriundos. Tomemos el equipo de Inglaterra, que conducía Enrique el Joven y del que el Mariscal era a la vez entrenador y capitán: durante un año y medio se dejó batir; después, por el cuidado de su manager, terminó, según mi fuente, por sobrepasar a los otros, e incluso al mejor, el de los

franceses que, hasta entonces, cuando le veían aparecer sobre el terreno, se repartían con antelación y riendo *«los arneses y las esterlinas»* de los que iban a despojarlo. Mientras conquistaba poco a poco, gracias a Guillermo, el honor, la fama, y también el botín que le permitía mostrarse como el más generoso de todos, y unir a él a los jóvenes, Enrique el Joven ponía bajo los colores ingleses a lo que había de mejor entre los caballeros; escogía, dice el texto, sin *«vacilar»*, sin mercadear, *«los buenos caballeros de Francia, de Flandes y de Champagne»*. Para el torneo de Lagny había conseguido reunir una enorme formación multinacional: ochenta caballeros, de los que quince llevaban estandarte —es decir, conducían bajo su insignia un equipo ya formado—, lo que suponía un efectivo real de unos doscientos caballeros o más. El memorial del Mariscal describe detalladamente los diversos componentes de esta cohorte, y los coloca por orden de mérito deportivo. Los Franceses son nombrados los primeros, después los Flamencos, y después los Normandos; en cuanto a los Ingleses —el Mariscal venía en la cabeza, se trataba en efecto del *«hôtel»* cuyo *«señor»* era, y su hermano menor Anseau figuraba entre los jugadores— no aparecían más que en cuarto lugar en este palmarés, únicamente seguidos de los Angevinos.

Se puede creer lo que detalladamente expone aquí el cancionista encargado de rimar la vida de Guillermo: para hacer esta lista tan precisa, con certeza se refería a la cuenta que había llevado el clérigo al servicio de Enrique el Joven. Porque si se enumeraba con tanto cuidado a los jugadores contratados, es porque se trataba de dinero. En esta clase de cosas el dinero contaba entonces tanto como en nuestros días. Se nos dice claramente cómo los jefes de mesnada estaban a sueldo del señor: les pagaba por día, a partir del inicio de su residencia, veinte cuartos por cada uno de los caballos que traían. Enrique debió sus éxitos, por tanto, a la facilidad que tenía para gastar; su padre, no sin razón, juzgaba insoportable esta prodigalidad: superaba la de todos los

demás promotores. Así es que un amplio regateo acompañaba y seguía a cada competición. Y los campeones, desde lo alto de su reputación, se sacaban a subasta. Guillermo el Mariscal hizo subir ésta muy alto en 1183, en el momento en que, habiendo caído en la ira de su señor, trabajaba por su cuenta: *«todos codiciaban tenerlo»*, afirmaba él más tarde, diciéndose dispuestos a pagar el precio más alto. Eran pensiones lo que se le ofrecía: el conde de Flandes, el duque de Bourgogne, una renta de quinientas libras; el procurador de Béthune, la misma, pero sólidamente asentada sobre tierras bien delimitadas; Juan de Avesne, trescientas libras y, por añadidura, el señorío de todo aquello sobre lo que él tenía el dominio. No nos fiemos demasiado de lo que se puede tomar por una jactancia. Un hecho está claro: el deporte era ya una profesión en la que algunos podían ganar más que cualquier otro en la época.

La partida se jugaba en una gran jornada, a dos, como la batalla. Era en consecuencia preciso que los diversos equipos nacionales se reagrupasen en dos campos. El reparto se anunciaba con antelación. Se sabía que tal día, a tal hora, los Angevinos, los Bretones, los de Poitou y los de Manceau se enfrentarían al equipo de Francia, el de Normandía y el de Inglaterra. Sur contra Norte, esta vez. Pero cuando el relato nos da el plan del juego, se nos revelan afinidades de costumbres. Así los Normandos y los Ingleses hacían equipo conjunto, y casi siempre contra los Franceses, a quienes de modo natural se asociaban los de Champagne y los Borgoñones.



Elegido el terreno, el «campo» (la palabra se toma del vocabulario de los juicios de Dios, es decir de los duelos judiciales o de las batallas, lo que venía a ser lo mismo, de estos solemnes combates en los que dos príncipes acordaban poner sobre el tapete, para darlo por terminado, todos sus derechos y todas sus fuerzas)

era una vasta extensión rural. Aparentemente sin límites precisos, pero no sin asperezas. Venían en primer lugar lo que llamaban las «lizas», que parecen barreras, similares a los cercamientos que rodeaban en este tiempos las pequeñas o grandes moradas en que los hombres se retiraban a descansar, y que la costumbre protegía, castigando con pesadas penas a los que intentaban romperlas. Las lizas delimitaban efectivamente refugios, los *«recesos»*, las áreas neutralizadas en donde los combatientes tenían derecho, según las reglas del juego, a ponerse a cubierto un momento para recobrar el aliento, beber un trago, reponerse. Delante de esta especie de setos, antes de que se abriera la competición seria, la víspera o durante la madrugada, los más jóvenes, los debutantes, se retaban, se enfrentaban en encuentros amistosos. Se las llamaba *«joutes plaidisses»*: quizás diferían del verdadero torneo del mismo modo que lo hacían el tiempo de guerra y el de las «audiencias», las conferencias, las asambleas de arbitraje. No eran, en efecto, más que ejercicios en los que, de común acuerdo, se evitaban los golpes demasiado dañosos. Sin peligro y sin apuestas, el Mariscal despreciaba fuertemente estos juegos de diversión: no había allí nada que ganar, ni nada que perder. Delante de las lizas se veía también, al comienzo de la jornada principal —la única de la feria que verdaderamente contaba— venir a los equipos a alinearse, a prepararse y, de pie, todavía desarmados, esperar a que el conjunto de las formaciones estuviera reunido. No obstante, aparte de esas barreras levantadas por necesidades de la competición, había otros obstáculos en pleno terreno. Accidentales, hacían más animada la partida, ya que podían ser utilizados para tender emboscadas o para esquivarse. Hablo de los bosquecillos, de las hileras de cepas de una viña, de un antiguo «montículo», fortificación de tierra abandonada de la que subsistían todavía las empalizadas, o bien de esas «granjas», de esas explotaciones agrícolas aisladas cuyas tierras comenzaban a diseminarse en la época. Incluso a veces se trataba de un pueblo, con calles

estrechas que una partida de peones podía obstruir cómodamente y que podía convertirse así —evidentemente los campesinos que lo habitaban se habían marchado— en un pequeño castillo en donde descansar mientras que el equipo adversario se cansaba corriendo los campos.

En este erizado recorrido comenzaba el torneo con figuras ligeras, que la historia del Mariscal llama, sin describirlas, los *«comienzos»*. Sin duda, eran simples alardes. Los altos hombres no se dignaban asociarse a ellos: se molestarían más tarde. Mientras esperaban desayunaban, hirviendo de impaciencia cuando las distracciones de apertura se prolongaban más allá de la cuenta, furiosos cuando estos pasos se desplegaban tan profundamente que el tumulto juvenil llegaba hasta hacer tambalearse las mesas en donde estaban comiendo. La historia no dice que el inicio de la verdadera partida fuera dado por una señal. Cuando una de las tropas se sentía dispuesta, avanzaba hacia la otra: el torneo había comenzado. En efecto, el juego consistía en lanzarse sobre el adversario. Igual que en las batallas verdaderas: el choque de dos conjuntos de jinetes, el estrépito y la gran polvareda. Dos palabras clave: *«herir»* en el montón, golpear; y *«pinchar»*, cargar con la lanza levantada, en líneas sucesivas, esperando los de la siguiente oleada que los primeros no hubiesen roto todo, que les quedaría algo donde golpear. El objetivo era abatir, perforar, *«irritar»*, *«pisotear»*, echar, hacer tambalear a los de enfrente, desordenarlos y provocar finalmente su *«hundimiento»*, la huida en desbandada.

Al principio la atención se dirigía a conservar, en uno y otro campo, la mayor cohesión posible dentro de la formación, *«andar prudentemente»*, es decir en filas apretadas, en *«batalladas»*, con cada *«cuerpo»*, cada unidad de base, estrechamente unido y procurando mantener firme el alineamiento, de ataque o de resistencia, para que el frente no terminara curvándose. Era lo más difícil. El primer jefe tenía que lograr que cada uno contuviera sus

deseos de ir delante de los demás, el deseo incoercible de separarse del grupo para «ganar» más que los camaradas en honor y provecho. La victoria era por tanto más de la disciplina, del dominio de sí, que del ardor. Pasadas algunas cargas, en la borrachera de los golpes intercambiados, el desasosiego acababa finalmente por surgir en uno de los dos campos, ya fuera por el entrechoque de pequeñas bandas yuxtapuestas, demasiado próximas o envidiándose demasiado, ya por el exceso de turbulencia, de incontroladas irrupciones del entusiasmo. Los capitanes de equipo más sagaces esperaban que llegara este desorden y se mantenían en reserva hasta ver cómo las líneas de la partida adversa comenzaban a ondular y, en algunos lugares, a romperse. Ésa era la táctica del conde de Flandes. Él no se lanzaba con los suyos en el torneo hasta que no apareciesen los signos de cansancio y de desorden. Empujaba entonces a su casa *«por el atajo»* con el objetivo de disociar por completo a la otra armada ya doblegada, de hacerla pedazos, con sus estandartes en el suelo, pisoteada, fraccionada en pequeños revoltijos desorientados que sólo soñaban en huir, perseguidos, acosados por las jaurías del adversario, agarrándose a cada accidente del terreno, acorralados y rápidamente cercados, hasta que la jornada se acababa en un desparramamiento de pequeños sitios tenaces. En esto consistía el «hundimiento» y era para maravillarse cuando uno y otro bando se mantenían firmes tanto tiempo que el comité de los barones tenía que decidir la tregua. De común acuerdo, se paraban, muy contrariados a fin de cuentas por ambos lados. En efecto, los fuertes y los hábiles habían esperado todo el día el desorden de la derrota para ganar más.

Porque ése era el momento de las presas más fáciles y más abundantes. En el torneo no se jugaba sólo por honor. Los caballeros iban, como a la guerra, para arrebatar armas, arneses, caballos de batalla, para coger hombres. A las ventajas aseguradas, al sueldo, a las pagas que les asignaba el jefe de su equipo, soñaban

con añadir un suplemento, su parte del botín. Los grandes depredadores se reclutaban entre los «bachilleres»: para los señores, para los hombres establecidos, no parecía conveniente una codicia semejante. En 1198, quince años después del encuentro de Lagny, Ricardo Corazón de León reprochó al Mariscal por comportarse de este modo, como un joven: había más que aturdido, hendiéndole el yelmo y la cofia, al guardián del castillo de Milly-en-Beauvaisis; después, un poco cansado, se había sentado tranquilamente, para que no le robasen al vencido, sobre el cuerpo del prisionero. No era un comportamiento para su edad, ni para su estado de hombre casado: *«A los bachilleres, dejadlos hacer, que tienen que perseguir el premio»*. Efectivamente, en el torneo parece que los barones se reprimían de coger demasiado ellos mismos. Ponían más bien su cuidado en no dejarse capturar. Pero los demás, desde la llegada, mientras se colocaban en línea, hacían su elección entre el equipo contrario y, calculando el precio de los enjaezamientos que percibían de lejos, comparando sus propias fuerzas con las del otro, identificaban más allá de la extensión del campo a aquél a quien iban a intentar coger en el momento propicio. El Mariscal se acordó de ello toda su vida: en la mañana de su primer torneo él, caballero completamente nuevo, había reservado de una mirada al señor Felipe de Valognes; había mirado bien, puesto que pudo hacerse con esta buena presa, inaugurando así la larga serie de sus capturas. También a veces, habrán llegado algunos decididos a encontrar entre el tropel a alguien que en otro tiempo les había faltado y al que odiaban por ello; el encuentro era una ocasión de arreglar, de saciar los rencores, viejos o completamente nuevos. Guillermo acorraló de este modo a Renaud de Nevers en Maintenon. De todos modos, la pasión no estaba sólo en jugar bien. Es cierto que el entusiasmo por atrapar o por vengarse, la costumbre de escoger de antemano, a la vista de la caza, las piezas que uno quería reservarse, no dejaban de acrecentar los riesgos de desorden. Muy raros eran los que, lúci-

damente, se lanzaban solos. La caza de los participantes, como la del animal, se llevaba por pequeños grupos de camaradas acostumbrados a desalojar, a correr, a forzar conjuntamente. Se ponían de acuerdo para envolver, para aislar a aquel que habían levantado. El Mariscal fue asaltado así por cinco caballeros en Saint-Brice, por cuatro en Epernon; siete adversarios asociados capturaron al conde de Saint-Pol en Gournai.



Pero para ver verdaderamente el juego en sus despliegues, sus fintas y sus faltas, ¿no es lo mejor remitirse al texto de la *Historia*, a uno de estos episodios? No se describen en él conjuntos, puesto que el autor sigue a su héroe, no lo deja fuera de su mirada; pero precisamente la suerte radica en el hecho de poder situarnos con él en el centro mismo de la acción. Escojo por consiguiente —y no sin trabajo, porque se querría coger todo— lo que se nos cuenta de uno de estos encuentros, el de Lagny; y traduciendo solamente los vocablos que ya no comprendemos, dejo el relato tal como está, o casi, para que el lector juzgue sobre la calidad de la relación. O más bien —¿por qué rechazar el término?— del reportaje, para que se regocije con esta admirable facilidad del poema para trasladar el movimiento, la vida, a pesar de que las palabras fuesen todavía demasiado poco numerosas y de las coerciones de la versificación. La descripción comienza con el estrépito, en una serie de versos cortos:

… Gran pelea y gran ruido.
Todos tendían a herir bien.
Allí hubieseis podido escuchar tan gran
estrépito de lanzas, cuyos fragmentos
cayendo a tierra hasta juntarse
impedían pinchar a los caballos.
Fue grande el tropel en la llanura.

Cada cuerpo de tropa proclama su insignia…
Allí se vio coger por el freno
a los caballeros y a otros
venir a socorrerlos.
De todas partes se vio correr
a los caballos, y sudar de angustia,
cada cual se aplica cuanto puede
para hacerlo bien, pues en tal obra
la proeza se muestra y se descubre.
Hubieseis visto temblar la tierra
cuando el joven rey dijo: «Ya basta,
¡cargad!, no esperaré más».
El rey cargó, pero el conde
(su hermano, conde de Bretaña).
se quedó prudentemente y no vino…
Los que estaban cerca del rey
se pusieron en movimiento hasta tal punto
que del rey no hicieron caso.
Se iban tan adelante
que derrotaron a los otros.
No fue retirada, mas derrota
cuando los hubieron acorralado
entre las viñas, entre los fosos.
Iban entre las cepas
de viña, que eran espesas,
y a menudo allí caían los caballos.
Rápidamente eran pisoteados
los que caían, e injuriados.
El conde Godofredo con su estandarte

cargaba de tan extraño modo
cuando el rey vino, que fueron alejados
todos los que debieran haber con él estado.
Así, el rey, tan de improviso
no pudo esperar en ningún lugar
a su gente, pues el adversario se iba
y era fuertemente perseguido,
los unos intentando actuar bien
los otros aplicándose a la ganancia.
El rey se inquietó
al encontrarse así de solo.
Vio a su derecha un batallón
de sus gentes. Podían ser
al menos cuarenta caballeros.
Teniendo una lanza en sus manos
se les echó encima
y chocó tan duramente con ellos
que en el camino se rompió su lanza
como si fuese de cristal.
Y aquellos que eran numerosos,
pronto le pararon por el freno
Llegaban de todas partes
mientras que a él le ocurría
que de toda su gente no tenía
sino al Mariscal que lo siguiera
de cerca, pues tenía costumbre
de estar cerca de él en la necesidad.
Y Guillermo también, el de Preaux,
que aquel día había sido cogido

y se había separado de su grupo
revestido bajo su cota
de malla muy privadamente
un casco de hierro también en la cabeza
ni más ni menos.
Los otros tenían al rey entre sus manos
cada cual esforzándose
en hacer caer su yelmo.
El Mariscal avanzó tanto
que se lanzó sobre ellos.
Tanto hirió, adelante, atrás,
tanto les demostró sus maneras,
tanto empujó y tiró tanto
que a la fuerza arrancó al rey
la cabezada de su caballo
con todo el freno y lo tiró.
Y Guillermo de Préaux cogió
al caballo por el cuello
y le costó trabajo salir de la refriega
pues muchos iban tras él
que lo querían retener.
Guillermo de Préaux, a menudo
en herir mucho se esforzaba.
El rey lo cubrió sabiamente con su escudo
para que no lo alcanzaran
y le hiciesen algún mal.
Pero [los otros] forcejearon
tanto que arrancaron al rey
su yelmo de la cabeza

lo que le abrumó mucho, y lo hirió.
La refriega duró mucho
y la hacía muy duramente
el Mariscal que hostigaba
y se esforzaba con grandes golpes…
Mientras que el rey se iba así
el Señor Herloin de Vancy
—era senescal del conde de Flandes—
tenía unos treinta caballos
fuera del tropel.
Uno de sus caballeros se lanzó
y vino a hablar al señor Herloin.
«En el nombre de Dios, buen Señor
ved allá al rey a punto de ser atrapado.
Tomadlo. Lograréis el premio.
Ya ha perdido su yelmo
y se encuentra muy apurado».
Cuando el Señor Herloin lo oyó
se alegró mucho
y dijo: «Es, creo yo, nuestro».
Todos clavaron las espuelas
a toda prisa, tras el rey.
El Mariscal no esperó
y cargó con la lanza contra ellos.
Chocó tan duramente
que su lanza se rompió por completo.

(Aquí faltan uno o dos versos en el manuscrito, que muestran sin duda a Guillermo el Mariscal caído por el choque y a punto de ser tirado al suelo).

… hasta el corvejón de su caballo.
Pero todo se volvió a levantar sin fallo.
Sobre él, como en una batalla
se echan al asalto, y él se defiende.
Todo lo que alcanza, lo hiende,
corta los escudos, dobla los yelmos.
Tanto hizo el Mariscal Guillermo
que ninguno de los que allí estaban
supo lo que con el rey había pasado.
Más tarde, el rey dijo
y todos los que lo habían visto
y todos los que oyeron hablar de ello
que jamás se vio golpe
ni se supo el de un solo caballero
mejor que el que diera el Mariscal
en aquel día.
Mucho lo alabaron los mejores…

El elogio, por supuesto, es exagerado. Al igual que la novela o la canción de gesta, aísla de forma abusiva al héroe con relación al grupo que obstinadamente lo estrecha y pone el acento en la hazaña singular. Pero deja ver, maravillosamente, que efectivamente el juego consiste en hacer, en primer lugar, prisioneros, así como las maneras utilizadas para su captura. La más expedita, y también la más glorificante, era *«derribar»* al jugador contrario, desmontarlo de un golpe, con la lanza.

Se conoce por otras partes de la biografía que el luchador afortunado se solía quedar en eso, dudando en jugar a doble o nada: abandonaba al jinete en el suelo y se iba, llevándose el caballo consigo. En el torneo de Eu, Guillermo el Mariscal tiró así al suelo a Mateo de Walincourt en dos acometidas, adueñándose

las dos veces de su caballo de batalla, él mismo. Derribar alegremente al caballero de enfrente se consideraba entre los entendidos como la figura más lograda de estos grandes ballets militares. Y se aplaudía enormementee a los que tomaban por blanco a los altos barones. Como en las verdaderas batallas, el último objetivo era —acabamos de ver a Herlouin de Vancy relamerse por ello de antemano— abatir a los jefes o prenderlos. Cuando un conde de Clermont caía, y después se levantaba y volvía a montar a caballo como Felipe Augusto en Bouvines, se hablaba de ello *«largo y tendido»*. En realidad estos triunfos eran raros. En primer lugar, porque sólo los más valiente, los más temerarios, se peleaban de este modo. Los cobardes se cuidaban muy bien de hacerlo, manteniéndose a distancia de las conmociones demasiado brutales. Por consiguiente, nadie se sentía deshonrado por caer. La canción lo dice muy bien: *«Es entre los pies de los caballos, en donde hay que buscar a los valientes»*.

Por otra parte, nos enteramos que las lanzas eran frágiles y volaban hechas pedazos la mayor parte del tiempo, antes que el adversario se estremeciera hasta caer bajo la carga. Aquellos guerreros que se arriesgaban a participar en las justas sabían mantenerse firmemente en la silla y controlar su montura. No esquivaban el choque. Resistían. Entonces la lucha se proseguía cuerpo a cuerpo, con la espada, con la maza. Los golpes se concentraban en el casco. Por ello, el equipamiento de la cabeza estaba considerablemente perfeccionado en la época. El simple gorro de hierro no parecía suficiente protección; se le dejaba a los escuderos. El yelmo tendía a fines del siglo XII a tomar la forma (ya la tenía cuarenta años más tarde cuando el biógrafo escribía) de una caja cerrada, y tan herméticamente que el combatiente así enjaezado se arriesgaba a la asfixia si se aproximaba demasiado cerca de un fuego de malezas, Guillermo hizo un día la prueba de esto, a su costa. Para acabar con el adversario, es decir, para capturarlo, era por tanto preciso que, golpeando, se despojara a la armadura de

esta pieza, dejando su cabeza al descubierto —y si Enrique el Joven fue tan «herido» al verse desnudado así, sin duda no era tan sólo por haber perdido su principal defensa; la vergüenza también se mezclaba aquí—; pero asimismo se podía aturdir al enemigo golpeando con todas las fuerzas sobre lo que cubría el cráneo. El Mariscal se acordaba de haberse quedado en muchas ocasiones, prisionero de su casco, cegado, incapaz de deshacerse de él, bien porque, con el choque, el yelmo se había girado poniéndose lo de delante atrás, bien porque había terminado por quedar de tal modo torcido que era forzoso, al final del encuentro, recurrir al herrero, a su martillo, a sus pinzas, apoyar la cabeza en el yunque hasta que se pudiera extraerla de la envoltura de hierro, descortezada finalmente con grandes jadeos.

Cuando, todavía sobre la silla, aquél al que se había elegido para ser capturado, se encontraba no obstante tan maltrecho, tan ensordecido por el ruido, cuando se debilitaba, no veía ya claro y no sabía dónde golpear, había llegado el momento de coger a su caballo *«por el freno»*, de sacarlo fuera del tropel y conducirlo hacia los depósitos de arneses sobre los que vigilaban los escuderos y los cuidadores. Partir así, con su botín vivo, no se hacía sin dislocar el grupo de combate, y la tarea más difícil de los capitanes, tanto en los torneos como en los verdaderos combates, consistía en retrasar las empresas de captura hasta el instante en que el desconcierto del adversario se había agravado y transformado en desbandada, hasta que el otro campo estuviera por completo deshecho, cuando las presas más atractivas —como fue el caso cuando el señor Herlouin decidió intervenir— ya no estaban cubiertas por sus servidores. Pero llevar su captura hasta lugar seguro tampoco era siempre fácil, pues los amigos del atrapado se precipitaban en su socorro. Así hizo Guillermo, que cuidaba del rey, su pupilo. Algunas veces el cautivo, despertándose bastante pronto de los vapores en que los golpes sobre el yelmo le habían hecho caer, liberaba a su caballo y se escapaba; o era el mismo ca-

ballo el que se liberaba por sí solo encabritándose; incluso a veces el jinete abandonaba su montura y conseguía escapar, como lo hizo el señor Simón de Neauphle: Simón se agarró, mientras pasaban debajo, a un canalón en la calleja del pueblo en que el Mariscal le había atrapado; cuando al llegar se volvió el Mariscal, no vio nada más que el caballo desnudo; se rió mucho de ello por ambas partes. Pues este juego tan brutal, y esto se transparenta en cada verso del relato, era también muy alegre. Valía más, por tanto, cuando se tenía fuerza para ello, asegurarse inmediatamente el cautivo, cuyo precio era más elevado que el de la montura, cogerlo por medio del cuerpo y, habiéndolo hecho caer por encima del cuello de su caballo, llevárselo vivo: Guillermo se vanagloriaba de haber logrado varias veces el golpe. Cuando la presa estaba por fin en buen puerto, el jinete capturado se bajaba al suelo, se reconocía prisionero, daba su «compromiso», su palabra; su vencedor confiaba el caballo de batalla a sus gentes; en cuanto al vencido, en adelante confinado en la línea de banda, asistía como espectador al final del combate, juzgando los golpes, aconsejando a los jugadores, sus amigos. A veces, como Guillermo de Préaux, les echaba una mano. Defraudando un poco. ¿Qué era la lealtad frente al deseo, a la pasión de «herir» y de «pinchar»? A menos que el compromiso de palabra no autorizara en ciertas circunstancias a volver a meterse en el jaleo. ¿Cómo explicar si no que algunos confesaran haberse dejado prender varias veces en la misma jornada?

Cuando uno de los dos campos se había dispersado en el hundimiento, o cuando, al caer la noche, se decidía, extenuados, parar y dar la victoria a los puntos, los participantes en el torneo no se separaban inmediatamente. En el campo y sus cercanías seguía durante algún tiempo el tropel igualmente unido, pero para comercios apacibles. Ya no tenía el aire de un combate, ahora tomaba el de una feria. No más golpes, sino palabras; y el ruido ya no era el de las armas, sino el tintineo del dinero contado. En

primer lugar había que curar las heridas del cuerpo, y lo primero, despojarse de la armadura desvencijada —lo que no era siempre algo baladí—. Después cada uno se informaba sobre sus amigos, perdidos en los repliegues del altercado: ¿estaban cautivos, heridos, muertos? Los altos hombres, quitado el yelmo, se abandonaban al placer de mostrarse, conferenciando entre ellos delante de los jóvenes, *«entrediciéndose»* las acciones. Después de haber rivalizado en valentía, rivalizaban en cortesía y sabiduría a fuerza de palabras, en interminables discursos, durante toda la noche. Era un vaivén de unas a otras moradas. Se comentaba el combate. Se intentaba, yuxtaponiendo las relaciones parciales, reconstruir completamente el desarrollo de la acción, distribuir equitativamente los premios y las menciones. Se levantaba así, poco a poco, un palmarés y los jugadores, al final de cada encuentro, eran reclasificados en función de sus hazañas del día. A los heraldos, a los trovadores correspondía ahora publicar la clasificación: de ésta dependía el montante de los salarios que los participantes iban a exigir la próxima vez a los jefes de equipo.

Sin embargo, caída la noche, en las tinieblas que no eran siempre seguras (en Epernon le robaron al Mariscal su caballo de batalla a la puerta de la casa a la que había ido a saludar al conde Teobaldo), el debate central giraba en torno al botín. En la guerra era costumbre que los jefes de las bandas, al final de la escaramuza, *«repartieran la ganancia»*, que se encontraba entera entre sus manos: así, en Milly, el Mariscal llevó el caballo que había cogido al capitán de su escuadra; era entonces el rey Ricardo quien, por largueza, se lo dejó. ¿Qué ocurría en los torneos? Parece que se seguían las mismas reglas: cuando Mateo de Walincourt quiso obtener la restitución gratuita de la montura de la que se había apoderado el Mariscal en el curso del combate, no fue a reclamarla a su vencedor sino a su señor, Enrique el Joven. En cualquier caso, en la noche de después de cada competición se desarrollaban innumerables tratos. Se trataba de estimar, de contar,

de satisfacer. Los *«comprometidos»* buscaban amistades que les ayudaran a liberarse, a pagar el rescate que habían prometido; y si no lo lograban, lo cual solía ser frecuente, partían a la búsqueda, bien de fianzas, bien de rehenes, para llevarlas a las manos de su *«señor»*. Los menos vergonzosos solicitaban una remisión, que les devolvieran los equipamientos de los que habían sido despojados, que al menos se les dejara gratuitamente la mitad de ellos. Los vencedores, y entre ellos, a buen seguro, a cada fin de partida, el Mariscal, se divertían por su parte, utilizando este dinero que ahora corría entre sus manos y con el que no sabían qué hacer, como buenos caballeros que pretendían ser. Era una sorpresa, en efecto, poseer tanto, para ellos que, de ordinario, corrían tras los dineros. Se veía así al escaso de recursos ofrecerse la alegría de pagar esta vez al contado lo que compraba, alargar de un solo gesto cinco mil piezas de plata o bien, desenvuelto, jugarse a los dados su presa. Y si ganaba —evidentemente el Mariscal ganaba siempre—, abandonarse al placer inmenso de hacer dones a todo el mundo, a los cruzados, a los desafortunados, a los que aquel día se habían dejado prender; vaciar su bolsa, y perdonar cantando a sus propios prisioneros todo lo que podían deberle. Era quizá esto solamente, esta extravagante y necesaria liberalidad, la que distinguía el torneo de la guerra, en la que los cautivos, incluso de sangre noble, eran mucho más severamente tratados, como aquéllos a los que el jefe de los plebeyos, Marcadé, arrastraba tras de sí encadenados, con el dogal al cuello, como perros atados. El torneo era una fiesta. Se acababa, como todas las fiestas, en una despreocupada dilapidación de riquezas, y los caballeros, tanto los vencedores como los vencidos, se iban a dormir todos ellos más pobres de lo que eran al despertarse. Sólo habían ganado los traficantes, los parásitos.



En consecuencia, el Mariscal parece que vencedor en todos los torneos —al menos cuando, después de un año y medio de ejercicios titubeantes, consiguió llevar al primer puesto al equipo de Inglaterra—, no se enriqueció apenas durante este período de su vida. Se lo confesaba él mismo al plebeyo Sancho, sinceramente, y no sólo para lograr su favor: *«Yo, pobre caballero, que no tengo ni un surco de tierra»*. Sin embargo, en siete años había capturado cientos de jinetes. Quinientos al menos, dice en su lecho de muerte. Sólo en el torneo de Eu cogió diez en un solo día, y doce caballos, con las sillas y los *«aparejos»*, uno de ellos por dos veces. Para sacar más del oficio y porque era mejor servirse de dos manos que de una, había aceptado el ofrecimiento de un caballero de la misma mesnada, Roger de Gaugi, un flamenco, *«amante de las armas, valiente y audaz»*. Roger le proponía formar entre los dos una sociedad, como lo hacían los hombres de negocios, partiendo las ganancias y las pérdidas. Los dos constituyeron así, en el interior de la «casa» de Enrique el Joven, ese cuerpo tan unido, un grupo de trabajo más estrechamente solidario aún. Esta compañía duró dos años, y ganaron juntos mucho más que otros que se agrupaban seis u ocho. El autor de la *Historia* cita sus pruebas, las cuentas que habían llevado los criados encargados de las escrituras, y sobre todo Wigain, clérigo de la cocina del joven rey —y esto confirma de paso que todas las presas iban a los jefes de banda—. Entre el Pentecostés y la Cuaresma siguientes, Roger y Guillermo se habían apropiado de ciento tres caballeros; en cuanto a los caballos de batalla y las piezas del arnés, los contables no se habían preocupado de enumerarlas. De todos modos, magnífico, echando sobre las mesas los sacos de dineros acabados de adquirir para divertirse juntos, buen jugador, renunciando sonriente a oprimir a sus prisioneros, trabajando por el solo placer de vencer, Guillermo el Mariscal no guardaba nada para sí, salvo la gloria.

Desde 1178 dominaba, y cada vez desde más arriba, al heredero de Enrique II. Se había colocado hasta el grado superior de la buena sociedad. Los altos hombres lo trataban como un par y un compañero. Se le escuchaba ahora en las conversaciones de la noche. Desde 1179, el conde de Huntingdon y de Cambridge le cedían el paso; tenía precedencia sobre otros jefes de mesnada. Se hacía notar, se pavoneaba, salpicaba con su vanidad; posiblemente entonces se dejó oír, hizo imprudencias, jugando, sin suficiente habilidad, como un hombre nuevo aún no bien pulido, el difícil juego del amor cortés con la reina. El hecho es que se hizo insoportable en la mansión. Sus compañeros le tendieron la emboscada que sabemos, desgarraron, por calumnia o maledicencia, el lazo amoroso que ligaba a Guillermo con su señor común, lo perdieron. No conservó más que un amigo, Balduino, hijo menor del procurador de Béthune. Al comienzo de 1183, apenas cumplidos cuarenta años, alejado de las cortes, de la mesa real, fue por ello llevado a comportarse como un joven, como un caballero andante. Porque no tenía ningún ahorro. Todo lo que poseía lo llevaba a la espalda. No era poco, en realidad, pues estaba muy atado al brillo de su equipaje, preocupado por mostrarse elegante y eclipsar a todos los competidores exhibiendo las armas más brillantes y de último grito. Para cuidar de todo este equipamiento y para mostrarse, como los barones, con una buena escolta, se procuró un escudero; en la feria de Lagny pagó treinta libras por un segundo caballo de batalla que —según recordaba, añadiendo a la gloria de poder gastar tanto la de ser más entendido en asunto de caballos que el vendedor— valía por lo menos cincuenta.

Este hermoso aparato convenía a su reputación. Estaba ésta tan asegurada que hubiese podido rápidamente alquilarse, y muy caro, unirse a otro equipo. Efectivamente, se disputaban por él. El conde de Flandes, el duque de Bourgogne, le habían hecho buscar por montes y valles y le proponían ahora puentes de oro:

rehusó, salvo para participaciones temporales; sin duda, fue a una de ellas a la que debió la adquisición del pequeño feudo flamenco del que se sabe fue poseedor. También hubiera podido, si se cree lo que la memoria ha guardado, establecerse, salir en este momento de la «juventud», de ser bachiller, tomar mujer, fundar su propia casa: el procurador de Béthune le habría ofrecido a su propia hija, adornada con una renta de mil libras. El Mariscal simuló no encontrarse todavía con «coraje» —con intención— de casarse. Lo agradeció. Bastaba a su orgullo el haber visto al conde de Saint-Pol aproximarse a él al galope, cuando estaba avanzando, en enero de 1183, sobre el campo de Gournai, y abrazarlo, besarlo, pedirle que estuviera ese día entre los que llevaba al combate, mientras él, el Mariscal, por supuesto, declinaba tal honor, fingiendo encontrarse más abajo y respetar la jerarquía de los títulos y los rangos, pero aceptando la compañía a partes iguales: el conde ya no tenía ningún buen caballo, él le prestó uno de sus dos caballos de batalla. Saboreando el gozo de establecerse, ante los ojos de todos, en fraternidad con este alto barón que conducía a treinta caballeros bajo su estandarte, evidentemente en posición de hermano mayor, puesto que lo aventajó con mucho en proeza a lo largo de todo este torneo tan logrado.

Al final de éste puede considerarse que está en el apogeo de su celebridad deportiva. Pone entonces su coquetería en desaparecer lo más rápidamente posible, en alejarse de aquellos que querían con todas sus fuerzas atraérselo, pretextando una peregrinación a Colonia, a las reliquias de los Reyes Magos. Gesto de piedad simbólica, ya que los tres reyes habían sido —si no en el ánimo del Mariscal, sí al menos en el de su biógrafo— víctimas de la desconfianza injustificada de Herodes, al igual que él mismo lo es de la de su joven señor. Y Guillermo va pregonando su esperanza de obtener por este santo viaje un milagro: verse limpio de la sospecha de adulterio que pesa sobre él. De este modo, lanza una llamada. Al Cielo. Pero más directamente al antiguo señor

cuyo amor no se consuela de haber perdido. Comportándose así, el Mariscal es lúcido. Sabe bien que jamás sacará mejor ni más sólido beneficio de su valor que volviendo a ganar el afecto del segundo rey de Inglaterra. Con este fin se las arregla para que se sepa bien, en el entorno de Enrique el Joven, no únicamente sus últimas hazañas y que no tiene ninguna necesidad, para vencer, de reclutar compañeros por la mediación de Enrique el Norrois, el heraldo, sino sobre todo las maravillosas proposiciones que ha rechazado. Espera que se le vuelva a llamar, fiándose de la gente de Balduino de Béthune. No espera mucho tiempo. De hecho, pasada la Cuaresma, Enrique el Joven rompe con su padre, lleva de nuevo la guerra contra él y trata de buscarse apoyos.

El joven rey tiene una noche, en una habitación, una restringida reunión con tres caballeros solamente: su hermano Godofredo, conde de Bretaña, el señor de Lusignan y Roger de Gaugi, antaño asociado al Mariscal y que evidentemente sostiene a éste. Pero también Godofredo asume su defensa, trabaja para que vuelva a gozar del favor real: Enrique, dice, no puede encontrar mejor consejero en los combates; en cuanto al señor de Lusignan, objeto no obstante del odio de Guillermo, que lo tiene por el instigador del asesinato de Patricio de Salisbury, ofrece combatir en el palenque para probar mediante el duelo, en defensa de la reina y del Mariscal, que las acusaciones contra ellos no tienen fundamento. Enrique el Joven queda convencido. Echa al principal de los envidiosos, al traidor que había cogido el lugar de su víctima a la cabeza de la mesnada. Se ponen a buscar a Guillermo. El chambelán de la casa se echa al camino, recorre el terreno en vano, se vuelve con las manos vacías, extenuado. Por azar, cae sobre el Mariscal que vuelve, fresco y dispuesto, de Colonia y que descubre, asombrado, bendiciendo al Cielo, que su deseo le ha sido concedido. Tal es la virtud de las peregrinaciones. Devoto, Guillermo es también muy precavido. Quiere la seguridad de que no se volverá a hablar de adulterio. Que no se vaya, en cuan-

to vuelva, a tomarle por la palabra, a invitarlo, como lo propusiera en tiempos, a librar un duelo judicial, con el dedo cortado o contra tres campeones sucesivos. Además, aceptar es meterse en la querella que opone el hijo al padre. Guillermo no quiere incurrir en la cólera de este último. No quiere romper los puentes, ni quiere tomar partido y unirse al campo del joven Enrique, más que con el consentimiento previo de Enrique el Viejo.

Aparece aquí con una luz más viva que nunca lo que en este tiempo era la guerra: nada más que uno de los tiempos fuertes dentro de las interminables discordias. Tampoco era nunca demasiado larga. Interrumpida sin cesar por besos, simulacros de conciliación, treguas, se llevaba siempre en la superficie; incapaz, apenas algo menos que los torneos, de atentar contra la sólida trama de relaciones que formaba la armazón de la sociedad caballeresca. Se enfrentaban, a veces, quizá más brutalmente que sobre los terrenos de juego cuando los odios se agriaban, pero sin que este deporte violento deteriorase en profundidad, entre los adversarios, la amistad de la sangre, del vasallaje, de las armas, del compañerismo. Eran necesarios accidentes, un golpe mal medido, que matara por equivocación, para que los lazos profundos se desanudaran, para que el rencor se levantara y alimentase el espíritu de venganza. No obstante todos debían, también aquí, respetar las reglas, hablar, entenderse, antes de pasar de un frente de combate al otro. En nombre del chambelán el joven rey acordó, por tanto, una tregua. El Mariscal fue a la corte de Francia, en la que contaba con muchos amigos, hizo saber que estaba disculpado, y que no se volvería a husmear en las relaciones de la hermana de Felipe Augusto, pidió y obtuvo cartas del rey, de su tío el arzobispo de Reims, de su primo Roberto de Dreux, del conde Teobaldo de Blois, la providencia de los que participaban en los torneos. Estas cartas patentes fueron enviadas al viejo rey de Inglaterra, solicitándole que autorizara al calumniado para reemprender sus funciones: Enrique II no pudo hacer otra cosa

que enviar sus propias cartas, patentes también, al Mariscal. Si le hubiera rechazado, habría dejado creer que seguía prestando oído a los chismosos. Le permitía unirse a su señor y le daba al mismo tiempo permiso para guerrear, con todo su poder, contra él, pero le aseguraba que el amor que le profesaba no se entibiaría en absoluto por ello.

Apenas acababa de volver al redil Guillermo el Mariscal, escoltado por su amigo Balduino y por Hue de Hamelincourt, cuando el joven rey murió de una rápida enfermedad el 11 de junio de 1183. Era un duro golpe. Las mesnadas se descomponían en cuanto desaparecía su jefe. Por un brusco giro de la rueda de la fortuna, aquellos que se encontraban en el pináculo se veían descendidos hasta tener que pedir su pan de puerta en puerta. Todas las esperanzas de Guillermo se hundían. Su señor, contra toda esperanza, moría antes que su padre, y durante la misma guerra que sostenía contra ese padre, una guerra que Guillermo sostenía también. Autorizada. Pero ¿era cierto el amor que prometían las cartas? ¿Qué cara le pondría Enrique el Viejo? Perdonaría, por supuesto, a su hijo difunto. Pero ¿y a sus servidores? Más preocupado que ningún otro, Guillermo se puso a la cabeza de los caballeros de la casa: su deber era llevar el cuerpo embalsamado de su señor desde Quercy, en donde había muerto, hasta su padre primero y después hasta Nuestra Señora de Rouen, en donde Enrique el Joven había elegido esperar la resurrección cerca de sus antepasados, los duques normandos. Otra preocupación, menor pero muy pesada: la caja, como de costumbre, estaba vacía y los acreedores interceptaban el camino; fue entonces cuando el Mariscal debió darse como garantía por cien marcos de plata al plebeyo Sancho. Enrique II no pestañeó cuando Guillermo le contó el mal desconocido, los sufrimientos, el último suspiro, la contrición del muerto. Satisfizo sin discutir todas las deudas del gran derrochador que era su hijo. En su pena, no rezongaba ya. Hizo dar los cien marcos. Liberó a Guillermo. No

fue más allá. Con Balduino y Hue, el Mariscal debió volver a los torneos.

Por suerte era cruzado. Enrique el Joven, como tantos caballeros en este tiempo, había hecho la promesa de ir en cuanto pudiera en peregrinación a Jerusalén. En su lecho de muerte, en la gran escena de la agonía, mientras dictaba su testamento, había legado su cruz a Guillermo, el jefe de su mansión, su sustituto natural, encargándole que la *«llevase al Santo Sepulcro y satisficiera su deuda con Dios»*. Este don fue recibido como un gran honor. La misión no era molesta. Aparte de los beneficios que valdría al alma y los placeres esperados de una excursión lejana, ofrecía la ocasión, en estos momentos difíciles, de abandonar el terreno, de dejar pasar el tiempo, de ver venir. Y en las más favorables condiciones. De acuerdo con las conveniencias, los cruzados que se preparaban para el santo viaje eran colmados de dones de plata, de caballos, de equipamientos de todas las clases. Se presentaban como los mandatarios de todos aquellos que, por el momento, dudaban en tomar un camino tan largo. En el tiempo que ganaba en abundancia, el Mariscal había hecho muchos dones a los cruzados. A su vez, él recibía. Hizo previamente una pequeña excursión a Inglaterra: la costumbre en tal circunstancia imponía decir adiós a sus «amigos carnales»; visitó a sus hermanas, a esas mujeres a las que no había vuelto a ver desde hacía muchos años, a quienes le unían los recuerdos de la infancia y que, para él, menor sin heredero, representaban todo su linaje. Al abandonarlas, les legó lo poco que tenía. En efecto, el que se iba a Tierra Santa se despojaba de todo, como debía hacerse ante la proximidad de la muerte. La esperanza de los cruzados, ¿no era ganar allá la más bella muerte, la más segura, garantía de todas las indulgencias?; ¿no soñaban con ser, al final de la peregrinación, enterrados cerca de los santos en el valle de Josafat y ocupar así las primeras filas en la cohorte de los futuros resucitados? Quizá Guillermo esperaba también esta recompensa. Pero tenía ahora buenas razo-

nes para esperar, si sobrevivía, si volvía, tener nuevamente un lugar en el seno de la mansión real, la del viejo rey. Cuando había ido ante Enrique Plantagenêt, para pedirle la autorización para marchar, éste le había pedido que no se retrasara: tenía necesidad de él. Mientras le daba cien libras de dineros de Anjou como viático, le tomaba dos de los caballos que el Mariscal tenía de otros donantes. Sería, dijo, la garantía de su pronta vuelta.



El biógrafo no ha retenido nada de los recuerdos de esta cruzada. Sorprende esta omisión. Juan de Early, es cierto, el principal informador, todavía no estaba al servicio del Mariscal. Pero este último ¿no contaba sus hazañas de Ultramar lo mismo que contaba sus torneos? ¿Se quedaba mudo sobre la soberbia aventura? ¿Por qué no? Quizá respetaba ese precepto del Temple, del que se convirtiera en miembro, el cual prohibía toda vana jactancia. A menos que no sea necesario preguntarse, como el editor, si la copia del manuscrito original está completa. Ella nos informa solamente de que Guillermo pasó dos años en Siria, que allí hizo tantas proezas y liberalidades como otros en siete años, que sirvió al rey Guy de Jerusalén, ganó el amor de los templarios, de los hospitalarios, de todos. Se le ve reaparecer en 1187, algunos meses antes de que llegue a Occidente la noticia de la derrota de Hattin, y de que se había perdido la Vera Cruz, de nuevo en manos infieles, como muy pronto ocurriría con Jerusalén.

A la vuelta el Mariscal se había precipitado hacia Enrique II que lo «retuvo», como había dicho, entre los caballeros de su casa. El viejo monarca declinaba, comenzaba a pudrirse de pie. Confiaba en los ingleses para que hicieran frente a la insubordinación que invadía sus territorios continentales. Guillermo se estableció entre los «familiares» del rey. Esta posición no dejaba de ser peligrosa: el señor, eso saltaba a la vista, no tenía ya para mucho tiempo. Su hijo Ricardo, impaciente por recoger la suce-

sión, iracundo, se encarnizaba contra él. Todo hacía temer que trataría duramente a los amigos de su padre. En realidad, el Mariscal no tenía elección posible. Él mismo comenzaba a hacerse viejo. Sólo unos diez años más joven que Enrique II, se acercaba a la edad en la que los caballeros, baldados, se disponen a morir. No era cuestión en absoluto de volver a los torneos, de gustar de nuevo sus placeres, de aprovecharse de sus fáciles ganancias: en la emoción que siguió a la caída de los Estados latinos de Tierra Santa, la caballería prestaba oídos menos indóciles a las órdenes terminantes de la Iglesia; los juegos militares habían sido suspendidos como medida de penitencia, mientras se preparaba una nueva expedición militar. Las guerras, es cierto, continuaban. Guillermo las llevó como mejor pudo, como sabía hacerlo, al servicio de su nuevo señor. Por él puso su cuerpo en peligro, enfrentándose a la gente del rey de Francia en Montmirail, entre Chateaudun y Le Mans, y en otras escaramuzas, defendiendo al rey moribundo contra las ininterrumpidas agresiones de sus hijos que Felipe Augusto, abiertamente o no, excitaba y sostenía.

No obstante, el Mariscal sentía el envejecimiento en sus miembros y que muy pronto ya no sería de gran utilidad en las armas, que iban a dejar de contratarlo, que le sería preciso reunirse, en el hastío de alguna encomienda del Temple, al grupo quejumbroso de los guerreros en desuso. Le parecía urgente lograr, mientras todavía fuera tiempo, mientras sobreviviera Enrique II, una recompensa sólida que le asegurara una posición y recursos estables para el momento, ya próximo, en que su oficio se convertiría en demasiado penoso y en que ya no rindiera tanto. Seguía siendo pobre. A su vuelta de la cruzada, su señor le había concedido un feudo en Inglaterra, la tierra de Cartmel, en Lancashire, pero muy modesto: treinta y dos libras de renta anual, el precio de un caballo que antaño había comprado en la feria de Lagny. Pero su pobreza venía, como él mismo se lo había dicho claramente a Sancho, del hecho de que seguía siendo «ba-

chiller». Lo que deseaba en consecuencia, con casi cincuenta años, era dejar de serlo, recibir por fin una esposa que fuese rica heredera, establecerse simultáneamente en su lecho, en su casa, en su señorío. Si cuatro años antes había rechazado a la hija que le proponía Roberto de Béthune, era quizá porque no aportaba al «matrimonio» más que rentas, y no la mansión y los poderes señoriales de los cuales él soñaba con convertirse en dueño. Es más probable, ya lo he dicho, que se reservara. Quería que lo casara el rey de Inglaterra, uno de los dos: el joven al que servía o, en su defecto, el padre. Porque era notorio que el rey de Inglaterra podía buscar en un abundante vivero de mujeres sin esposo, y del que muchas valían muy caro. La costumbre alimentaba continuamente esta reserva. Autorizaba al soberano a dar en matrimonio a las viudas y las huérfanas de sus vasallos muertos, a distribuirlas juiciosamente entre los bachilleres que se vinculaban a él, como premio por sus buenos servicios. Es por ahí por donde gobernaba, por donde mantenía la brida, más estrechamente que por cualquier otro artificio, sobre los hombres de su reino, sobre los altos y los menores. Efectivamente, nadie podía desear un mejor regalo: éste hacía cambiar de un solo golpe el «estado», pasar de la total dependencia de los cadetes a la seguridad de los *seniores*.

El rey consintió, le dio la hija de su senescal, muerto desde hacía tres años sin heredero varón, la *«damita de Lancastre»*, bien educada, y para gozar tras las bodas, su «tenencia», el feudo que su padre había recibido de la corona. Esta mujer no era todavía nubil. Esperando a que lo fuera, fue confiada a su futuro esposo, que *«la tuvo en gran honor y la guardó de deshonor»* (lo cual quiere decir que se contuvo; no como muchos hacían en su caso, tomarla inmediatamente y gozarse con la chiquilla) *«largo tiempo, como su querida amiga»*. «Amiga» pero no esposa. Pues dos años más tarde, en mayo 1189, considerándose cada vez más indispensable en los duros combates que habían vuelto a darse en el

Maine, pidió algo mejor y lo recibió. Para satisfacerlo, Enrique II, cuyo mal se agravaba, y los bubones que le devoraban la ingle se convertían en pústulas, volvió a coger sus cartas, las barajó, las redistribuyó. Gilberto Hijo de Rainfroi, su nuevo senescal, obtuvo a la *«doncella de Lancastre»*, deshaciéndose, para tomarla, de la heredera que tenía en la mano, la cual pasó a Renauld Hijo de Herbert; Balduino de Béthune tomaba, a su vez, a la heredera de Châteauroux, mientras que su viejo amigo Guillermo se veía conceder el pedazo que codiciaba: la «doncella de Stringuil». Le tocaba verdaderamente el mejor lote. Helvis de Lancastre no era más que un feudo de caballero; mientras Isabel de Striguil representaba sesenta y cinco feudos y medio: se mide aquí el ascendiente que el Mariscal había tomado en dos años sobre el rey, que se arruinaba, y tan rápidamente, en verdad, que había que apresurarse para atrapar lo que caía de sus manos. Desgraciadamente, Guillermo no podía casarse inmediatamente. La suculenta heredera se encontraba entonces en un lugar seguro, en Londres, en la Torre, desde hacía trece años, cuando su padre había muerto. Se la tenía allí al abrigo de sorpresas. Era un tesoro tan precioso que el rey no se decidía a separarse de él. Hubert Gauthier, entonces clérigo del gran justicia de Inglaterra, recibió la orden de que la muchacha y la tierra se entregasen rápidamente. Enrique II murió más rápido todavía, el 6 de julio de 1189.

Segundo golpe, mucho más duro que el primero, ya que Guillermo se había ganado el odio de Ricardo Corazón de León, el nuevo rey, un mes antes. El viejo soberano, perseguido por su hijo y los caballeros de Francia, se retiraba de la ciudad de Mans en llamas. Embriagado por su victoria, Ricardo, entonces conde de Poitiers, salta sobre su caballo, sin perder el tiempo en ponerse una armadura. No tiene yelmo, sólo un simple casco de hierro; no tiene escudo, sólo un jubón de cuero. El Mariscal tiene el encargo de cubrir la retirada, como antaño su padre había cubierto la de Matilde, y como él mismo, en Lagny, había protegi-

do a Enrique el Joven contra el asalto de aquellos que se disponían a capturarlo. Se pone delante del agresor, con su espada y su chuzo. Ambos dialogan:

«Por el amor de Dios, Mariscal
no me matéis, estaría mal.
Estoy completamente desarmado».
Y el Mariscal contestó:
«No. Que os mate el diablo
porque yo no os mataré».

Podría hacerlo, es cierto: Ricardo no está completamente cubierto por el metal. Se lo ahorra, pero golpea al caballo con su lanza, lo mata. El conde cae. *«Fue un buen golpe»*, que salvó de la captura, o de algo peor, a los que huían en desconcierto.

Matar al caballo del heredero del trono, cuando él estaba montado encima, y hacer moder a éste el polvo en un torneo, y con más razón en los enfrentamientos más ásperos de la guerra, no era algo sin consecuencias, como tampoco lo era el haberlo enviado a hacerse matar por el diablo. Porque en la época se tomaban estas fórmulas al pie de la letra, y estas palabras tenían una terrible fuerza. Por ello, mientras conducía en cortejo los restos mortales del viejo Enrique hacia Fontervaud, toda la casa del difunto se preguntaba. Dentro de poco se iba a ver aparecer al nuevo rey que venía a los funerales: *«El conde va a venir; hemos estado, con su padre, contra él; nos verá con disgusto»*. A esto respondían los más sagaces: *«El mundo no es enteramente suyo. Podremos salir de su dominio y, si nos conviene cambiar de señor Dios sabrá escoltarnos. No tememos nada por nosotros, pero tememos por el Mariscal. Que lo sepa, sin embargo: mientras tengamos caballos, armas, dineros, atavíos, él tendrá cuanto quiera»*. Y el Mariscal dice: *«Es verdad que he matado al caballo, y no me arrepiento de ello. Yo os agradezco vuestros ofrecimientos, pero me sería costoso coger de lo vuestro. ¿Sabría devolvéroslo? No obstante, Dios me ha hecho tanto bien desde que soy caballero: me confío a su vo-*

luntad». Confianza y fe. En el fondo de él mismo, en realidad, el Mariscal se consumía de inquietud. Se sabía que Ricardo era impulsivo y rencoroso. Sin duda, una condena de muerte de su parte parecía poco probable en los tiempos de un acontecimiento dichoso. Pero si Guillermo conseguía salvar la piel, ¿qué probabilidades tenía de recoger el fruto de su largo servicio, el hermoso don del rey difunto? ¿Ese eldorado de sueño? ¿Cómo lograría coger a la *«doncella de Striguil»*?

Entrada de Ricardo, impasible. Cuando aparece nadie puede deducir furia, alegría o displacer. Se para delante del cuerpo, se aproxima a la cabeza, se queda pensativo mucho tiempo. Llama entonces, de todos los que habían sostenido el partido de su padre, sólo al Mariscal y al señor Mauricio de Craon, y después a otros, sus propios amigos: *«Salgamos»*. Fuera, alrededor del príncipe se forma una pequeña asamblea, su primer consejo real. Habla, y sus primeras palabras son para decir: *«Mariscal, el otro día me habéis querido matar y estaría muerto sin duda si yo no hubiese desviado vuestra lanza con mi brazo. Fue para vos una mala jornada. —Señor, yo no he tenido jamás la intención de mataros, ni trataba de hacerlo. Todavía soy bastante fuerte para conducir una lanza. Si hubiese querido, habría golpeado a derecho en vuestro cuerpo, como lo hice en el del caballo. Si lo maté, no lo considero mal, no me arrepiento de ello. —Mariscal, os perdono. Jamás estaré irritado con vos por esta causa»*. Primer alivio, capital: Guillermo no será castigado en su cuerpo. Queda la *«damita de Estregoil»*. Se le pregunta inmediatamente, pero es otro el que lo plantea, un amigo de Ricardo, el canciller. *«Señor, no lo toméis a mal, pero quiero recordaros que el rey la donó al Mariscal. —Por Dios, que no lo hizo. Solamente lo prometió. Pero yo se la doy, graciosamente, la medicina. Con las tierras»*. Es decir, con lo esencial. Todos se lo agradecieron. El Mariscal no se atrevía a creerlo. Había escapado de una buena.

Se le vio entonces correr a toda velocidad a tomar posesión, a esposarse. Se le había encargado, junto con Gulberto Pipart, ir a

Inglaterra y guardar la tierra de Ricardo y sus derechos. En dos días atravesaron Anjou, el Maine, Normandía, saltaron en un barco en Dieppe; el puente se hundió bajo su peso; Pipart, con el brazo roto, se quedó en la orilla; Guillermo también estaba herido en la pierna pero se agarró a la borda y se lanzó, a través de Inglaterra, saludó, al pasar, en Winchester, a la vieja Leonor, a quien la viudedad había liberado y que resplandecía. Ya está en Londres. El gran justicia, guardián de la doncella, se hace el sordo, al principio, mercadea, y por fin la deja, de mala gana. Guillermo pretende llevársela inmediatamente. Se abrasa por consumar el matrimonio, pero quiere que las bodas tengan lugar en la casa de la doncella, en sus tierras. Pues eso cuenta. Al apropiarse de una heredera, el joven casado se establece, se convierte en señor y dueño, pero de un patrimonio extraño, el de los abuelos de su esposa; sabe que los tíos y los primos se oponen, y toda la mesnada del antiguo señor, envidiosos de ver a un hombre de otra sangre, porque posee a esta mujer, dominar en la casa. Es por tanto prudente que la fiesta, el ceremonial público del casamiento se celebre en esa misma casa. Como una afirmación de buen derecho. Y además, Guillermo, «pobre bachiller», ¿dónde encontraría, si no es en los dominios de la esposa, con qué hacer frente a la magnificencia, a los amplios despliegues de liberalidad necesarios en toda solemnidad nupcial? Sin embargo, el huésped que lo ha hospedado en Londres le presiona para que se quede, lo tranquiliza: él pagará todo. Guillermo cede, consiente en copular allí. Todavía hace falta una cama. El señor Enguerrand de Abernon se la presta, a alguna distancia, en Stokes. Isabel está en sus brazos. Tiene casi cincuenta años. Por fin ha salido de la juventud. Esta noche, esforzándose en desflorar a la doncella de Striguil, en embarazarla, ha franqueado el paso, se ha colocado en el buen lado, en el de los «señores». Su fortuna —no le hace falta más—, su muy grande fortuna está hecha.

5

Ricardo de Clare, el hijo de Gilberto, padre de Isabel, había tomado mujer legítima en 1171; murió en 1176. En este tiempo en que la costumbre obligaba a esperar a los doce años para llevar a las doncellas al lecho del esposo, Isabel contaba con la edad requerida. Pero tenía, como mucho, diecisiete años, casi treinta menos que su marido. Éste estaba en su declive. Por tanto, eran muchas las probabilidades de que esta mujer quedara pronto viuda y fuera codiciada, de que volviera, en ese estado, a caer bajo el poder del casamentero titulado, el rey, de que sirviera por segunda vez de suntuoso salario por servicios muy valiosos. ¿Quién podía prever, el día de su boda, la asombrosa longevidad de Guillermo y que iba a vivir todavía durante treinta años bajo su sombra? ¿Que él utilizaría tanto tiempo su cuerpo, trabajándola tan audazmente que ella le daría al menos diez hijos? ¿Qué explotaría durante tantos años los derechos de los que se había convertido, por su matrimonio, en gestor? Estos derechos eran inmensos. Sólo una heredera en toda Inglaterra era entonces más rica que ella.

Los Clare poseían desde 1096 el castillo de Striguil, al borde del Severn, frente a Bristol; también tenían cerca la fortaleza de Goodrich; el jefe de la casa era conde de Pembroke. Pertenecía al reducido grupo de esos barones que cubrían las fronteras del País

de Gales, encargados de contener los ataques que sin cesar venían de este lado y dotados, para mejor asumir la difícil tarea, de poderes excepcionalmente amplios. El rey de Inglaterra, que en todos los restantes lugares se reservaba sus regalías, aquí las había cedido a estos fronterizos. El conde de Pembroke, lo mismo que los otros «palatinos», detentaba en estas marcas un poder comparable al de los grandes feudatarios del rey de Francia. Además, por parte de su padre, Isabel pretendía la herencia de un gran linaje normando que se había extinguido en 1164: su tatarabuelo se había casado, a fines del siglo XI, con una Giffard; no pudo obtenerlo todo y tuvo que compartirlo con un primo, el conde de Hertford, pero el castillo de Orbec, cerca de Lisieux, le correspondió, y la mitad de Longueville: dos dominios y el servicio de cuarenta y tres caballeros. Un buen señorío: se comprueba por la tasa de sucesión, dos mil marcos de plata, que el rey exigió a Guillermo antes de autorizarlo a «rescatar», como se decía, este feudo y tenerlo en nombre de su mujer. Isabel, finalmente, por parte de su madre, poseía el cuarto de Irlanda o casi. En 1170, Enrique Plantagenêt se había propuesto, precisamente después de Pembroke, conquistar la isla. Había enviado a decir a Roma que ese país sucumbía en un desorden insoportable, que la Iglesia sufría mucho por ello. Por el anillo de oro con que lo había investido, el papa había encargado al rey llevar allí una guerra casi santa. Difícil, pero se podía contar con las ásperas y perpetuas querellas que levantaban, los unos contra los otros, los clanes y sus jefecillos que se hacían llamar reyes. Uno de ellos, Dermont, rey de Leinster, para ganar a sus rivales, se alió con el invasor, dio su hija a uno de los jefes ingleses, Ricardo de Clare, apodado el «arco vigoroso». Éste pacificó brutalmente el reino, expulsó a los agitadores, se hizo muy pronto el dueño; pero Enrique II no se lo entregó por completo, sino que guardó para sí los puertos, Dublín, Waxford y Waterford. Pero Ricardo recibió en feudo todo el interior, alrededor del fuerte castillo de Kilkeny. La tie-

rra era reacia, los indígenas se resistían, eran casi tan peligrosos como los galos; era preciso, pues, para meterlos en cintura, una mano dura, y que el nuevo rey de Irlanda —en 1177, Enrique II había elevado a su hijo Juan Sin Tierra a esta dignidad— concediera al señor de Leinster prerrogativas tan fuertes como las que tenía en Inglaterra el conde de Pembroke. Era en el lado de Irlanda en el que se encontraba lo más brillante, sin duda, de lo que Guillermo se hacía cargo al casarse. Su mujer era nieta de reyes; ella se vanagloriaba de ello. *La Canción de Dermont*, que cuenta la conquista de Leinster y celebra a su padre y su abuelo fue —se puede pensar esto— encargada por ella, como lo fue más tarde por su hijo, y en el mismo espíritu de orgullo familiar, la historia de su esposo. Añadamos que Leinster rendía una enorme suma, diecisiete mil libras al año a mediados del siglo XIII, a la muerte del último hijo de Isabel: quinientas veces más que Cartmel; digamos, para fijar las ideas, que se trataba del valor de aproximadamente cuatrocientos caballos de batalla del precio más alto.

Pero, en realidad, aunque hubiese aceptado dar a Isabel con su «tenencia», Ricardo Corazón de León conservó en su mano buena parte de la herencia. Se ve cómo el poder del soberano de casar a las doncellas y las viudas de los grandes vasallos podía ser muy provechoso. Manteniendo interminablemente a estas mujeres bajo su custodia, el rey no hacía sino apropiarse durante este tiempo, dejando aparte lo que el guardián a quien las confiaba guardaba para sí, los beneficios de su patrimonio; cuando las cedía finalmente a uno u otro de sus amigos, titubeaba, mantenía en vilo al afortunado beneficiario, tardaba sobre todo en dejar los derechos señoriales mayores, los que limitaban su soberanía. Al recién casado el don le parecía de tal cuantía, a él que hasta entonces no era nadie, que consentía en tales reducciones sin vacilar demasiado; no diciendo de momento ni una palabra, esperando pacientemente, agradeciendo, confiando que con el tiem-

po —sostenido por compañeros que vendrían a dar testimonio de la costumbre, a jurar que desde antiguo sus predecesores habían hecho esto o aquello— alcanzaría por fin el pastel completo. Pequeña pelea sorda entre los nuevos ricos por matrimonio y la realeza que luchaba obstinadamente para recobrar algunos de sus derechos realengos, que antaño las necesidades de la defensa hicieran abandonar en manos de los barones de la frontera. Así es como Guillermo esperó más de diez años antes de recibir la espada condal por Pembroke; en Leinster, jamás llegó a apropiarse de la totalidad de los derechos.

No obstante, en 1189, después de las bodas, se mostraba jubiloso. Se le ve manifestar apresuradamente a la Providencia su agradecimiento por un favor tan maravilloso, por haberle hecho rico de un golpe: en la única tierra que le pertenecía, Cartmel, funda una comunidad de religiosos que, perpetuamente, día tras día, harán subir hacia el Cielo, en su nombre, los cantos de acción de gracias; instala en este Priorato a canónigos regulares y va a tomarlos —notemos bien esto— en Bradenstokes, en el santuario del linaje de los abuelos de su madre, en el que muy pronto su hermano mayor elegirá ser enterrado. En cuanto está en posesión de una esposa se preocupa —modestamente todavía, ya que su brusca fortuna lo intimida— de acondicionar el lugar de oración en el que arraigará su futuro linaje, sacrificando alegremente para ello el pequeño bien que ha ganado con sus solas fuerzas. No le importa. De ahora en adelante está mil veces mejor provisto con lo que tiene de su mujer.

Vela por esta mujer como por el más preciado tesoro. Se ve cómo ella le sigue por todas partes. Si el rey, su señor, le ordena atravesar el mar, acompañarlo a Normandía, la lleva consigo. Todo el poder que pretende detentar en esta provincia, en Longueville y en otros lugares, emana de la persona, de la «cabeza» de Isabel; es indispensable que se vea a su esposa allí, a su lado, que cada uno de sus ojos reconozca que es suya, que él comparte

su lecho, que no son sino una sola carne; que en consecuencia hay que rendir homenaje a este marido, formar su corte y cuidarse de atentar contra su honor. Parecida necesidad le obliga a embarcarla en la nave cuando va por primera vez a Irlanda en 1207. Y cuando casi inmediatamente es llamado por Juan Sin Tierra, que por entonces lo odia y cuyas trampas teme —los hombres de su consejo desconfían, persuadidos de que el rey le manda *«por engaño, más por su mal que por su bien»*, y lo dicen en voz muy alta delante de la asustada condesa—, la deja en Kilkeny, pero fuertemente custodiada. Ha venido con diez caballeros seguros, sólo se queda con uno para que lo escolte durante su viaje y encarga a Juan de Early, su primo Etienne de Evreux y a los otros siete que mantengan el orden en su ausencia, que embriden a los vasallos locales, a esos bandidos que la conquista colonial ha desparramado por el país y cuya turbulencia conoce. Los ha reunido a todos antes de marchar, en la sala del castillo, y les habla: «*Señores, ved a la condesa que traigo aquí ante vosotros de la mano* (muestra, sólidamente cogido en su puño, a ese cuerpo en el que corre la sangre portadora de la autoridad que pesa sobre el señorío). *Es vuestra señora natural* (por nacimiento: es la hija del conde precedente, la nieta del antiguo rey) *que os invistió con vuestros feudos cuando conquistó la tierra* (derecho de conquista, convertido en derecho señorial por la distribución y la concesión de dominios feudales). *Se queda entre vosotros, encinta* (en su vientre yace, tal vez, el futuro señor, más asegurado de lo que lo está Guillermo, puesto que él no dominará por el solo matrimonio, como príncipe consorte, sino por filiación y derecho de herencia); *hasta que Dios me devuelva, os ruego a todos guardarla buena y naturalmente, puesto que ella es vuestra señora…*». Efectivamente, él posee todo lo que tiene por ella, y se siente su ansiedad por tener que dejarla lejos de su vista por un momento. ¿Se le va a escapar, se encontrará de nuevo con las manos vacías? Que se la rodee estrechamente, que se ponga cuidado en que nadie la rapte. Que tam-

poco vaya ella, tan joven todavía, a desvergonzarse astutamente, a fornicar aquí y allí de manera tan abierta que él se vea obligado a separarse de ella. No se repudia a la opulencia.



¿Opulencia? Desconfiemos: ¿se trata efectivamente de eso? No razonemos como un banquero de los tiempos modernos. A finales del siglo XII el dinero cuenta, y mucho, como ya he dicho. Sin embargo, la riqueza, y el que los dominios rindan tantas libras, cuartos, dineros, tiene menos importancia, infinitamente menos, que el poder. Antes de tomar a Isabel en sus brazos, el Mariscal no carecía de poder. Tenía peso, y grande, en primer lugar por su reputación, por su fama de experto militar: era cierto que, en caso de infortunio, por todas partes, en Inglaterra y en el continente, se abrirían las puertas para acoger al famoso héroe de los hermosos torneos de antaño, y que siempre encontraría donde emplearse en el seno de grandes casas. Por otra parte, podía contar con el amor privado de algunos hombres, con amigos muy firmes, compañeros fieles de sus aventuras, y en primera fila Balduino de Béthune; mantenía además, desde hacía algún tiempo, a su propio *«cuerpo de tropa»*, un pequeño grupo de familiares, de jóvenes entregados en cuerpo y alma, el primero de ellos su escudero, Juan de Early. Cuando la llegada de Ricardo Corazón de León, se le adivina intocable: todos los fieles al rey difunto aseguraron que le sostendrían, que, si fuera preciso, se darían como rehenes por él; incluso en el otro campo, algunos, que le temen por los apoyos que tiene y por su don de gentes, hablan en su favor a su señor. Está también todo lo que él conoce de los desgarros internos de la casa real, el mal que sabe y que puede revelar en alta voz; entran en juego quizá también los antiguos recuerdos que se conservan en el linaje de los Plantagenêt, de que fue hace veinte años en Poitou el vengador de Leonor. El caso es que Ricardo se ve forzado a guardar su rencor, debe re-

primirse de matarlo, de lavar con su sangre la reciente afrenta, llegar incluso a mantener las promesas de su padre y, a pesar de todo, darle mujer, hacer de él, por el otorgamiento de este soberbio don, lo que Guillermo no había sido más que un momento, y bajo las órdenes de otro, cuando servía a Enrique, el joven rey: un jefe de mesnada, un jefe de casa, un «manager».

Con este gesto Ricardo lo enriquece, ciertamente, pero sobre todo, lo transforma; le hace cambiar de escalón en el seno de la jerarquía de las condiciones sociales; le levanta al rango de aquéllos cuyo poder es activo y estable. Pues, en este tiempo, el único poder verdadero pertenece a los hombres casados. El hombre tiene mil veces más valor que la mujer, pero apenas tiene alguno si no posee él mismo una mujer, legítima, en su lecho, en el corazón de su propia casa. La costumbre, que dura todavía, de negar el matrimonio a la mayoría de los muchachos nobles tiende antes que nada a evitar las particiones sucesorias, pero tiene la ventaja suplementaria de reservar a algunos de los guerreros los atributos de la autoridad verdadera, y de subordinar a éstos todos los restantes. Efectivamente, ¿qué poseían de más los «bachilleres» en relación a los bastardos? Derechos sobre la herencia ancestral. Pero estos derechos permanecían siendo virtuales y casi ninguno los ejercía en vida, reclamando tan sólo ser mantenidos en un estado digno de su rango por el hombre casado que dirigía el linaje, por su padre, su hermano mayor, o bien, cuando envejecían, por el mayor de sus sobrinos. Por su misma condición, un bachiller era siempre un «pobre», y recordemos que la pobreza significaba en este tiempo no despojamiento sino impotencia. Cuando era adolescente, el hijo del caballero veía su vida dividida en tres secuencias por dos ceremonias mayores, por dos jornadas, por dos grandes fiestas, ya que la comunidad celebraba uno y otro de estos pasos con juegos, risas y alegre destrucción de las riquezas. Si llegaba a los veinte años, si tenía la suerte de no ser abatido antes por uno de esos frecuentes accidentes del aprendi-

zaje militar, estaba seguro de vivir la primera de estas jornadas, aquella que para todos los muchachos bien nacidos a los que no se había decidido meter en la Iglesia, manifestaba el final de sus «infancias» y su admisión en el grupo de los guerreros: era el día en que se les armaba caballeros. Recibían la espada, esta insignia del poder de combatir, de usar legítimamente la fuerza que los elevaba por encima de los inmaduros y de todos los villanos. El segundo día no era más que un sueño, quimérico para la mayoría. Ese día, el de las bodas, el guerrero franqueaba el paso decisivo. Penetraba en el círculo mucho más estrecho de los que dominaban realmente. Es lo que le ocurrió al Mariscal en 1189. Arriesguemos una palabra: un cambio de clase. Lo estaba esperando desde hacía un cuarto de siglo.



Entre sus raros méritos, el texto de que me sirvo tiene el de mostrar con claridad el juego de los poderes en este plano superior de la sociedad que se llama feudal. Esta sociedad, como se sabe, era concebida por los hombres de reflexión, a fines del siglo XII, del mismo modo que concebían el conjunto del universo visible e invisible. Cimentada en lo que los clérigos llamaban la *caritas*, y el lenguaje cortesano la «amistad», sostenida por la «fe», otra de las palabras claves que evoca una combinación de confianza y de fidelidad. Sobre esta relación afectiva, generadora de derechos y deberes, descansaba la cohesión de un edificio jerarquizado, hecho de hojas que se superponían; todo estaba en orden, de acuerdo con las intenciones de Dios, cuando los hombres (nadie prestaba una particular atención a las mujeres, que constituían otro género, sometido por definición), establecidos en éste o el otro nivel, vivían juntos en concordia, servían fiel y lealmente, a aquellos que estaban inmediatamente por encima de ellos, y recibían un servicio conveniente de quienes estaban en un nivel inmediatamente inferior. El orden aparecía construido

así sobre nociones conjugadas de desigualdad, de servicio y de lealtad. Si establecía por encima de todos los otros laicos a esta parte de la sociedad formada por los gentilhombres, acondicionaba en el seno de esta clase dominante múltiples estratificaciones, determinadas simultáneamente por las relaciones de familiaridad que aseguraban la autoridad del jefe de familia sobre toda la gente de su casa, por las relaciones de parentesco que subordinaban los menores a los mayores, y la generación de los jóvenes a la de los ancianos, por relaciones de vasallaje que establecían al señor por encima de quien le había rendido homenaje, y finalmente por relaciones políticas, adheridas a la jerarquía de los homenajes, a esa pirámide cuya base estaba formada por los simples caballeros, en cuya cima se encontraba el rey y en su nivel medio los barones. Estos distintos sistemas de dependencia se interferían a menudo, sus disposiciones a veces eran contrarias, pero siempre la amistad que obligaba —más o menos rigurosamente, según fuera la proximidad de los hombres y la cualidad de la relación— al servicio mutuo, a ayudarse, a aconsejarse, se desplegaba sobre dos ejes perpendiculares: horizontalmente, mantenía la paz entre los pares; verticalmente, obligaba a la reverencia hacia quien estaba por encima, y a la benevolencia para el de debajo. La historia del Mariscal, en la última época de su vida, procura una de las mejores visiones que conozco de esta compleja división.

Su matrimonio, sacándolo de ese grado deprimido, subalterno, en que lo mantenía el celibato, modificó fundamentalmente su posición en el tablero de las amistades y los servicios. Él ya tenía su «gente», una servidumbre, pero pequeña, algunos criados, como alrededor de todos los hombres de guerra enriquecidos. Helo aquí ahora como patrón, y cuando, cinco años más tarde, Juan, su hermano mayor, muera sin hijos, esta función de patronazgo toma mayor amplitud, no sólo porque se convierte en heredero de las tierras del linaje —una decena de

mansiones sólo—, sino porque en adelante encabeza este linaje. Le corresponde alimentar a los jóvenes, educarlos, recompensarlos, colocarlos: lo mismo que él se había vinculado a Guillermo de Tancarville, después a Patricio de Salisbury, estos muchachos lo siguen como su sombra, como hace Juan, el hijo de su hermano Anseau, que le quiere tanto como él quiso a Guillermo y a Patricio. Con estos bachilleres es con los que es más atento, más generoso y, en contrapartida, es de ellos de donde vienen las más fervientes adhesiones sobre las que pueda descansar. Constituyen el núcleo de su casa. Ésta ha tomado bruscamente cuerpo y organización: cuando, el 12 de mayo de 1194, se embarca para Normandía, se ve cerca de él a los jefes de los servicios domésticos, un chambelán, un capellán al que asisten tres clérigos para las escrituras, y son necesarios dos navíos para contener a todos los caballeros de su séquito.

Efectivamente, numerosos vasallos se congregan ahora en torno a su persona. Después de 1189, la novedad para él fue, visitando sucesivamente los dominios de su mujer, sentado solo en la sala, ver a los guerreros aproximarse uno tras otro, arrodillarse delante de él con las manos juntas, y tomando estas manos en las suyas, rescatar a aquel que por estos gestos se ha convertido en su hombre, besarlo en la boca, oirlo jurar su fe. En adelante, espera los servicios de todos los que se han prestado a tales ritos, que sean fieles, que formen su corte, que lo ayuden a hacer justicia, acepten sus arbitrajes, acudan cuando él levante el estandarte del señorío, en Longueville o en Striguil, o en Kilkeny incluso. Estas amistades son generalmente de peor temple. Al menos, anudadas en torno a cada una de las fortalezas de las que es señor en nombre de su esposa, hacen de él el igual de los «altos hombres» que antaño, cuando volvía rendido, lisiado, glorioso, soberbio, del campo de los grandes torneos, le prometían el oro y el moro para atraérselo. Y él, que no se atrevía a aceptar que el conde de

Ponthieu le tratase como a un igual, se sabe hoy instalado legítimamente en ese mismo nivel de poder.

Desde que ha hecho su mujer de la doncella Isabel, ha subido de golpe en la escala de las dignidades: de simple caballero que era, se ha elevado al grado superior, ha entrado en la baronía real. La de Inglaterra es abierta y relativamente fluida: la renueva más aprisa que en el continente precisamente este empleo que el rey hace de las herederas. Para Guillermo se trata menos, por tanto, de hacerse admitir entre los barones como su par, ya que muchos son advenedizos como él, que de extender la amistad entre ellos, de ganar apoyos, y sobre todo de tener garantías. Porque, en este medio restringido, las envidias, las rivalidades por los beneficios del poder son ardientes, tan brutales y peligrosas como las que se desarrollan, en el plano inferior, entre el grupo de «jóvenes» que se disputan la generosidad de un patrón. Con tal fin utiliza a los hijos que su mujer trae al mundo regularmente. Casándolos. Su política es la de todos los jefes de linaje. Estos tratan de lograr que los varones de la casa permanezcan como simples caballeros, y no buscan generalmente esposa más que para uno solo, el mayor de sus hijos, el que les sucederá. Es de lo que el Mariscal se ocupa para su primogénito, y desde muy pronto. En 1203 —Guillermo el Joven todavía no tiene doce años— trata con Balduino de Béthune, el viejo compañero cuya amistad y cuya complicidad en la aventura jamás le habían fallado. Balduino también había sido casado por Ricardo Corazón de León, unos años antes que el Mariscal. Esperaba a la heredera de Châteauroux que le había prometido el rey Enrique. Pero Ricardo, por su parte, había previamente otorgado esta doncella a Andrés de Chauvigny, uno de sus propios fieles. Convertido en rey, buscó el modo de compensar a este bachiller que envejecía, cuyo valor le era conocido y que le sería muy útil, para vinculárselo a partir de entonces personalmente: la mujer que Balduino recibió en compensación hizo de él un conde de Aumale. Se reveló me-

nos fértil de lo que lo fuera la heredera de Striguil, y no le dio más que una hija. Ésta, al menos, puesto que su padre *«no tenía hijo salvo la doncella»*, era un buen partido. Los dos compañeros se amaban, hablaron, y se pusieron de acuerdo sobre el matrimonio. Balduino daría como regalo de esponsales toda su tierra de Inglaterra y sus alrededores, si el rey (el casamentero eventual en caso de muerte de su vasallo, y que seguía con ojos atentos el conjunto del mercado matrimonial) consentía en ello. Todos los amigos de Guillermo y Balduino aprobaban la unión. Buenos conocedores de caballos aprobaban el pedigrí: el joven semental, la potrilla, estaban de acuerdo, venían uno y otra *«de buen padre y de valerosa madre»*; se podía estar seguro que de ellos saldrían buenos frutos. El Mariscal y su amigo estaban muy interesados en esta alianza. Se pusieron de acuerdo para que si, por desgracia, la niña (tenía menos de siete años) moría, el joven Guillermo recibiría la hermana que quizás Dios permitiera que Balduino procreara más tarde, pues su mujer era joven; y si la muerte alcanzaba a Guillermo el Joven antes, que la promesa revertiría en su hermano menor Ricardo, con su *«matrimonio»*, por supuesto — es decir, con su dote. Acuerdos muy precoces, como era entonces la costumbre. Las bodas no tuvieron lugar hasta once años más tarde.

En realidad, entre el conde de Pembroke y el de Aumale, el pacto no creaba la amistad sino que derivaba de ésta. Para hacerse nuevos amigos de su alcurnia, fue a sus hijas a las que el Mariscal distribuyó. Para eso servían en las familias. Se las implantaba en otras casas para consolidar la paz, para que de ellos nacieran sobrinos que amarían al hermano de su madre más que a su padre y que, más tarde quizás dudasen en inferir daños demasiado graves a sus primos. Guillermo se dedicó a buscar maridos para sus hijas. Sólo una, como hemos visto, le quedaba en los brazos cuando murió. Las tres mayores habían sido, dice el texto, *«bien empleadas»*. Fueron entregadas a tres hijos de condes. Guillermo ha-

bía dado a Maheut, la primera, *«al mejor y al más hermoso que supo»*, a Hugo Bigot, futuro conde de Norfolk; la tercera, Sybila, al futuro conde de Derby; la segunda, Isabel, a Gilberto de Clare. Éste tenía la ventaja de ser conde de Hertford por su padre, conde de Gloucester por su madre, y además primo de su futura esposa, y esta alianza —que, anotémoslo bien, no hacía caso de las amenazas que la Iglesia lanzaba, con desgana, contra los incestuosos— debía favorecer la unión de las herencias desmenbradas. La cuarta tuvo un lote peor: cuando se tienen tantas hijas, no se pueden poner demasiadas exigencias por las últimas. Un buen amigo del Mariscal, el señor de Briouze, que se encontraba entonces en el infortunio, aceptó tomar a Eva para uno de sus nietos.

Provisto ya por los flancos de las indispensables relaciones que se habían fortalecido durante su larga vida errante, pero envidiado y odiado por algunos jefes de clan, Guillermo había llegado así, cediendo a sus hijas (pero ¿a qué precio?, ¿tomando qué del patrimonio para constituir su «matrimonio»?) a asegurar al menos connivencias neutras en cuatro casas tan poderosas como la suya. Esto en lo que hace a la amistad en el plano horizontal. En el eje vertical, dominaba por completo a su mujer, entregada a él sin parientes próximos que la defendieran, y a sus hijos. Tenía bajo su poderosa influencia a los jóvenes y a los menos jóvenes que alimentaba en su casa. Contaba, sin estar completamente seguro de ello, con el servicio de una cantidad de caballeros enfeudados. No obstante, en este eje, él mismo se encontraba en posición mediana. Por las tierras de las que había tomado posesión por su matrimonio, que no eran alodios sino dominios feudales, había tenido que rendir homenaje, que arrodillarse, después de su boda. Ante varios. Pero antes que nada, delante de su rey. ¿Hasta qué punto, de qué modo se sentía sometido? ¿Y qué era la lealtad en este nivel?

La canción enseña mucho sobre esto. Por eso la interrogo ahora, dejando de lado todo lo que dice de los acontecimientos, que es considerable y que, pasado 1189, constituye casi toda la materia de la obra, ya que desde que era barón, el Conde Mariscal se encontraba estrechamente mezclado con la alta política. Pero, por esta misma razón, lo que en este terreno aporta el biógrafo, que se aleja frecuentemente de las relaciones ordinarias, ha pasado desde hace tiempo a las buenas historias a la antigua, principalmente a las historias de los acontecimientos, a las de Inglaterra y también a las de Francia, en todo lo que se refiere a la época y destino de los Plantagenêt y de los Capetos. Envío a estas historias, pues, y en primer lugar a la que Lavisse dirigió a principios de siglo. Pero guardo cuidadosamente los indicios que permiten entrever mejor cómo se situaba el poder real en el seno del sistema feudal.



Frente a los dos primeros reyes a los que sirvió, Enrique el Viejo y Enrique el Joven, la *Historia* muestra a Guillermo en postura de fiel veneración. Ha formado parte de su «familia», de su casa; han sido para él como padres, o mejor —porque el lazo era mucho más estrecho— como tíos maternos. Que esta clase de tíos fuesen también reyes no añadía sino un poco de orgullo a aquel que, de cualquier modo, les hubiese servido como un sobrino. El afecto que el Mariscal sentía naturalmente hacia estos dos soberanos, las obligaciones que entonces se reconocía para con ellos, procedían en este período de su vida de la más estrecha, de la más íntima de las relaciones de dependencia, la doméstica, ante la cual la relación del súbdito con su rey aparece como formal, como fría, sin vigor y sin apenas efectos. Casado, ya no es familiar de nadie, no figura entre los privados de Ricardo Corazón de León, o de Juan Sin Tierra. Lo que les debe es de carácter público. Lo satisface, pero sin calor. La *Historia* hace el elogio

de Ricardo, pero de forma rápida: como héroe de caballería ha logrado, por el impulso de su valor, que los Normandos y los Ingleses, hasta entonces constantemente vencidos, hicieran huir ante ellos a la caballería de Francia. La *Historia*, en cambio, permanece muda para las virtudes, dudosas, de Juan sin Tierra, y deja entender a cada giro que Guillermo no lo amaba apenas; se cuida de llegar más lejos: no dice ni una palabra de Arturo de Bretaña al que, como todo el mundo estaba persuadido, el rey, su tío, había matado con sus propias manos. La lealtad imponía discreción. Señalemos, no obstante, que no era al súbdito a quien la imponía, sino al buen vasallo, que había jurado, en la ceremonia de homenaje, no atentar jamás contra el honor de su señor. Pues se ve claramente por el relato que utilizo que el Mariscal trataba a los Plantagenêt como trataba a sus pares, los barones, en pie de igualdad, en poder rival y no dominante, salvo por las consecuencias del lazo de vasallaje.

El biógrafo de Guillermo, cuya mirada sobre el mundo es tan profana, nunca hace la mínima alusión a este poder suplementario, sobrenatural, eventualmente milagroso, cuyas liturgias de unción impregnaban a la persona real, separándola de la red feudal, elevándola a una posición intermedia entre los hombres y Dios. Ningún aura alrededor de estos reyes; nada los distingue en lo cotidiano de la vida de los más poderosos de sus súbditos. Guillermo, *«tuvo el corazón entero y puro»*, los sirvió de buena fe. *«Como señores y como reyes»*, dice expresamente el texto. De hecho, si los sirvió bien, era porque les había rendido homenaje. Pero también había rendido homenaje a otros, y cuando sus obligaciones para con los otros señores eran contrarias a las del súbdito, no dudaba: modelo de lealtad, el Mariscal negaba al rey su servicio para servir primero a aquél cuyo hombre era, y por ello amigo. De todas las morales cuyas reglas respetó, la más obligatoria —después de la doméstica— fue la vasallática. También privada, y prevaleciendo siempre sobre la moral pública. Por

mucho que el rey se presentara con la corona en la cabeza en las grandes fiestas de Pascua y Navidad representando a Dios sobre la tierra, como encargado de mantener a la sociedad de los hombres con las leyes que también rigen las estrellas, finalmente era el último en ser servido.

Algunos meses después de su llegada al trono, Ricardo había partido a la cruzada, arrastrando a gran parte de su baronía. Guillermo no le había seguido: *«Había dado ya el paso que se da hacia Tierra Santa para ir a buscar la merced divina»*. Súbdito fiel, fiel vasallo, vasallo del rey. Pero por los bienes de los que Isabel era heredera en la isla, vasallo también del rey de Irlanda. Era Juan, el hermano de Ricardo. Éste había puesto mala cara durante un tiempo para recibir el homenaje del Mariscal: mientras la huérfana estaba bajo la custodia real, había tomado en sus manos las tierras irlandesas, sirviéndose de ellas como de su patrimonio, y concediéndolas en feudo a sus propios amigos. El rey tuvo que enfadarse, y decir: *«¡Vive Dios!»*, que lo quería, y Juan terminó obedeciendo a su hermano mayor. Ahora que éste estaba en Siria, Juan se agitaba, tomaba en Inglaterra todo lo que podía tomar, contando precisamente con sus «amigos», con sus vasallos, en consecuencia con Guillermo, utilizando este homenaje que previamente había rechazado, teniéndolo por sus feudos de Irlanda, exigiéndole el servicio. ¿Sirvió Guillermo a este señor tan presente, capaz de castigar a sus feudatarios traidores, mejor que al otro al que ya no se veía, y que quizás no volvería nunca? Se le acusó de esto. La *Historia* pretende que el lejano rey no quiso, a su vuelta, creer a los maldicentes, replicando que *«el Mariscal no fue nunca malo ni falso»*. Ciertamente. Si Guillermo se hubiese creído disculpado tan claramente, ¿habría galopado con tanta rapidez ante Ricardo en 1194, descuidando llevar los restos fúnebres de su hermano mayor hasta su sepultura, en cuanto supo que el soberano había vuelto y se ocupaba en castigar a los traidores? Hizo protestas de su fidelidad, se hizo —parece ser— oír,

pero sin por ello romper con Juan, a quien Ricardo había desheredado por haberse aliado con Felipe Augusto. Cuando Ricardo conminó a los vasallos de su hermano a que rompieran con éste, a que tomaran directamente de él sus feudos, muchos consintieron. Guillermo dijo que no, juró que no lo haría. Resistiendo en nombre de la doble lealtad. Y sin temor, afirmaba, porque había servido de buena fe, por el feudo que tenía de cada uno de ellos, a sus dos señores en paridad, no juzgando que, bajo el pretexto de la realeza, el uno pasara por encima del otro. El rey cedió: tenía entonces necesidad de todos sus hombres, de su ayuda, de su consejo. ¿Podía, en nombre de una concepción de soberanía extraña a las maneras de pensar de sus caballeros, exigir de ellos que no respondieran a las amistades anudadas por compromisos tomados con ocasión del homenaje, socavando de este modo el sistema de valores vasalláticos? Sobre este sistema, sobre semejante red de amistades, se fundaba todo su poder. Guillermo, porque era su vasallo y su amigo, sirvió a Ricardo lo mejor que pudo en las guerras contra los Franceses, con peligro de su vida, como un joven, llegando hasta arriesgarse —cincuentenario y ya molesto en las coyunturas de los huesos— a escalar completamente armado los fosos del asediado castillo de Milly. Pero sirvió dentro de los límites estrictos de las obligaciones feudales, mantenido por otros de la misma naturaleza. Guardándose de hacer cualquier cosa que perjudicara a Juan. Y fue hacia éste hacia el que se volvió como hacia su señor natural cuando supo, el 10 de abril de 1199, víspera de Ramos, que el rey había muerto víctima de sus heridas.

Está entonces en la torre de Rouen. Es por la tarde. Va a acostarse. Le van a quitar las calzas. Vuelve a ponérselas inmediatamente, se precipita al otro lado del Sena en Notre-Dame-du-Pré, donde duerme el arzobispo de Canterbury. Llantos y cólera: *«La proeza ha muerto. ¿Quién podrá defender el reino después de Ricardo? Los Franceses van a echársenos encima, para tener todo y para to-*

marlo todo. Apresurémonos a elegir a aquel que debemos hacer rey». El arzobispo se inclina por Arturo, el hijo de Godofredo de Bretaña, hermano menor del rey difunto. *«Estaría mal»*, le dice Guillermo. «*Arturo está con su consejo traidor* [de hecho se encontraba entonces bajo la custodia de Felipe Augusto], *desconfiado, orgulloso; si lo ponemos por encima de nosotros nos causará mal y enojo; no ama a los del país. Pero ved al conde Juan. Mi conciencia y mi saber me lo muestran como el más próximo heredero de la tierra de su padre y de su hermano. De su padre está más cerca de lo que lo está el nieto*». Juan fue rey, apreció el servicio prestado, entregó a Guillermo lo que Ricardo Corazón de León, para mantenerlo en vilo, había tardado en darle, todo aquello a lo que tenía derecho por herencia y por matrimonio, la dignidad de mariscal y, sobre todo, la espada de conde de Pembroke.

Todo ocurrió del mejor modo posible, hasta el momento en que Guillermo se vio cogido de nuevo entre dos señores cuyos intereses eran contradictorios. Rindió efectivamente homenaje a otro rey, al de Francia. Obligado, por los deberes de familia. Juan Sin Tierra, vencido por Felipe Augusto, abandonaba Normandía. ¿Podía Guillermo perder Longueville y las otras tierras normandas? Tenía que conservarlas por su mujer, por sus hijos, por su linaje. En mayo de 1204, el rey le encargó junto a Roberto de Estouteville, conde de Leicester, pero también conde de Passy-sur-Eure, de una embajada cerca del Capeto, al que encontraron en la abadía de Bec. Hablaron con el rey Felipe de la paz, hablaron de sus tierras normandas y finalmente se pusieron de acuerdo. Guillermo y Roberto pagaron inmediatamente cada uno quinientos marcos de plata: vendrían a arrodillarse ante el rey de Francia y recibirían de él sus feudos si, en un año y un día, Juan no había logrado reconquistar la provincia. Así cuando, once meses más tarde, Juan Sin Tierra despachaba nuevamente a Guillermo al otro lado del canal de la Mancha para esas negociaciones de paz sin cesar reemprendidas, le había autorizado, dice

la Historia, para no ser desposeído, a prestar el citado homenaje, no queriendo, según afirmó, que Guillermo no tuviera con qué servirlo, *«sabiendo que cuanto más tuviese, mejor lo serviría»*.

La narración, sin embargo, añade que Juan pretendió después no haber permitido nada y que hostigó a Guillermo desde su regreso. Disponiéndose él mismo a atravesar el mar, le obligó a acompañarlo, solemnemente, ante el ejército reunido, exigiéndole contra el rey de Francia la ayuda que, según la costumbre feudal, todo vasallo debe a su señor cuando parte a recobrar su heredad: *«Ay, señor, por la gracia de Dios, estaría mal que fuera ahora que soy hombre suyo. —Lo oís, señores: no podrá desdecirse. Veis cómo feamente se descubre la obra. Por Dios que quiero el juicio de mis barones»*. Guillermo no se oculta, se levanta, lleva el dedo a su frente: *«Señores, miradme, pues por la fe que os debo seré hoy para vosotros ejemplo y espejo. Fijaos bien en el rey: lo que piensa hacer conmigo, lo hará con cada uno de vosotros, y más aún si le es posible»*. Los barones se miran entre sí; se retiran, se alejan a la vez del rey y de Guillermo. Uno y otro, frente a frente, no están rodeados más que por sus familiares. Del lado de Guillermo, Juan de Early y Enrique Hijo de Gerout, los dos amigos del corazón que más cerca estarán de él a lo largo de toda su agonía; del lado del rey, sus *«bachilleres»*, los jóvenes mantenidos por él, que rivalizan en abnegada entrega para ganar su amor y los regalos que distribuye, las herederas. Las obligaciones de consejo se han roto. Las públicas, de los barones para con el rey, y las privadas y, sin embargo, firmes de los vasallos para con su señor cuando éste los llama para debatir una similar acusación de traición. Han permanecido únicamente los lazos domésticos, anudados más estrechamente incluso que aquellos que unen los hijos a sus padres.

Los bachilleres sostienen el punto de vista de aquel que los mantiene, aconsejan confiscar los feudos del Mariscal, no viendo, dice su portavoz, *«por qué razón un hombre tendría su tierra si falla a su señor en la necesidad»*. De los barones, sólo Balduino de Bé-

thune defiende al Mariscal. Pero aquí es nuevamente la amistad más sólida la que entra en juego, la camaradería del combate, y quizás más todavía si, leyendo entre líneas, se sospecha que en ella se mezcla, cuidadosamente silenciado, ese amor que se tienen los hombres entre sí en las cuadrillas de caballeros. *«Callaos, ni a vosotros ni a mí nos corresponde juzgar en la corte a un caballero de la cualidad del Mariscal»*. El rey no insiste, dice: *«Vayamos a la mesa»*, reflexiona tras la comida cómo vengarse, busca a alguien que desafíe al Mariscal, que lo obligue a combatir en el palenque para defender su derecho, que tal vez lo venza. No encuentra a nadie que se atreva: debilidad del poder feudal; debilidad, nulidad incluso del poder real. Impotencia. El soberano no puede hacer otra cosa mejor que enmascarar su cólera, poner buena cara. Al menos, utilizando la costumbre feudal, y es su único recurso, obtiene una garantía, que le sea dado como rehén el hijo mayor de aquel de quien desconfía, que no lo ha traicionado en verdad, pero al que sin embargo trata ahora como enemigo, porque, compartiendo su fidelidad por respeto de la moral del linaje, se ha convertido, aun continuando como su amigo, también en el amigo de su enemigo. Para eso sirven los hijos, lo sabemos desde la juventud del Mariscal. Y, hasta el final, no es con su autoridad soberana, no es con la amenaza de confiscar el feudo de Guillermo por traición juzgada en corte feudal, sino con los hijos de su vasallo, retenidos como cautivos en prenda cerca de él, en sus castillos, al alcance de su mano (esta mano que, se repetía, había estrangulado a Arturo de Bretaña) y con otros hombres, los más cercanos, los más amados por él, con lo que Juan Sin Tierra, rey de Inglaterra, contará para impedir a su súbdito, a su hombre, que le perjudique.

Porque, en adelante, entre el rey y su gran barón, bajo la apariencia de la amistad, yacen la desconfianza y el rencor. Guillermo siente por eso la necesidad de tomar distancias. Cuando Juan vuelve a Inglaterra, al año siguiente, por San Miguel, el Mariscal

le pide permiso para ir a visitar su tierra, en Irlanda: todavía no la ha visto nunca. Retirada a ese país lejano, a esa colonia salvaje, insumisa, y decisión de agarrarse allá a lo más rudo, a lo más sólido. El rey consiente, después se cree *«estafado»*, engañado, se echa atrás, afirma que no ha prometido nada, envía un mensaje a Striguil: el Mariscal está a punto de embarcarse. Quiere que su segundo hijo sea entregado como rehén suplementario: «*Lavaos las manos, id a comer* —dice Guillermo al portador de la orden—, *quiero tomar consejo de mi gente y de mis barones*» (pues el asunto, en efecto, el destino de los herederos de su señor, concierne a estos últimos tanto o casi como a sus padres). La mayoría está por el rechazo. Guillermo, sin embargo, acepta por lealtad: *«Si lo quiere, le enviaré a todos los hijos que tengo»*, pero iré, *«esté bien o esté mal, a Irlanda»*. Se va, y casi inmediatamente estalla la crisis a propósito de un pariente, justamente, por alianza, del Mariscal, del que también es vasallo por algunas tierras: Guillermo, señor de Briouze en Normandía, pero también barón de los límites galos.

El rey Juan, acorralado —el papa ha lanzado el interdicto sobre Inglaterra—, exige rehenes de todo el mundo. Briouze, negándose a abandonar a sus hijos al asesino de Arturo, huye con los suyos; el Mariscal lo acoge, respetuoso con los deberes deí parentesco, de la fidelidad, y lo hospeda en Klikeny. Obligado a entregarlo a los mandatarios del rey, Guillermo lo hace conducir fuera, a un lugar seguro. Persiguiendo al indócil, Juan Sin Tierra viene a acampar donde está Guillermo, y después lo *«inculpa»* delante de los barones del país reunidos en Dublín. «*Sí* —se defiende Guillermo—, *he alojado a mi señor cuando, con gran pena y dolor, llegó a mi castillo. No debéis tomarlo a mal No creía hacer ninguna fechoría, pues él era mi amigo y mi señor. No había oído decir que vos estuvieseis mal con él. Parecíais muy a gusto juntos los dos, cuando yo abandoné Inglaterra*». Se dice dispuesto al duelo judicial. Pero, otra vez de nuevo no encuentra a ningún campeón que se levante. La misma impotencia del soberano, del señor feudal, reducido a re-

clamar una vez más rehenes. *«Vos tenéis ya a mis hijos, todos mis castillos de Inglaterra. Si queréis más castillos y fortalezas, os los daré, y a los hijos de mis vasallos»*. Juan delibera con sus familiares, *«en su cámara»*, en privado, reclama a Juan de Early y a otros cuatro caballeros, los más fieles de los «jóvenes» del Mariscal.

Éste tenía el poder de disponer por sí mismo de sus hijos. No puede hacerlo con estos hombres; le pertenecen, ciertamente, pero no de forma total. Es necesario que den su consentimiento, y Juan de Early lo hace en nombre de todos: *«Soy el hombre del rey y el vuestro. Si el rey mi señor lo otorga, me entregaré con gusto como rehén»*. Por buena amistad, siempre: *«no hay amigo íntegro que falle a su señor en la necesidad»*. Juan Sin Tierra quiere más: tomar como seguro a toda la compañía que escolta al Mariscal, no como rehén sino como «garantía». Entendamos que estos caballeros no entregarán su cuerpo, sino que prometerán simplemente abandonar a su patrón si alguna vez éste llega a incurrir en falta, y tomar partido contra él. Aceptan cumplir este deber, que es también de amistad. De hecho, si uno rechaza, es porque el Mariscal le ha fallado, le ha causado, dice, *«tanto mal que tiene derecho a fallarle en justicia y no responder por él»*. El rey repartió a los cinco rehenes en sus castillos de Inglaterra; los retuvo como prisioneros casi durante un año, y uno de ellos murió en esta prisión voluntaria. Pero cuando llegó el momento en que le fueron necesarias todas sus fuerzas para reemprender la guerra contra los galos, liberó a los supervivientes. Era su costumbre, juzga severamente el relato: *«tenía a sus prohombres lejos de él hasta las grandes necesidades»*.

La gran necesidad vino precisamente en 1213. Felipe Augusto se disponía a invadir Inglaterra, a quitársela, con el acuerdo del Papa, al excomulgado rey Juan. Guillermo volvió, siempre leal, desde Irlanda: *«no miraba la crueldad del rey»*. Pero logra que sus dos hijos sean liberados y confiados a Juan de Early, es decir, a su doble. Es muy mayor ahora, demasiado para ser útil en Bouvi-

nes, o en la Roche-aux-Moines, en los dos campos en los que va a desarrollarse la gran partida entre los reyes rivales. Quedan sus hijos, sus suplentes naturales. El mayor se ha eclipsado. A falta de algo mejor, Juan Sin Tierra toma al segundo, lo lleva con él a guerrear a Francia, a pesar de su padre que, presintiendo algo, quisiera guardarlo consigo, pretendiendo que es *«demasiado joven para llevarlo a un país lejano»*. De hecho, el menor cayó enfermo, estuvo a punto de morir, y sólo sobrevivió por azar. Pero su padre se sirve del mayor. Para llevar más cómodamente su juego en varios tableros, entre sus múltiples fidelidades. Después de la desgracia, en 1215, la baronía se rebela. El autor de la canción prefiere *«pasar»*, dice, sobre este tiempo de discordia y de desorden, afirmando que, *«de todo este mal, nada fue hecho que viniera del Mariscal»*. De él mismo, quizá. No sabemos nada. En cualquier caso es seguro que Guillermo el Joven, su heredero y sucesor, tomó en seguida el partido de los rebeldes, con otro Guillermo *«al que amaba como a un hermano»*, Guillermo Larga Espada, el conde de Salisbury, hermano bastardo del rey Juan. Y cuando, al año siguiente, el príncipe Luis, hijo de Felipe Augusto, desembarcó en Inglaterra, el viejo Mariscal no se comprometió en absoluto. Le bastó que su hijo mayor fuera uno de los primeros en rendir homenaje al invasor, por los feudos de Normandía, precisamente.

¿Doble juego? Es seguro. Pero no es menos cierto que Guillermo no traicionó la fe que había jurado a Juan Sin Tierra. No le desafió jamás. Nunca figuró entre los vasallos infieles que el texto califica de *«asociados»*, esos vasallos «emprendedores», efectivamente, que se comprometían, que hacían conjuras contra su señor, rompiendo deliberadamente con él, abiertamente, como lo había hecho Guillermo de Briouze, como lo habían hecho con Felipe Augusto el conde de Flandes y Renaud de Dammartin, los vencidos de Bouvines. Aceptó entregar todos los rehenes, todas las garantías que el señor de sus feudos exigía, aceptó compa-

recer ante la corte de este señor, ser juzgado en ella por sus pares, y si nunca lo fue es porque estaba en su correcto derecho, porque ningún campeón se atrevió a arriesgarse a disputarle ese evidente derecho según las temibles liturgias del duelo judicial: el Mariscal se parapetaba tras la ley no escrita que obligaba al hombre bien nacido a no traicionar ninguna de las amistades que lo ligaban, dispuesto a no hacer nada, a permanecer con los brazos cruzados mientras sus diversos señores se enfrentaban, o bien dejando actuar a otros, a un familiar como Juan de Early, mejor todavía a sus hijos, que, cuando no servían como rehenes podían muy bien, como «amigos» de su padre, enfrentarse con la cabeza alta al señor de éste. No cediendo nada, andando con rodeos, teniendo firmemente cogida a su fructífera esposa, Guillermo permaneció, pues, persuadido de su lealtad. Porque se encontraba en adelante con garantías, al final de una larga espera, y no quería arriesgar nada, prudente, de lo que por fin había conseguido; quizá porque era ahora muy mayor, pasados ya los sesenta, para lanzarse de nuevo a la gran aventura, logró ahorrarse, sin renunciar a su franquicia, la «gran vergüenza». La de un Roberto, conde de Alençon, por ejemplo, que «*cuando el rey* [Juan] *le hubo dado su haber y lo hubo besado en la boca, el mismo día lo hizo caer. En la misma jornada, hizo el mal giro, se volvió al rey de Francia, le rindió homenaje y alianza, y puso a los franceses en su villa. Avergonzado sea el que de buen grado se hace vil*».



En 1216, en el mes de octubre, tras haber sido abandonado por la mayor parte de sus barones y de sus caballeros, que se habían aliado con el príncipe Luis, Juan Sin Tierra moría casi solo en Gloucester. Hablando como todo moribundo debe hacerlo, arrepintiéndose, requiriendo, según la costumbre, el perdón de aquéllos a los que había lesionado. Mencionó en primer lugar al Mariscal, afirmando que éste lo había servido lealmente, y rogó

a sus últimos amigos que pusieran a su hijo bajo su custodia, como al único capaz de defender su herencia. Este niño —tenía nueve años— se encontraba seguro en el castillo de Devizes con el tesoro. En cuanto su padre entregó su alma, sus escasos partidarios salieron a cogerlo. Guillermo estaba al acecho, partió también, se les unió en la llanura de Malmesbury, encontró al pequeño Enrique en los brazos de un sargento real, su *«maestro»*, y como su nodriza. *«Bien enseñado»*, el heredero representó perfectamente su papel, pronunció claramente la fórmula aprendida, dijo que se entregaba a Dios y al Mariscal a fin de que éste, por Dios, en el lugar de Dios, lo tomase a su cuidado. El niño lloraba, aquellos que se encontraban alrededor lloraban de piedad, y el mismo Guillermo, de piedad, tiernamente. Por muy joven que fuese, el nuevo rey de Inglaterra necesitaba una espada. En consecuencia era preciso armarlo caballero. Lo que hizo el Mariscal muy sencillamente: ya había armado una vez a un rey. Revestido con los atavíos reales ajustados a su talla, el pequeño *«fue caballero, pequeño y hermoso»*. Lo llevaron en primer lugar a la catedral de Gloucester, en donde fue ungido con el santo óleo y coronado, después a la cámara y, quitándole allí los vestidos de la unción que pesaban verdaderamente demasiado, pasaron todos a la sala y comieron.

Tomar a su cargo, bajo su tutela, al huérfano, es decir, al reino, asumir su regencia, él, tan viejo, hace que el conde Mariscal dude. Esta tarde, en su alojamiento del castillo de Gloucester, se ha retirado con sus tres más próximos: Juan su sobrino, sir Raúl Musard, el guardián del castillo y, finalmente, Juan de Early. El primero le aconseja que acepte; se debe llevar a buen término lo que se ha comenzado: *«Hacedlo, Dios os ayudará, y obtendréis por ello gran honor»*. El segundo aconseja aceptar: *«Podréis, si os place, hacer ricos a todas vuestras gentes y a otros, y a nosotros mismos que estamos aquí»*. Pero Juan de Early no sabe, en cuanto a él, qué decir: *«Veo vuestro cuerpo debilitado por la fatiga y la vejez. Y el rey*

apenas tiene dinero. Temo la pena, la dura dificultad». Sin embargo, al día siguiente, y tal vez porque el legado del papa ha sabido hablar de expiación, de redención, afirmar que Dios redimiría sus pecados si decidía imponerse, tan cercano a la muerte, esta penitencia, el Mariscal toma el poder que se le ofrece. Lo utiliza inmediatamente. Hace dinero, este «haber» del que había tan cruelmente carecido Juan Sin Tierra al final, tanto que por eso todos se habían separado de él. Dispersa todas las joyas acumuladas en los cofres en Devizes: treinta y tres zafiros, quince diamantes —lo que vale quinientas cuarenta libras—, a tal capitán de mercenarios, seis rubís, siete zafiros para pagar las guarniciones de Devizes y de Windsor y, para la de Douvres que resiste a los franceses, sesenta y tres esmeraldas de una segunda elección, treinta y tres zafiros, diecinueve rubís, nueve granates. Y no teniendo bastantes piedras, ordena vender los tejidos de seda, porque es preciso arreglar las pensiones que se denominan feudos de bolsa, satisfacer a todos los que no sirven más que por esa razón. Todo eso permite resistir.

Para elevar a los suyos se toma el mismo trabajo: entrega a su hijo mayor —que se ha unido a su campo, abandonando al príncipe Luis, porque la amistad de parentesco está siempre por encima de la amistad vasallática— la moneda de Londres, la de Winchester, la de Canterbury, la de Durham, la de York, todas e incluso la custodia —es decir, la explotación— de los feudos confiscados a los rebeldes, enriquece a su sobrino Juan, enriquece a Juan de Early. Queda el honor. Lo recolecta a grandes brazadas. En efecto, jamás, en toda su vida, su grito de guerra, su divisa: *«Dios ayude al Mariscal»*, ha parecido más apropiado. El Cielo está de su parte, asiste siempre a los protectores de los huérfanos. Y el Cielo manifiesta esplendorosamente su favor en Lincoln, en el verano de 1217, dándole la victoria.

Una batalla, una de las muy raras pruebas en que dos partes en discordia, después de largos enfrentamientos, deciden ponerse

ante el juicio de Dios, lanzando todas sus fuerzas una contra otra como se lanzan los campeones con ocasión de un duelo judicial. El señor Dios revela ese día sus designios al designar al vencedor y en qué campo está el buen derecho. Para el Mariscal, Lincoln es el Bouvines que su avanzada edad le ha hecho perderse. Él tiene aquí el lugar de uno de los reyes. Su función es, por tanto, en primer lugar, como el oficiante principal, hablar, levantar los ánimos mediante sucesivas arengas, mostrando el mal encarnado en el adversario, la falta de respeto, el sacrilegio, repitiendo lo que siempre se dice, de época en época, frente a las tropas atemorizadas en el instante del compromiso decisivo: *«Para defender nuestro valor, por nosotros, por aquellos que nos aman, por nuestras mujeres y nuestros hijos, por la defensa de nuestras tierras, para conquistar el más alto honor, por la paz de la Iglesia también, por la remisión de nuestros pecados, sostengamos bien el peso de las armas… Sois la supervivencia del país… Ved a aquéllos, en vuestra mano. Serán nuestros si el corazón y la audacia no os fallan. Si morimos, Dios nos hará entrar en su paraíso. Si los vencemos, habremos adquirido el honor duradero para nosotros y nuestro linaje. Están excomulgados, y los que reciban malos golpes irán al infierno»*.

Sin embargo, por muy lisiado que esté, trata de tomar parte en el combate, ata el yelmo, espolea a su caballo como antaño, *«tan ligero como un azor»*. Se adelanta a la primera fila. Lo hizo tan bien que cogió por el freno al caballo del jefe enemigo, de aquel que, sobre la otra orilla, también está en el lugar del rey, o más bien del pretendiente a rey, del príncipe Luis, que por el momento sitia Douvres. Es un barón, uno de sus pares, el conde de Perche. Va a capturarlo. Será su última presa, la más gloriosa. Pero he aquí que por descuido, resbalando por las paredes del casco, un chuzo viene a traspasar el ojo del conde, que cae y muere. La única muerte, en la caballería, durante esta amarga jornada, con la del torpe que lo ha herido y la de un tercero. El rey está en jaque mate, la partida está ganada y la batalla perfectamente

lograda, mejor que Bouvines, en donde el jefe del ejército vencido consiguió escapar. Como de todas las batallas, el resultado de ésta bastó para dar de golpe la vuelta a todo. El niño-rey no teme ya nada, y los franceses no pueden hacer otra cosa que irse. Pero el honor ordena todavía al Mariscal que trate a éstos lo mejor posible: como amigos que son desde hace tiempo; como antaño en las tardes de los torneos, trataba a los caballeros que había apresado. La largueza se asienta cerca de la proeza. Quiere escoltar él mismo hasta la costa a Luis de Francia, que se retira. Hermoso gesto. Muchos lo juzgaron demasiado hermoso. Extrañó. ¿No imponía el interés de Estado el dejar de lado por un momento, entre las antiguallas, las actitudes caballerescas? Veinte años más tarde, Enrique III debía afirmar ante Gualterio, el tercer hijo del Mariscal y su sucesor tras sus hermanos mayores difuntos, que su padre lo había traicionado: hubiese debido tener en dura prisión al príncipe Luis y a sus barones. Muchos pensaban así, algunos desde 1205, después de que Guillermo hubiese puesto sus manos en las de Felipe Augusto para no perder Longueville, acusándolo después por haber amado en exceso a los franceses como para mantener lealmente sus compromisos hacia Juan Sin Tierra. Mateo París, el cronista, expresa la opinión común cuando presenta al rey de Francia, avisado de la derrota de Lincoln, interrogando a los mensajeros, inquietándose: ¿ha muerto el rey Juan? ¿Ha sido coronado su hijo? ¿Sigue viviendo el Mariscal? ¿Sí? *«Entonces, no temo por mi hijo»*. Y si Guillermo el Joven puso tanto empeño en que el panegírico de su padre fuera tan soberbiamente rimado, fue sin ninguna duda para intentar disculparlo, para lavarlo de la sospecha de deslealtad.

¿Se le habían subido las cosas a la cabeza al Mariscal? ¿Se había dejado llevar por la alegría de reemplazar inopinadamente, en el puesto de rey de Inglaterra, a ese hombre inseguro, Juan Sin Tierra, al que parcamente había servido, a disgusto, pues lo odiaba sin decirlo demasiado alto? En absoluto. Completamente hones-

to, Guillermo permaneció fiel a su moral. Era la de la caballería. La segunda tarde, en Gloucester, cuando acababa de aceptar la regencia, en su cámara, ante los tres mismos amigos, el corazón, bruscamente, le había *«germinado»*. Deshaciéndose en lágrimas, se veía a sí mismo, decía, como en alta mar, perdido, *«no encontrando ya ni fondo ni orilla»*. Para sacarlo de esta angustia, Juan de Early le había hecho ver que sería, en el peor de los casos, un gran honor, una gran alegría, una gran alteza, incluso si todos los barones ingleses se daban la vuelta, se convertían en «asociados», se entregaban a Luis de Francia, y había que huir a Irlanda con el niño Enrique. Y, de pronto, Guillermo se había repuesto: *«¿Sabéis lo que haré? Lo llevaré sobre mi cuello. De isla en isla…»*. Este último papel le gustaba, iba a acabar sus días como un san Cristóbal. Desde el tenue fondo de su memoria le subía el recuerdo de la más tierna infancia, del tiempo en que jugaba, más joven todavía que el pequeño Enrique ahora, en los brazos del rey de Inglaterra de entonces. Hete aquí que ahora él mismo tenía al rey de Inglaterra en sus brazos, es decir, el poder en el más alto nivel que pueda alcanzar en este bajo mundo. Apoteosis. Durante dos años pudo hacer lo que quiso. Pero actuando como nunca había dejado de hacerlo, según las reglas del honor caballeresco. Como un simple caballero.

Nunca había sido otra cosa sino eso. Menor sin haberes. Convertido en ricohombre y barón, pero como guardián de su mujer y de los hijos de ésta. Investido con el poder real, pero como guardián del rey demasiado joven todavía. Sin haber imaginado que llegaría a este nivel de poder. Sin haber sido formado para ejercerlo y sin título para hacerlo que le viniese de la sangre o de la liturgia de los sacerdotes. Sin otra cualidad —y los que, hablando por él, tomando sus propias palabras, expresando aquello de lo que él mismo estaba persuadido, celebraron sus virtudes, nunca quisieron decir nada distinto— que el ser considerado como el mejor caballero del mundo. Fue por esta excelencia, por

ella sola, por lo que pudo elevarse tan alto. Gracias a este gran cuerpo infatigable, poderoso, hábil en los ejercicios de caballería, gracias a ese cerebro aparentemente demasiado pequeño como para estorbar con razonamientos superfluos el desarrollo natural de su vigor físico: pocos pensamientos, y cortos, un testarudo apego, en su fuerza limitada, a la muy zafia ética de las gentes de guerra cuyos valores se resumen en tres palabras: proeza, largueza y lealtad. Gracias a su longevidad maravillosa, sobre todo. ¿No estamos aquí tocando lo esencial? En la persona de Guillermo el Mariscal, en este indestructible armazón sobrevivía el siglo XII de sus hazañas, de sus treinta años, el de la tumultuosa exuberancia, el de Lancelot, de Gauvin, de los caballeros de la Mesa Redonda. El buen tiempo, el tiempo superado. Podía avanzar pacíficamente hacia la muerte, orgulloso de haber sido el instrumento del último, del verdaderamente fugitivo, del anacrónico triunfo del honor contra el dinero, de la lealtad contra el Estado, de haber llevado a su plenitud a la caballería.

Pero, desde hacía dos decenios, la caballería ya no era, como tampoco lo era el mismo Guillermo, sino una forma residual, una reliquia. Una y otro, en 1219, ya no podían servir más que para levantar ante las rugosidades de lo real la pantalla engañosa y tranquilizadora de estas vanidades con las que todos, en este momento y en el gran mundo, alimentaban la lacerante nostalgia en su corazón.

L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval (France, Angleterre, Empire, IX-XV, siécle) (2 volúmenes), Aubier-Montaigne, 1962. Hay traducción española: *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*. Barcelona, Península.

L'Europe des Cathédrales 1140-1280. Skira, Ginebra, 1966.

Fondements d'un nouvel humanisme, 1280-1440. Skira, Ginebra, 1966.

L'an Mill. Julliard, 1967, coll. «Archives».

Adolescence de la Chrétienté occidentale, 980-1140. Skira, Ginebra, 1967.

Des sociétés médiévales (Leçon inaugúrale au Collége de France á la Chaire d'Histoire des Sociétés Médiévales, prononcé le 4 décembre 1970), Gallimard, 1971.

Hommes et structures du Moyen Âge (recueil d'articles). Mouton, Paris-La Haye, 1973. Hay traducción española: *Hombres y estructuras de la Edad Media*. Madrid, Siglo XXI.

Le dimanche de Bouvines, 27 juilliet 1214. Gallimard, 1973, coll. «Les trente journées qui ont fait la France».

Guerriers et paysans: VII-XII siécles; premier essor de l'économie européenne. Gallimard, 1973. Hay traducción española: *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea*. Madrid, Siglo XXI.

Saint Bernard: l'art cistercien. Arts et Métiers graphiques, 1976. Hay traducción española: *San Bernardo y el arte cisterciense*. Madrid, Taurus.

Saint Bernard: l'art cistercien. Flammarion, 1979, coll. «Champs».

Le temps des cathédrales: l'art et la société, 980-1420. Gallimard, 1977.

Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme. Gallimard, 1978. Hay traducción española: *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Barcelona, Pretel, 1980.

L'Europe au Moyen Âge: art román, art gothique (texte de la série d'emisions «Le temps des cathédrales». Sur A 2 et nomhreuses illustrations). Arts et Métiers graphiques, 1979.

Dialogues avec Guy Lardreau. Flammarion, 1979.

Le chevalier, la femme et le prétre. Le mariage dans la France féodale. Hachette, 1981. Hay traducción española: *El caballero, la mujer y el cura*. Madrid, Taurus,

En colaboración

Colectivo bajo la dirección de Georges DUBY:

Histoire de France (3 volúmenes, nueva edición puesta al día). Larousse, 1982.

con Andrée DUBY:

Le procés de Jeanne d'Arc. Gallimard-Julliard, 1973. coll. «Archives».

con Robert MANDROU:

Histoire de la civilisation française. Armand Colin, 1969 (reedición corregida y revisada).

bajo la dirección de Georges DUBY:

Atlas historique Larousse. Larousse, 1978.

Histoire de la France rurale (4 volúmenes). Le Seuil, 1975-1978.

Histoire de la France urbaine (4 volúmenes aparecidos). Le Seuil, 1980-1983.

Georges DUBY ha editado

con Jacques LE GOFF:

El Coloquio sobre *«Famille et patenté dans l'Occident médiéval»*. (Colegio de Francia y Escuela francesa de Roma), difu-

sión: de Boccard, París, 1977.

Obras sobre Guillermo EL MARISCAL

Histoire de Guillaume le Maréchal (ed. P. Meyer) (3 volúmenes). Société de l'Histoire, París, 1891-1901.

Sidney PAINTER, *William Marshall*. Baltimore, 1933.

Antón RIEDEMANN, *«Lehnwesen und höfisches Leben in der alt-französischen». «Histoire de Guillaume le Maréchal»*. Ein Bei-trag zur Kulturgeschichte Frankreichs und Englands um die Wen-de des 12, Jahrhundert. Bottop, 1938.

Obras generales sobre la época:

G. W. BARROW, Feudal Britain, *The complexión of the mediaeval Kingdom: 1006-1314*. Londres, 1956.

J. H. BEELER, *Warfare in England, 1006-1189*. Ithaca, Nueva York, 1966

Marc BLOCH, *La société féodale*, 2 vols., París, 1939-1940.

Jacques BOUSSARD, *Le gouvernement de Henri II Plantagenêt* Abbeville, 1946.

J. A. BRUNDAGE, *Richar Lion Heart: A Biography* Nueva York, 1974.

Philipc CONTAMINE, *La guerre au Moyen Âge* París, 1980.

Robert FOSSIER, *Enfance de l'Europe. Aspects économiques et sociaux*. 2 vols., París, 1982.

Maurcie KEEN, *Chivalry*. Yale y Londres, 1984.

Jacques LE GOFF, La civilisation de l'Occident médiéval. París/Grenoble, 1964.

J. LE PATOUREL, *The norman empire*. Oxford, 1976.

Achille LUCHAIRE, *Louis VII, Philippe Auguste, Louis VIII (1137-1228)*. Tomo III, 1 de *L'Histoire de France*, de LAVISSE, París, 1901

Sidney PAINTER, *French Chivalry, chivalric ideas and practices in mediaeval France*. Baltimore, 1940.

Jean-Pierrey POLY y Eric BOURNAZEL, *La mutation féodale (X-XII siécle)*. París, 1980.

A. L. POOLE, *From Domesday Book to Magna Carta, 1087-1216* (segunda edición). Oxford, 1955.

ÍNDICE